UN VALOR IMAGINARIO

STANISLAW LEM

Prólogo

El arte de escribir prólogos lleva tiempo clamando por que se le otorguen títulos de nobleza. Asimismo, yo llevo tiempo sintiendo el apremio de dar satisfacción a esa literatura marginada, que guarda silencio sobre sí misma desde hace cuarenta siglos, esclava de las obras a las que vive encadenada. ¿Cuándo, si no en la época de la ecumenización, es decir, de la razón universal, debemos, por fin, nacer el don de la independencia a ese género noble, oprimido desde su misma cuna? Esperaba, sin embargo, que algún otro cumpliera con este deber, no tan sólo estéticamente acorde con la corriente de desarrollo del arte, sino de suprema urgencia según los cánones de la moral. Desgraciadamente, conté con ello en vano. En vano vigilo y espero: nadie libera a la Prologogia del presidio, de la noria del trabajo servil. No me queda, por tanto, otro remedio: yo mismo debo, aunque más por sentido del deber que por un impulso del corazón, ofrecer mi ayuda a la Introduccionística, convertirme en su libertador y partero.

Tiene este género, sometido a tan duras pruebas, su estado inferior, el de los Prólogos mercenarios, porteadores, jornaleros y oscuros, ya que la esclavitud degrada. Conoce, también, la soberbia y la agresión, el ademán inútil y el estruendo de las trompetas de Jericó. Además de los prólogos comunes existen jerarquías: Prefacios e Introducciones; no hay tampoco igualdad entre los Prólogos corrientes, ya que son dos cosas muy diferentes un prólogo a un libro propio y uno hecho para un libro ajeno. Asimismo, proveer de él a una primera edición no es igual que poner nuestro esfuerzo en una multiplicidad de prólogos para una obra de ediciones numerosas y consecutivas. La fuerza de una serie de prólogos, incluso mediocres, que proliferan en torno a una obra reiteradamente publicada, convierte el papel en una roca contra la que se estrellan las maquinaciones de los Zoilos: ¡Quién osaría atacar un libro protegido por ese antepecho acorazado, que no deja entrever tanto el contenido de la obra, como su propia respetabilidad intocable!

El prólogo es a veces un sobrio entrar en materia, dictado por la dignidad y la responsabilidad, una garantía avalada por la firma del autor o, en otras ocasiones, una manifestación—forzada por las conveniencias sociales, superficial aunque amigable— del compromiso, en realidad simulado, que una persona revestida de autoridad contrae con el libro. Esta clase de introducción constituye una carta credencial para la obra, un pasaporte, un salvoconducto de acceso al gran mundo,

un viático pronunciado por una obra poderosa, un asidero inútil que arrastra hacia arriba lo que ha de terminar por hundirse. Es un talón sin fondos que rara vez trae a su destinatario una lluvia de oro incrementada por los intereses. Pero dejemos de lado todo eso. No pienso adentrarme en la taxonomía de la Introduccionistica, y ni siquiera en la clasificación elemental de ese género tan despreciado hasta ahora y sujeto por tan cortas riendas. Sean corceles o rocines, igual que tratan en su atelaje. Que los Linneos se ocupen de ese aspecto equino del problema. No es ésta la clase de prólogo de que quisiera dotar a mi pequeña antologia de Introducciones Liberadas.

Debemos sondear aqui el fondo mismo de la cuestión. ¿Qué puede ser un prólogo? Puede ser, ¡qué duda cabe!, una publicidad descaradamente mentirosa, pero, también, la voz en el desierto de un Juan Bautista o de un Roger Bacon. La reflexión nos indica, pues, que además de las Introducciones a las Obras, existen Obras-Introducciones, ya que tanto los Libros Sagrados de todas las religiones, como las tesis y las futuromaquias de los científicos, son Introducciones a este y al otro mundo. La meditación descubre que el país de los Prólogos es incomparablemente más vasto que el país de la Literatura, porque lo que ésta quiere realizar, los Prólogos lo anuncian tan sólo... de lejos.

La contestación a una pregunta que ya se está imponiendo (¿por qué diantre hemos de meternos en la lucha por la liberación de los prólogos y proponerlos como un género literario soberano?), asoma entre las palabras que acabamos de apuntar. Les podemos otorgar esa categoría así, llanamente, o bien recurrir a la ayuda de la hermenéutica superior. Primero se puede justificar ese proyecto sin patetismo alguno, con un ábaco en la mano. ¿No nos amenaza un diluvio informativo? ¿Y no consiste su monstruosidad en el hecho de que aplasta la belleza con lo bello y anula la verdad con lo verdadero? Y así es, en efecto, porque la voz de un millón de Shakespeares provocaría el mismo infernal estruendo que la de una manada de búfalos en la estepa, o la de embravecidas olas en el mar. De la misma forma, una ingente cantidad de significados en conflicto traen al pensamiento no el honor, sino la perdición. Y ante tal fatalidad, ¿no será el Silencio la única salutaria Arca de la Alianza posible entre Creador y Lector, puesto que el primero gana un mérito absteniéndose de idear cualquier tema, y el segundo, aplaudiendo esa manifestación de renuncia? Ciertamente... e incluso podríamos abstenernos de escribir los mismos prólogos, pero, en tal caso, el acto de la mencionada renuncia no seria percibida, quedando sin

reconocimiento el sacrificio. Por tanto, mis Prólogos son anuncios de unos pecados que no voy a cometer.

Así se presentan las cosas al nivel de un cálculo frío y puramente externo. Sin embargo, el cálculo no descubre aún lo que el Arte ganaría con la propuesta liberación. Está claro que incluso un exceso del maná celeste podría tener el efecto de una lapidación. ¿Cómo salvarnos de esto? ¿Cómo sustraer el espíritu a una autosofocación? ¿Y está precisamente en eso la superación del peligro? ¿Es de verdad un buen camino hacia ella el que atraviesa los Prólogos?

Evoquemos a ese doctor preclaro, a ese terrateniente convertido a la hermenéutica que es Witold Gombrowicz. El nos explicaría las cosas de este modo: No se trata de que a la gente, a mi por ejemplo la idea de liberar a los Prólogos de la Materia qué anuncian nos guste o no nos guste, ya que estamos sometidos sin apelación a las leyes de la Evolución de la Forma. El Arte no puede detenerse en un sitio ni repetirse siempre a si mismo: por eso no puede sólo gustar. Si has puesto un huevo, has de incubarlo; si te sale de él un mamifero en vez de un reptil, debes darle algo con que alimentarse; si, pues un paso consecutivo nos lleva a algo que despierta un disgusto general e incluso un estado paravomital, no hay remedio. Hemos elaborado ya aquel Algo Concreto, nos hemos arrastrado y empujado tan lejos ya a nosotros mismos que, obedeciendo una orden superior al placer, tendremos que dar vueltas en el ojo en el oído, en el intelecto, a lo Nuevo, categóricamente aplicado, porque fue descubierto en el largo camino del ascenso. Por cierto, nadie ha estado nunca allí, ni quiere ir, ya que no se sabe si se puede aguantar en Aquellas Alturas siquiera un momento; pero, a decir verdad, ¡para el Desarrollo de la Cultura esto no tiene la menor importancia! Este lema nos ordena, con la soltura propia de la genialidad displicente, que cambiemos una esclavitud antigua, espontánea y por tanto inconsciente, por otra, nueva. No nos quita las trabas, sólo alarga nuestro ronzal; y así nos lanza a lo Desconocido, dando el nombre de libertad a una necesidad razonada.

Pero yo, lo confieso francamente, ansío una motivación distinta para la herejía y la rebelión. Por tanto, digo: es verdad, hasta cierto punto, lo enunciado en el primer y en el segundo lugar, pero no una verdad completa y tampoco

enteramente parecida a una necesidad, puesto que en el tercer lugar podemos aplicar a la creación un álgebra copiada del Todopoderoso.

Fíjense, por favor, en la verborrea de la Biblia, en la locuacidad del Pentateuco cuando describe el *resultado* del Génesis y compárenla con la parquedad de sus palabras cuando se trata de mostrarnos su recetario. Reinaba el vacío y el caos, hasta que de repente, de buenas y primeras, dijo el Señor: "Hágase la luz".; en seguida la luz se hizo y ¡ya está! Y entre una cosa y la otra, ¿nada? ¿Ni el menor intervalo, ni el menor proceso? ¡No lo creo! Entre el Caos y la Creación hubo la intención pura, no cegada todavía por la luz, no convertida aún enteramente en Cosmos, no ensuciada por la Tierra, aunque ésta fuera paradisiaca.

Se dio entonces y allí el nacimiento de las posibilidades, pero no su cumplimiento; hubo una intención, divina y todopoderosa porque todavía no había empezado a convertirse en acción. Se produjo la anunciación... antes de la concepción.

¿Cómo no aprovechar esa enseñanza? No se trata aquí de un plagio, sino de un método. ¿De dónde ha salido todo? De un principio, evidentemente. ¿Y qué hubo en el principio? Un prólogo, como ya sabemos. Un prólogo, pero no para sí mismo, su propio amo, sino un Prólogo para Algo. ¡Opongámonos a la realización desenfrenada que fue el Génesis! ¡Apliquemos a su primer lema el álgebra de la creación moderada!

Para ello, dividiremos la totalidad por el "Algo" .El "Algo" desaparecerá entonces y nos quedará, como resultado, un Prólogo purificado de las malas consecuencias, o sea de todas las amenazas de la encarnación puramente intencional y, gracias a ello, libre de pecado. No es un mundo, sino un punto no dimensional y que se encuentra, precisamente por eso, en la infinidad. ¿Cómo reducir a él la literatura? Ya hablaremos de eso más adelante. Contemplemos primero su vecindad, ya que la literatura no es ningún anacoreta solitario.

Todas las artes se esfuerzan hoy día en efectuar una maniobra de salvación, ya que la dilatación universal de la creación se convirtió en su pesadilla, su persecución, su fuga; el Arte, como el Universo, se expande en el vacío sin encontrar resistencia, o sea un apoyo. Cuando se puede hacer todo, nada vale ya la pena y el impulso hacia adelante se transforma en reptación hacia atrás, porque las Artes quieren volver a las fuentes y no saben hacerlo.

La pintura, en su ardiente ansia de limites, se metió dentro de los pintores, en su piel, y he aquí que el artista se expone ya a si mismo, sin cuadros, convertido, pues, en un iconoclasta flagelado con los pinceles o revolcado en el óleo y la témpera, o bien totalmente desnudo en su *vernissage*, sin el mínimo aliño colorístico. Por desgracia, ese infeliz no puede alcanzar una desnudez auténtica: no es Adán, es solamente un señor en pelota.

Y el escultor, que nos pone ante la vista unas groseras piedras o una edificante exposición de cualquier basura, ¡procura meterse de vuelta en el paleolitico, en el hombre primario, porque quiere ser como él, quiere ser Auténtico! Pero ¿cómo se va a comparar con un cavernícola? ¡No es ése el camino hacia la carne cruda de una expresión bárbara! ¡*Naturalia non sunt turpia*, lo cual no significa que cualquier salvajada grosera represente el retorno a la Naturaleza!

¿Y qué más? Explicaremos la cosa en función de la música, ya que es ella la que tiene abiertas las mayores y más cercanas posibilidades.

Hacen mal los compositores rompiéndole los huesos al contrapunto o entregando a los Bach a los ordenadores para que los pulvericen. Tampoco un ateo a base de los electrones de la cola de un gato centuplicado dará nada al mundo, aparte de una manada de aulladores artificiales. ¡Qué falsa orientación y qué falso tono! No ha aparecido todavía un salvador-innovador consciente de su objetivo.

Lo estoy esperando con impaciencia, aguardo su creación de una obra *concreta de desrnistificación*, regresada al seno de la Naturaleza, una obra que plasme esas exhibiciones corales—aunque estrictamente privadas— a que se entregan en la sala de conciertos todos los públicos, cuya cultura se manifiesta tan sólo en una concentración puramente externa y que contemplan a la orquesta sudorosa sólo a través de la periferia de sus órganos domesticados.

Creo que esa sinfonía, captada por cien micrófonos, tendría una instrumentación oscura y monótona, propia de lo intestinal, ya que su fondo sonoro estaria constituido por unos Bajos Yeyunales reforzados, es decir, los Borborigmos de las personas dedicadas de pleno a una ventrilocuencia inevitable, basada en los ruidos viscerales, en los gluglús precisos, y llena de una desesperada expresión digestiva. ¡Esta es la auténtica voz, la voz orgánica de la vida! Confío también en que el *leitmotiv* se desarrollaría al compás de la percusión asentera, acentuada por los crujidos de las sillas, con fuertes y espasmódicas entradas de los estornudos y con acordes de la esplendorosa coloratura de las toses. Sonarán las bronquitis... y presiento, aquí justamente, varios solos efectuados con la maestría de una ancianidad asmática, un verdadero *Memento mori vivace ma non troppo*, una exhibición de *piccolo* agonal, donde un cadáver auténtico marcará el compás de tres por cuatro con la carraca de su dentadura postiza, donde una tumba genuina silbará en la tráquea llena de estertores. ¡Y esta Veracidad del Aparato Sinfónico, Tan Vital, es infalsificable!

Toda la iniciativa somática de los cuerpos, hasta hoy día ahogada con total arbitrariedad por la música artificial en sus sonidos dramática e inapelablemente propios, exige la reivindicación triunfal de su carácter de Retorno a la Naturaleza. No puedo equivocarme: sé que el estreno de la Sinfonía Visceral seria un momento decisivo, ya que así, y sólo así, el público, tradicionalmente pasivo y reducido al leve crujido de los papelitos de los caramelos de menta, tomaría —¡por fin!— la iniciativa y, en la función de autoorquesta, efectuaría el retorno a si mismo, entregándose con ardor a la desmitificación universal, la consigna de nuestro siglo.

El creador-compositor seria tan sólo un sacerdote mediador entre las atemorizadas multitudes y la Moira, ya que nuestro destino es el sino de nuestras tripas...

De este modo, la distinguida colectividad de oyentes melómanos percibirá la autosinfonía sin aporreamientos ni rasgueos accesorios y, así, será su propio objeto de delectación, y de temor...

¿Y en cuanto a la literatura? Supongo que ya lo estáis adivinando: me propongo devolveros vuestro espíritu, en toda su amplitud, igual que la música visceral devuelve al público su propio cuerpo, o sea retornando, en el mismo centro de la Civilización, a la Naturaleza.

Por eso, precisamente, la Prologologia no puede seguir sometida al anatema de la esclavitud, ajena a todo esfuerzo de liberación. De modo que llamo a la rebelión no tan sólo a los novelistas y a sus lectores. Y me refiero a una sublevación, no a un atontamiento general ni a un instigar a los espectadores teatrales a que se suban al escenario, o que el escenario se les suba encima a ellos, ya que en tal caso perderían su antigua posición de superioridad, tan agradable, y serían precipitados desde el asilo ya liquidado de la platea al caldero de San Vito. La libertad nos vendrá por el Pensamiento: no nos la darán las convulsiones ni la retorcida mímica del yoga. Así pues, si me niegas el derecho a una lucha libertaria, te condenas, respetable Lector, a ser un retrógrado, una antigualla petrificada, y aunque te dejes una barba así de larga, no entrarás en el mundo moderno.

En cambio tú, Lector diestro en la anticipación de lo Nuevo, tú, Progresista con reflejos rápidos, tú, que vibras a gusto en las cascadeantes Modas de nuestra era, tú, consciente de que tras haber trepado más alto que nuestro viejo primo simiesco (¡a la misma Luna!), tenemos que arrastrarnos más lejos todavía, tú me comprenderás y te aliarás conmigo con el sentimiento del deber cumplido.

Yo te engañaré y tú me lo agradecerás; yo te haré una promesa solemne, sin pensar siquiera en cumplirla, y tú quedarás satisfecho, o por lo menos fingirás, con una maestría digna de la causa, que lo estás. Y a los lerdos que pretendan anatematizarnos a ambos, les dirás que se habían extraviado en el espíritu de nuestra época y caído en los vertederos de vetusteces escupidas por la Realidad que no tiene tiempo que perder.

Les dirás que no hay remedio, que el arte se había convertido hoy día en una letra sin aceptación (trascendente), en una papeleta de empeño (falsificada), en una promesa (irrealizable), en una forma suprema de alteración.

Así las cosas, esa vacuidad y esa imposibilidad de realización han de ser tomadas como consigna y como valor con solidez de roca; y por esa razón precisamente, yo, al escribir el Prólogo a mi Pequeña Antología de Prólogos, actúo de buena ley, ya que propongo introducciones que no introducen en ninguna parte, prólogos que no preceden a ningún logos y prefacios después de los cuales no suena una sola palabra.

Pero, cada uno de mis sucesivos subterfugios te abrirá un vacío de género y de matiz de significados diferentes, y centelleantes, todos, bajo el reflejo de la correspondiente banda del espectro heideggeriano. Te franquearé con entusiasmo, esperanza y mucho ruido las puertas de los altares y de los trípticos, te mostraré iconostasios y portales del zar, me arrodillaré en los abruptos peldaños del subespacio, vacío no porque haya sido abandonado, sino porque nunca hubo y nunca habrá nada en él. Ah, este juego, el más serio de todos, incluso trágico, es la parábola de nuestro destino, ya que no existe ningún otro invento tan humano, ningún otro puerto tan seguro y propio de la humanidad, como un Prólogo pronunciado a plena voz, limpio de todas las servidumbres, el que apura hasta las heces a nuestro ser: El Prólogo a la Nada.

Compartimos con los animales y las plantas toda la vastedad del mundo de piedra y de verdor, enfriado y rugiente, llameante en las nubes y sumido en las estrellas; sólo la Nada es nuestro terreno propio y exclusivo. El descubridor de la nada es el hombre. ¡Pero, qué cosa tan difícil es la nada, qué extraordinaria de puro

extrarreal! No rozarse puede sin una preparación esmerada, sin unos ejercicios espirituales y un largo estudio y entrenamiento A los no adiestrados los petrifica; de modo que para comunicarse con una nada afinada con precisión, ricamente orquestada, uno debe prepararse a conciencia, y cada paso dado en esa dirección ha de ser firme, significativo y sustancial en extremo.

Me propongo, pues, mostrarte aquí los Prólogos como quien muestra pórticos soberbiamente tallados, recubiertos de oro, coronados de grifos y grifas en las majestuosas archivoltas; voy a prestar juramentos sobre su faz sonora de oro macizo, vuelta hacia nosotros, para abrirlos luego de un tirón de los brazos de mi espíritu y precipitar al lector a la Nada, arrancándole, de un golpe, de todas las existencias y de todos los mundos.

Aseguro y garantizo una libertad maravillosa: doy mi palabra de que Allí no habrá Nada.

¿Qué conseguiré? El estado más rico: el anterior a la Creación.

¿Qué conseguirás? La libertad suprema. Porque no perturbaré tu oído en plena ascensión con palabra alguna. Lo cogeré tan sólo, como un colombófilo coge a un palomo, y lo lanzaré como la piedra de David, como la piedra de toque, que vuele a esa infinidad para gozo eterno.

CEZARY STRZYBISZ

NECROBIAS

139 reproducciones

Prólogo de

Stanislaw Estel

Editorial ZODIAK

Prólogo

No hace muchos años, los pintores y escultores se aferraron a la muerte como a una tabla de salvación. Provistos de atlas anatómicos e históricos, empezaron a destripar a los desnudos y revolver en las panzas, sacando a sus telas la maltrecha fealdad de nuestras vergonzosas interioridades, recubiertas normalmente, y con cuánto acierto, por la piel. No obstante, los conciertos que la podredumbre revestida de todos los colores del arco iris, empezó a dar en las salas de exposiciones, no fueron una revelación. La cosa hubiera sido obscena si alguno de los espectadores se hubiese sentido afectado, u horrenda si alguien hubiese temblado; pero ¿qué le vamos a hacer?: ni siquiera nuestras tías se indignaron. Midas convertía en oro todo lo que tocaba, y la plástica actual, bajo la maldición de un- signo contrario, liquida con un toque de pincel toda la seriedad de lascosas. Como quien se ahoga, quiere asirse a lo que pueda, y se hunde junto con lo asido... ante la desengañada pasividad de los espectadores.

Quiere apoderarse de todo. ¿Incluso de la muerte? ¿Por qué no nos escandaliza su antimajestad? ¿No nos hubiera debido hacer reflexionar (por lo menos) el horror de esas láminas embadurnadas de rojo sangre, cual ampliadas ilustraciones de un manual de medicina forense?

Pero ni siquiera ese poder tenían..., porque eran demasiado forzadas. La misma idea era ya infantil: asustar a los adultos... ¡Eso no podía tener seriedad! En vez de un *memento mori*, recibimos unos cadáveres cuidadosamente descompuestos; el secreto de las tumbas, expuesto a la luz del día con demasiada insistencia, temía el aspecto de una cloaca viscosa. La muerte así mostrada no nos dice nada, porque es demasiado ostentosa. Unos pobres pintores a quienes no bastaba ya la naturaleza, emprendieron la escalada del Gran Guiñol, y el tiro les salió por la culata.

Pero, después de un descrédito semejante, después del chasco recibido de la muerte, ¿qué hizo Strzybisz?, ¿cómo logró rehabilitarla? ¿Qué son, en realidad, sus "necrobias"? En todo caso, no son pintura. Strzybisz no pinta, y al parecer nunca tuvo un pincel en la mano. Tampoco son grabados, porque él no dibuja ni graba en ninguna materia, no esculpe. Strzybisz es fotógrafo. Hay que decir que es un fotógrafo singular, puesto que, en lugar de la luz, usa los rayos de Roentgen.

Este anatomista atraviesa el cuerpo de lado a lado con su ojo prolongado por los hocicos de los aparatos radiográficos. Así y todo, no cabe duda de que unas películas en blanco y negro, vistas en todos los consultorios médicos, nos dejarían indiferentes. Por eso, él vivificó sus desnudos. Por eso sus esqueletos andan con paso tan elástico y decidido en sus gabardinas-mortaja, con espectros de carteras en la mano; bastante malicioso y extravagante, hay que reconocerlo, pero nada más. Sin embargo, esas instantáneas eran solamente unas pruebas, unos experimentos, no había aprendido todavía. El revuelo surgió sólo cuando Strzybisz se atrevió a una cosa horrenda (aunque ya no debía haber cosas horrendas): pasar por rayos X, y así nos lo mostró nuestro sexo.

Ese ciclo de trabajos de Strzybisz se abre con sus "Pornogramas", muy humorísticos, pero de un humor bastante cruel. Strzybisz enfocó las lentes de sus objetivos sobre la sexualidad más desenfrenada descarada e insolente: la del grupo humano. Los críticos dijeron que quería burlarse de la pornomanía, que le había dado una lección capital llevándola hasta el mismo hueso, que su intención había tenido éxito, puesto que aquellos huesos, imbricados unos en otros, dispuestos en unos rompecabezas geométricos y que parecen, a primera vista, mezclados inocentemente, se transforman ante los ojos del espectador, repentina y singularmente, en un moderno *Totentanz*, en una cópula de esqueletos saltarines. Se comentó que Strzybisz buscaba ultrajar y ridiculizar el sexo y que había conseguido su propósito.

¿Es cierto eso? Por supuesto, pero... podemos ver en las "necrobias" algo más todavía. ¿Una caricatura? Sí, pero no só1o esto, porque hay en los "Pornogramas". una cierta seriedad implícita. En primer lugar, Strzybisz "dice la verdad" y sólo la verdad, verdad que hoy día, si no sufre una deformación artística~, pasa por una simpleza; en realidad Strzybisz no es más que un testigo, una mirada penetrante pero no transformadora. No hay modo de defendernos de ese testimonio ni rechazarlo a título de ficción de truco, de pequeño juego premeditado, porque él tiene razón. ¿Una caricatura? ¿Una malignidad? ¡Si esos esqueletos son casi estáticos en su dibujo abstracto! Strzybisz actuó sabiamente al descubrir los huesos, al despojarlos de su cobertura de carne, los liberó, buscando honradamente su propio sentido, que ya no se refiere a nosotros. Al buscar su propia geometría, los hizo soberanos.

Aquellos esqueletos viven—si así puede decirse— a su manera. El les otorgó la libertad evaporando

sus cuerpos, o sea a través de la muerte, aunque precisamente los cuerpos desempeñan un papel importante, a pesar de no ser inmediatamente perceptible, en las necrobias.

No podemos entrar aquí en los detalles de la técnica radiológica; sin embargo, es imprescindible una breve explicación. Si Strzybisz se hubiera servido de rayos X cortos, en sus fotos aparecerían solamente los huesos, en forma de unos trazos claramente dibujados y segmentados por las hendiduras; más oscuras, de las articulaciones. En tal caso, se obtendría una abstracción osteológica demasiado ceñida. Mas él nunca procede así: en sus fotografías aparecen, penetrados por los rayos largos, los cuerpos humanos levemente insinuados, esfumados como cúmulos de luz láctea, lo cual aporta el efecto adecuado. La apariencia y la realidad confunden ahí sus fronteras. Strzybisz acierta a mostrar, y lo hace como sin proponérselo, como por casualidad, el medieval Totentanz holbeiniano que permanece dentro de nosotros intacto, idéntico, no afectado por el tumulto de nuestra civilización relumbrante: la comunión de la muerte con la vida. Encontramos en su obra el mismo desenfado saltarín, el vigor jovial y la frivolidad apasionada que Holbein había dado a sus esqueletos. Só10 que nuestro artista contemporáneo les confiere una gama de significados más amplia, ya que aplica la más nueva de las técnicas a la función más antigua de los organismos. Strzybisz nos propone la imagen verdadera de la muerte en medio de la vida, y la mecánica (puesta de manifiesto hasta la recóndita trama de los huesos) de la multiplicación del género humano, a la que asisten los pálidos espectros de los cuerpos.

De acuerdo —dicen algunos— admitamos que sea esa la filosofía que se desprende de la obra; pero

acaso el artista no ha "rizado el rizo" haciendo popular a los cadáveres? ¿No se ha acogido al tema de moda para conseguir efectos sensacionalistas? No sería eso un procedimiento vulgar? ¿Y si los "Pornogramas". fueran, sencillamente, el truco de un listo? Hubo incluso quien no vaciló en tacharle

de timador. Prefiero no disparar contra esa clase de juicios los cañones de una retórica de calibre pesado. En vez de esto, les propongo que miren con detenimiento el pornograma 22, titulado "Triolistas".

Es una escena de una indecencia muy especial. Si la comparamos con una foto normal de las mismas personas, es decir, con un producto de la pornografía comercial, veremos al instante cuán inocente resulta esta última al lado de un roentgenograma.

Y es que la pornografía no es directamente lasciva: excita tan sólo mientras en el espectador perdura todavía la lucha de la libido con el ángel de la cultura. Cuando a este ángel se lo llevan los demonios, cuando a causa de la tolerancia general se manifiesta la debilidad de la prohibición sexual y su total ineficacia, cuando los tabúes se van al cubo de basura, con que rapidez muestra entonces la pornografía su carácter inocente o, en el caso de que tratamos, vano. Y digo vano porque promete un paraíso de la carne, anuncia lo que en realidad no cumple. Es un fruto prohibido: la fuerza de su tentación es igual a la fuerza de la prohibición.

Así pues, cuando nuestra vista, una vez acostumbrada, se vuelve más fria y sólo capta a unas personas en cueros, muy forzadas, muy aplicadas a obededecer las órdenes del fotógrafo, ¡qué pobre resulta el espectáculo!. En el que lo mira no provoca sonrojo, sino un sentimiento de la solidaridad humana zaherida, ya que esa gente en cueros se manosea con tanto ahínco, que nos hacen pensar en

unos niños obstinados en hacer una cosa horrible ,monstruosa, para que a los adultos se les pongan los pelos de punta; pero en realidad no lo consiguen, simplemente no dan para tanto, y su inventiva, exasperada ya tan sólo por la furia que les despista su impotencia, no se dirige hacia el Pecado y la Caída, sino hacia una tonta y lamentable hartadura. De modo que en los esforzados trabajos de aquellos grandes mamíferos desnudos se esconde un infantilismo obtuso; no hay en ello ni infierno ni paraíso, sino una esfera tibia: el aburrimiento, las amarguras de una labor mal pagada...

En Strzybisz, en cambio, el sexo es rapaz, terrorífico y ridículo como en los viejos cuadros de flamencos e italianos esas caídas de los condenados en el abismo. Aboliendo el Más Allá nos es posible sentirnos distanciados de los pecadores que se precipitan hacia el Juicio Supremo dando volteretas; pero ¿qué clase de defensa tenemos contra un roentnógrama? Son trágicamente cómicos esos esqueletos, a los que el cuerpo impide juntarse. ¿Que no son más que osamentas? No, no es así: precisamente vemos en ellos unos seres unidos en un abrazo encarnizado y torpe. La cosa seria simplemente lamentable si no fuese tan cruelmente cómica. ¿De dónde procede la comicidad? De nosotros mismos, ya que reconocemos la verdad. La razón de esas uniones desaparece junto con la corporeidad; los abrazos son estériles y abstractos, aunque terriblemente concretos, faltos de esperanza como llamas heladas y blancas.

Hay ahí, además, una especie de santidad (o bien una burla de ella, o una alusión), no añadida artificialmente ni trucada y bien visible: un halo rodea cada cabeza. Es el pelo, convertido en una pálida aureola redonda, brillante como en las imágenes sagradas. Por otra parte, sé muy bien lo difícil que es la tarea de desembrollar y designar los impulsos que componen el conjunto de impresiones del espectador. Para unos, la obra de Strzybisz es, literalmente, Holbein *redivivus*; en efecto, es muy singular ese retorno, por la vía de la radiación electromagnética, al mundo de los esqueletos: es como si volviéramos al medievo oculto dentro de nosotros. A otros les chocan los cuerpos convertidos en fantasmas impotentes, obligados a asistir a los difíciles ejercicios del sexo invisible. Hay también quien compara a los esqueletos con instrumentos sacados de sus estuches para la celebración de una iniciación misteriosa, y habla de la "matemática", de la "geometría. de aquella sexualidad.

Todo esto es muy posible, pero la tristeza que inspira el arte de Strzybisz no procede de la especulación. La Simbó1ica, alimentada por los siglos y durante siglos transmitida, ha continuado vegetando en nosotros aunque hayamos renegado de ella y, como vemos, no ha sido destruida. La hemos transformado en señalizaciones (calaveras en los postes de alta tensión y en los frascos de veneno en las farmacias), y en material escolar para ciencias naturales (esqueletos articulados con alambre fino de las aulas). La hemos condenado a éxodo, la expulsamos de la vida, pero no nos liberamos de ella por entero. Así pues, nuestra mente, incapaz de distinguir lo que constituye en el esqueleto su más proba materialidad, igual a la esencia de un tronco de árbol o de una viga incapaz

de ver lo que expresa en él el silencio del destino, o sea el símbolo, cae en una perplejidad peculiar de la cual huye buscando la salvación en la risa. Sabemos, sin embargo, que es una alegría un tanto forzada, que nos refugiamos en ella para no entregarnos demasiado a Strzybisz.

La erótica, interpretada como la vanidad sin esperanza de toda intención, y el sexo como ejercicios de geometría del espacio, son los dos extremos de los "Pornogramas". Por lo demás, no estoy de acuerdo con quienes afirman que el arte de Strzybisz empieza y termina con los "Pornogramas". Si tuviera que decir cuál de sus desnudos me parece más notable, señalaría sin vacilar *La Embarazada* (pág. 128), una futura madre con su criatura encerrada en el seno. Esos dos esqueletos, uno dentro del otro, constituyen una imagen bastante cruel y muy ceñida a la verdad. El vientre voluminoso de la madre, enmarcado por las dos alas blancas de la pelvis (la radiografía muestra el destino del sexo más rotundamente que el desnudo convencional), cobija a un esqueletito mucho más frágil y transparente, porque más tierno, vuelto cabeza abajo y protegido por esas alas, ya entreabiertas para el parto. ¡Qué mal describen la escena estas palabras, y en qué imagen de dignidad y pureza se funden los claroscuros del roentgenograma! Una mujer encinta en la plenitud de su vida (y de su muerte) y un feto todavía no nacido que empieza a morir ya desde su concepción. Hay en ese cuadro un reto tranquilo, una afirmación determinada.

¿Qué pasará dentro de un año? Las Necrobias caerán en el olvido, se impondrán nuevas técnicas y modas (¡pobre Strzybisz, cuántos imitadores tiene ya ahora, desde que ha alcanzado el éxito!). ¿No es

cierto esto? Sí, no cabe duda, pero no se puede evitar. Sea como fuere, y aunque esta velocidad de los cambios nos ahogue y nos condene a continuas renuncias y separaciones, en el momento actual, Strzybisz nos ha hecho un don generoso. El artista no se precipitó al fondo de la materia, no intentó

penetrar en los tejidos de los musgos y de los licopodios, no se inmiscuyó en el exotismo de escudriñar las perfecciones inútiles de la naturaleza, en esas investigaciones que la ciencia habia inoculado al arte, sino que nos guió hacia los confines de nuestros cuerpos tal como son, sin exageraciones ni cambios, nuestros cuerpos reales. Actuando así, creó puentes entre la actualidad y lo futuro

y devolvió la vida a la seriedad, olvidada ya por el arte. Y no es culpa suya el que esa resurrección sólo pueda durar unos momentos.

LA ERUNTICA

Reginald Gulliver

George Allen & Unwín LTD

40 Museum Street/London

Prólogo

En lo futuro el historiador plasmará probablemente el modelo más característico de nuestra cultura, escogiendo como ejemplo dos explosiones que se interpenetran. Los aludes de productos industriales, lanzados mecánicamente al mercado, entran en contacto con los compradores en unas circunstancias tan fortuitas como las leyes que rigen las colisiones de las moléculas de gas; nadie sabe cuáles y cuántos son los productos con que se nos inunda. Y puesto que donde más fácil resulta perderse es entre las multitudes, los empresarios de la cultura, que imprimen todo lo que los escritores les traen, viven convencidos —es una convicción agradable aunque errónea—de que salvan de la quema toda obra de valor. Tal o cual libro es digno de atención, así lo estima el profesional correspondiente, el cual .elimina de su campo de visión todo lo ajeno a su especialidad. Esta operación eliminatoria es un reflejo de autodefensa en todo experto: si fuese menos inflexible, se ahogaría en un diluvio de papel. Pero, en consecuencia, todo lo que por su novedad constituye un reto a los principios de la clasificación, está amenazado de mudez, equivalente a la muerte civil. El libro que aquí les presento se encuentra, precisamente, en tierra de nadie. Es, tal vez, un engendro de la locura (en este caso se trataría de una locura de método muy exacto) o, tal vez, un producto de la perfidia pseudopsicológica, una perfidia

poco eficaz, ya que el libro no es fácil de vender. El sentido común, junto con las prisas, aconsejarían guardar silencio acerca de una extravagancia semejante. Sin embargo, la obra denota, a pesar de lo aburrido de su estilo, un espíritu de herejía poco común que cautiva. Las bibliografías la encuadran en la Ciencia-Ficción, pero esa región de la literatura ha pasado ya a convertirse en un vertedero de toda clase de rarezas y mediocridades desechadas de esferas más serias. Si Platón publicara hoy día su *República* y Darwin su *Origen de las especies* con la etiqueta de "Literatura Fantástica", ambas obras llegarían probablemente a la calle y, leídas por todos, y por tanto no percibidas por nadie, confundidas con la charlatanería sensacionalista, no pesarían en el desarrollo del pensamiento.

El libro de R. Gulliver se ocupa de las bacterias; sin embargo, ningún bacteriólogo lo tomará en serio. Propone una lingüística que erizaría el pelo a cualquier lingüista. Esboza una futurología que contradice lo establecido por sus representantes profesionales. Es precisamente por esa razón que el libro —una especie de proscrito de todas las disciplinas científicas— ha de descender al nivel de Ciencia-Ficción y desempeñar ese papel aun sin contar con los lectores, ya que no narra nada que sacie la sed de aventuras.

No estoy seguro de saber valorar adecuadamente la "Erúntica"., pero creo que tampoco encontraría un prologuista competente en ella. De modo que usurpo esa función porque me siento intranquilo: ¿quién sabe cuánta verdad se oculta en medio de ese monumento de descaro? Hojeado someramente, el libro parece ser un manual científico; no obstante, es un cúmulo de excentricidades. No se puede tomar tampoco como fantasía literaria, porque carece de todo contenido artístico. Si describe la verdad, esa verdad suya contradice casi toda la ciencia contemporánea. Si miente, sus mentiras tienen una dimensión gigantesca.

Según aclaración del autor, la erúntica ("Die Eruntizitätslehre"., "Eruntics", "Eruntique".: el nombre proviene de "erunt" = "serán", 3ª persona del plural del futuro de "esse") no se propone ser una variante de la prognóstica o futurología.

No se puede aprender, porque nadie conoce las reglas de su funcionamiento. Tampoco sirve para ayudarnos a prever cosas que nos interesan. No es una

"ciencia oculta", al estilo de la astrología o dianética, ni una disciplina ortodoxa de ciencias naturales. En consecuencia, se trata aquí verdaderamente de un fenómeno condenado a destierro "en todos los mundos".

Reginald Gulliver se presenta al lector en el primer capítulo como filósofo-diletante y bacteriólogo *amateur* que un buen día, hace dieciocho años, tomó la decisión de enseñar a las bacterias la lengua inglesa. El impulso se debió a una casualidad. El día crítico el autor estaba sacando del termostato unas cápsulas de Petri, esos pequeños recipientes planos, de cristal, donde las bacterias se cultivan *in vitro* sobre gelatina agar-agar. Hasta entonces, dice, la bacteriología era para él sólo una distracción, se dedicaba a ella como *hobby*, sin pretensiones ni esperanzas de hacer ningún descubrimiento. Simplemente, le gustaba, así lo declara, observar la multiplicación de los microbios en su lecho de agar: le admiraba la "sagacidad" de aquellas "plantitas invisibles" que formaban sobre un substrato turbio colonias del grosor de una cabeza de alfiler. Para comprobar la eficacia de los productos antibacterianos, se los deposita sobre el agar con ayuda de una pipeta o un trocito de algodón; allí donde los antibióticos manifiestan su acción, el agar queda libre de colonias bacterianas. Como hacen a veces los ayudantes de laboratorio, R. Gulliver mojó un algodoncito en el antibiótico y con él escribió sobre el fondo liso de agar-agar la palabra "*Yes*". La inscripción, de momento invisible, se percibía claramente al día siguiente, ya que las bacterias, multiplicándose intensamente, habían recubierto todo el agar con los puntitos de sus colonias, salvo en la huella dejada por el algodoncito que había servido de pluma. Fue entonces, afirma R. Gulliver, cuando se le ocurrió por primera vez que ese proceso podía ser "reversible".

La inscripción se hizo visible porque estaba libre de bacterias. E inversamente, si los microbios se dispusieran en forma de letras, escribirían, y por tanto se expresarían, en un lenguaje. La idea era tentadora, pero al mismo tiempo, reconoce el autor, totalmente falta de sentido. Fue él mismo quien había escrito sobre el agar la palabra "Yes", las bacterias la "revelaron" solamente porque no podían multiplicarse en esa zona. Pero a partir de ese momento la idea ya no le dejó en paz. Y al octavo día puso manos a la obra.

Las bacterias carecen por completo de pensamiento, siendo, por tanto y sin duda alguna, irracionales. No obstante, su situación en el seno de la naturaleza las convierte en unos químicos extraordinarios. Los microbios patógenos aprendieron a vencer los obstáculos del cuerpo y de las defensas orgánicas de los animales cientos de millones de años atrás. Lo podemos comprender tomando en cuenta que no hicieron otra cosa durante siglos y siglos; dispusieron, pues, de tiempo suficiente para infiltrar sus quimismos, agresivos aunque ciegos, en las murallas de defensa de la albúmina con que se acorazan los macroorganismos. Cuando en la palestra de la vida apareció el hombre, le ataron a él también y le infligieron durante los milenios de la civilización unos sufrimientos que terminaban a veces, en las famosas epidemias, con la muerte de colectividades enteras. Hace apenas ochenta años que el hombre ha pasado a un contraataque más fuerte, movilizando contra las bacterias el ejército de sus medios bélicos—los venenos sintéticos—que paralizan los procesos vitales del enemigo. En este lapso tan corto ha confeccionado más de cuarenta y ocho mil armas químicas antibacterianas, sintetizadas tan ingeniosamente que pueden atacar al microbio en los puntos más sensibles, más neurálgicos, de su metabolismo, crecimiento y multiplicación. Lo hizo con la fe de poder barrer pronto de la superficie terrestre todos los miasmas patógenos, pero no tardó en comprobar con asombro que deteniendo las expansiones de los microbios—llamadas epidemias—no había liquidado al cien por cien ni una sóla enfermedad. Las bacterias resultaron ser un adversario mejor preparado de lo que imaginaran los creadores de la quimioterapia farmacéutica. Sean cuales fueran los preparados de laboratorio usados por el hombre, ellas, tras las hecatombes sufridas en aquella lucha, al parecer desigual, no tardaron en adaptar los venenos así mismas, o bien en adaptarse a sí mismas a los venenos, logrando así un movimiento de resistencia.

La ciencia no sabe exactamente cómo lo hacen, y lo que sabe le parece inverosímil. Indudablemente, las bacterias no disponen de un saber teórico en el campo de la química o la inmunología. No pueden efectuar experimentos ni celebrar consejos estratégicos; no tienen la capacidad de prever hoy qué dirigirá el hombre contra ellas el día de mañana; sin embargo, y a pesar de su situación de desventaja bélica, se las arreglan de algún modo. Cuanto más saber y experiencia adquiere la medicina, menos esperanza tiene de limpiar la tierra de microbios. Por cierto, las bacterias deben su invencible vida a las mutaciones. Olvidemos, empero, las tácticas creadas por las bacterias ante el peligro. Sea como fuere, actúan, inconscientemente, a la manera de laboratorios microscópicos. Las razas nuevas adquieren resistencia gracias tan só1o a las mutaciones de su herencia, que se operan conforme al principio de la casualidad. Si el fenómeno se refiriera al

hombre, le correspondería, más o menos, el cuadro siguiente: Un enemigo desconocido prepara no sabemos qué medios letales, sirviéndose de unos conocimientos científicos que ignoramos, para lanzar contra la humanidad un alud de ellos, y nosotros, a la busca desesperada de un antídoto y abocados a un aniquilamiento total, decidimos que la mejor estrategia defensiva consiste en sacar de un sombrero páginas arrancadas de una enciclopedia técnica, con la esperanza de encontrar en una de ellas la fórmula de una sustancia salvavidas. Es de suponer que la raza que recurriera a ese procedimiento para vencer un peligro mortal, se extinguiría hasta el último de sus individuos antes de lograr un propósito basado en las leyes de la lotería.

Así y todo, en el caso de las bacterias ese método funciona. ¿De qué modo? No se puede ni hablar de que su memoria genética tenga inscritas de antemano todas las estructuras posibles de los cuerpos

químicos perniciosos sintetizables. ¡Los compuestos de esta clase son más numerosos que las estrellas y los átomos del universo entero! Por otra parte, el reducidísimo dispositivo de la herencia bacteriana ni siquiera tendría cabida para la información relativa a esos cuarenta y ocho mil específicos utilizados hasta ahora por el hombre en su lucha contra los microbios. Hay en todo esto, empero, una cosa cierta e irrefutable: los conocimientos químicos de las bacterias, aunque meramente "prácticos", siguen superando la alta ciencia teórica de los humanos.

Si es así, si las bacterias disponen de tanta sabiduría, ¿por qué no podríamos utilizarlas para fines enteramente nuevos? Desde el punto de vista objetivo, queda muy claro que el hecho de escribir unas palabras en inglés constituye un problema mucho más sencillo que el de elaborar incontables tácticas de defensa contra los innumerables tóxicos y venenos. Los medios antibacterianos son fruto de la inmensidad del saber moderno con sus bibliotecas y laboratorios, sus científicos y sus ordenadores, ¡y todo ese poderío no es aún suficiente para acabar con unas "plantitas" invisibles! De modo, pues, que sólo queda un "quid" por resolver: ¿Cómo obligar a las bacterias al estudio del inglés, cómo convertir el dominio del idioma en una condición imprescindible de supervivencia? Hay que crear una circunstancia con dos y sólo dos soluciones: o aprendéis a escribir, o moriréis.

Reginald Gulliver afirma que en principio existe la posibilidad de enseñar a un *Estafilococus aureus* o a una *Escherichia coli* la misma manera de escribir de que nosotros nos servimos normalmente, pero que es un método enormemente trabajoso y erizado de un sinfín de escollos. Mucho más sencillo es enseñarles el uso del alfabeto Morse, compuesto por puntos y rayas, tanto más estando ya en su naturaleza lo de formar puntos: cada colonia no es otra cosa que un punto. Y cuatro puntos, colocados en un eje, darán una raya. ¡A ver si no es fácil!

Tales eran los conceptos e inspiraciones de Reginald Gulliver, cuyo enunciado parece lo suficientemente disparatado para que cualquier profesional, al terminar la lectura de este párrafo, tiré el libro al suelo. Pero nosotros, que no somos especialistas, podemos seguir con la lectura. En primer lugar, Reginald Gulliver tomó la decisión de basar la condición de supervivencia en la formación de rayas cortas sobre el agar. La única dificultad, dice en el capítulo II, estriba en el hecho de que aquí no puede existir ninguna enseñanza en el sentido normal de la palabra, el que aplicamos a los hombres e incluso a los animales, capaces de adquirir reflejos condicionados. El alumno carece de sistema nervioso, extremidades, ojos, oídos, tacto; lo único que posee es su extraordinaria pericia para las transformaciones químicas. Ellas constituyen su proceso vital; aparte de eso no hay nada. Es el mismo proceso, pues, el que debe aprender la caligrafía; el proceso y no las bacterias, ya que aquí no se trata de personas y ni siquiera de individuos. ¡Es al propio código genético no a las bacterias mismas, a quien hemos de enseñar a abrirnos el camino!

El comportamiento de las bacterias no es inteligente, pero, gracias al código, su timonel, saben adaptarse a situaciones nuevas, incluso a las que encuentran por primera vez al cabo de millones de años de vegetación. Así pues, veremos si el código cumple su cometido, si logramos crear unas condiciones adecuadamente escogidas para que la única táctica accesible de supervivencia consista en una escritura articulada. Como vemos, la reflexión que acabamos de citar descarga todo el peso del problema en el experimentador: es él quien debe crear esas condiciones, extraordinarias por inexistentes hasta ahora en la evolución, de la existencia bacteriana.

La descripción de los experimentos que ocupa las páginas ulteriores de la "Erúntica" es altamente aburrida a causa de su pedantería y prolijidad, y de la cantidad de fotogramas, tablas y diagramas que

invaden el texto de modo que no es fácil digerirlo.

No obstante, procuraremos resumir brevemente esas doscientas sesenta páginas de la "Erúntica,.. El principio ha sido fácil. Sobre el agar se encuentra una colonia solitaria de *Escherichia coli*, cuatro veces más pequeña que la letra "o". Un cabezal óptico conectado a un ordenador vigila desde arriba el comportamiento de esa manchita grisácea. Normalmente las colonias se extienden en todas las direcciones centrífugas, pero en el experimento su expansión sólo es posible a lo largo de un eje, ya que la transgresión de la línea prevista conecta un proyector de láser que mata con rayos ultravioleta a las bacterias cuyo comportamiento es "inadecuado.. Nos encontramos aquí ante una situación descrita previamente, cuando apareció sobre el agar una inscripción porque las bacterias no podían multiplicarse en un sitio impregnado de antibiótico. La única diferencia entre ambos casos es la siguiente: en el segundo sólo pueden vivir a lo largo de la raya y, en el primero, sólo fuera de ella. El autor repitió su experimentocuarenta y cinco mil veces, empleando simultáneamente dos mil cápsulas de Petri y otros tantos detectores conectados a un ordenador correspondiente. Tuvo grandes gastos, pero no perdió mucho tiempo, ya que una generación de bacterias no vive más de unos diez a doce minutos. En dos cápsulas (entre dos mil), la mutación obtenida dio origen a una raza nueva, *E. coli orthogenes*, que sólo era capaz de reproducirse formando rayas. La nueva variedad recubría el agar de rengloncitos de este aspecto: ----------.

El desarrollo en eje se convirtió, por tanto, en un rasgo hereditario de la bacteria mutada. Al multiplicar la nueva raza, Reginald Gulliver obtuvo un millar de cápsulas con colonias de *E. coli orthogenes*, creando así el polígono para el paso inmediato de la ortografía bacteriana. Formando razas que se multiplicaban alternando puntos y rayas (.—.—.—.—.—), llegó finalmente al término de aquella fase de la enseñanza.

Las bacterias se comportaban conforme a la condición impuesta, pero, naturalmente, lo que producían no era la escritura, sino los elementos externos de

ella, desprovistos de todo sentido. Los capítulos IX, X y XI relatan cómo el autor dio el siguiente paso o, mejor dicho, cómo forzó a E. coli a darlo.

Reginald Gulliver seguía el camino siguiente en su razonamiento: hay que poner a las bacterias en una situación que las obligue a comportarse de un modo específico. Este comportamiento, a nivel de su vegetación meramente químico, se transformará—visualmente—en un sistema de señalización.

A lo largo de cuatro millones de experimentos, el autor maceró, resecó, tostó, diluyó, cortó y paralizó por catálisis billones de bacterias, hasta que logró producir una raza de E. coli que reaccionaba ante la alarma de un peligro mortal disponiendo sus colonias en series de tres puntos:... ... ...

Esa letra "s" (tres puntos significan "s" en elalfabeto Morse), simbolizaba "stress", es decir, tensión. Es evidente que las bacterias seguían sin entender nada, pero conseguían salvarse disponiendo sus colonias en grupos de tres puntos, ya que entonces, y sólo entonces, el detector conectado al ordenador eliminaba el factor del peligro (por ejemplo: un fuerte veneno depositado en el agar, unos rayos ultravioleta apuntados hacia él, etc.). Las bacterias que no se alineaban en conjuntos de tres puntos, tenían que perecer hasta la ultima. En el campo agárico de batalla (y al mismo tiempo de enseñanza) quedaban solamente aquellas que, gracias a las mutaciones, habían adquirido el conocimiento químico necesario. Las bacterias no entendían nada... pero señalaban el estado de peligro mortal en que se encontraban; en consecuencia, los tres puntos se transformaron realmente en un signo que determinaba la situación.

Reginald Gulliver supo entonces que podía obtener una raza capaz de emitir señales SOS, pero no se dedicó a esa etapa de enseñanza, porque la creyó totalmente superflua, y escogió otro camino: enseñó a las bacterias a *diferenciar* las señales según la *naturaleza* del peligro. Así, por ejemplo, las razas E. *coli loquativa 67* y *E. coli philographica 213* eliminaban de su medio ambiente el oxigeno libre, mortal para ellas, si emitían la señal: ...- - - (s o, es decir, "stress debido al oxígeno ").

El autor emplea un eufemismo cuando dice que la obtención de las razas capaces de señalar sus apuros había sido "bastante engorrosa". La crianza de la *E. coli numerativa*, que manifestaba que concentración de iones de hidrógeno le convenía, le costó dos años de trabajo, y el *Proteus calculans* empezó a resolver operaciones simples de aritmética al cabo de otros tres años de experimentación, llegando a calcular que dos y dos eran cuatro.

En el periodo siguiente, Reginald Gulliver amplió la base de sus experimentos enseñando el alfabeto Morse a los estreptococos y gonococos. Al descubrir que no estaban dotados para el estudio, volvió a la Escherichia coli. La raza 201 se distinguió por su adaptabilidad mutacional. Emitía comunicaciones cada vez más largas, tanto informativas como postulantes, que definían lo que perturbaba a las bacterias y lo que éstas deseaban para alimentarse. Triplicando siempre la norma de salvar exclusivamente las razas cuya mutación era la más diligente, el autor consiguió, al cabo de once años, la raza *E. Coli eloquentissima*, la primera en manifestarse espontáneamente y no tan sólo bajo el apremio del peligro. El día más bello de su vida fue aquel en que habiendo él entrado en el laboratorio y encendido la luz, la *E. coli eloquentissima* reaccionó con las palabras "buenos días", articuladas en Morse por la multiplicación de sus colonias...

El primero en dominar la sintaxis inglesa a nivel del *basic English* fue el *Proteus orator mirabilis 64*; en cambio, la E. coli eloquentissima, aun en la generación 21.000, incurría siempre, por desgracia, en errores gramaticales. No obstante, cuando el código genético de esas bacterias hubo asimilado las reglas de la sintaxis, la señalización en Morse pasó a constituir una de sus actividades vitales propias.

Así llegó el momento de anotar las noticias emitidas por los microbios. Al principio no eran demasiado interesantes. Reginald Gulliver quiso hacer a las bacterias unas preguntas-guía, pero el establecimiento de una comunicación bilateral resultó imposible. El autor nos da la siguiente explicación de las causas del fiasco: no son las bacterias las que articulan; lo hace el código genético a través de ellas, y el código no hereda las características adquiridas individualmente por cada sujeto. El código se expresa emitiendo comunicados, pero no tiene posibilidad alguna de recibirlos. El suyo es un comportamiento heredado, fijado y

afirmado en la lucha por la existencia. Las noticias que el código genético emite agrupando a las colonias de coli en signos Morse tienen sentido y, al mismo tiempo, carecen de intelección. Comprenderemos mejor este estado de cosas si recurrimos al ejemplo de la bien conocida manera de reaccionar de las bacterias: al desarrollar la penicilinasa para defenderse contra la acción de la penicilina, se comportan con sentido, pero lo hacen inconscientemente. Por tanto, las razas "habladoras" de Reginald Gulliver no dejaron de ser unas "bacterias corrientes", y se debe exclusivamente al experimentador el mérito de haber creado las condiciones que habían "inoculado" la elocuencia a la herencia de razas mutadas.

Así pues, las bacterias hablan, pero a ellas no se les puede hablar. Esa limitación es menos fatal de lo que podríamos suponer, ya que gracias a ella, precisamente, se había manifestado, al cabo de un tiempo, esa propiedad lingüística de los microbios que sirvió de base a la "Erúntica".

Reginald Gulliver no la preveía ni la esperaba. La descubrió por casualidad en el curso de sus experimentos dedicados a la cría de la *E. coli poetica*. Los cortos poemitas compuestos por el *bacilus coli* eran muy triviales y, además, no servían para ser recitados en voz alta, ya que, por razones obvias,

las bacterias no tienen idea de la fonética inglesa. Debido a esto, sólo podían dominar la métrica del verso, pero no los principios del arte de rimar. La poesía bacteriana no producía nada mejor que dípticos como éste: "*Agar agar is my love as were I stated above*". Como suele ocurrir, el azar ayudó a Reginald Gulliver. El experimentador introdujo cambios en la composición del caldo de cultivo, en busca de un medio que inspirara a las bacterias una elocuencia más elevada, incorporando en la sustancia unos preparados sobre cuya composición química guarda, nota bene, silencio. ril principio resultó de ello una charlatanería prolija, hasta que, el 27 de noviembre, la *E. coli loquativa* empezó a emitir, después de una nueva mutación, señales de stress, a pesar de no haber indicios de la presencia en el agar de factores perjudiciales para la salud de la bacteria. No obstante, el día siguiente, 29 horas después de la alarma, se desprendieron del techo unos adornos de estuco que, cayendo sobre la mesa de laboratorio, aplastaron todas las cápsulas de Petri que allí se encontraban. El autor tomó el extraño por una mera coincidencia, pero, por si acaso, hizo unos experimentos de verificación, descubriendo que las bacterias poseían facultades premonitorias. La primera raza nueva, la *Gulliveria coli prophetica*, predecía ya bastante bien el furor, es decir, se

esforzaba en prepararse para unos cambios desfavorables que iban a exponerla a peligro al día siguiente. El autor opina que no había descubierto nada absolutamente nuevo, limitándose su intervención al hallazgo fortuito de un mecanismo antiquísimo, propio de la herencia de los microbios, que posibilita a estos últimos una lucha eficaz contra las técnicas bactericidas de la medicina. Sin embargo mientras las bacterias permanecieron mudas, ni siqúiera imaginábamos la posibilidad de que existiera tal mecanismo.

El logro más relevante del autor fue la cría de la *Gulliveria coli prophetissima* y del *Proteus delphicus recte mirabilis,* razas cuyas predicciones no se limitan a los acontecimientos de su propia vegetación. Reginald Gulliver supone que el mecanismo de dicho fenómeno es de naturaleza meramente física. Las colonias bacterianas se agrupan en puntos y rayas, porque esta modalidad se había convertido ya en un rasgo característico normal de su multiplicación; no es ningún "bastoncillo-Casandra" ni una espía profeta los que hablan de los sucesos del futuro. Lo que ocurre, solamente, es que las constelaciones de los acontecimientos físicos, todavía en germen, todavía tan imperceptibles que no tenemos ninguna posibilidad de detectarlos, consiguen influir en la transformación de la materia, o sea el quimismo, de las razas mutadas. La actividad bioquímica de la *Gulliveria coli prophetissima* actúa, por tanto, de espacio-tiempo. Las bacterias son receptores hipersensibles de ciertas posibilidades, y nada más que eso. Sí, la futurología bacteriana es una realidad, pero sus resultados son en principio incontrolables puesto que no podemos dirigir la actuación premonitoria de las bacterias. El *Proteus mirabilis* traza a veces, con signos Morse, series numéricas, siendo muy difícil determinar a qué se refieren. Un día predijo, con antelación de medio año, el estado del contador eléctrico del laboratorio. En otra ocasión auguró cuántos gatitos tendría la gata del vecino. Naturalmente, a las bacterias las tiene muy sin cuidado la clase de profecías que trazan sus puntos y rayas. Su relación con lo que emiten es idéntica a la que un aparato de radio guarda con los textos que difunde. Aun admitiendo que se pueda comprender por qué anuncian hechos referentes a su vegetación, lo que quedará para siempre misterioso e inexplicable es su sensibilidad a los sucesos de una categoría diferente. La percepción del resquebrajamiento del estuco les fue, tal vez, facilitada por unos cambios de cargas electrostáticas en la atmósfera del laboratorio, o bien por la intervención de otros fenómenos físicos. En todo caso, lo que el autor ignora por completo son las motivaciones que las instigan a emitir, por ejemplo, noticias relativas al estado del mundo después del año 2050. La inmediata tarea emprendida por Reginald Gulliver, fue la diferenciación entre la pseudología bacteriana —o sea una palabrería irresponsable—, y las predicciones

propiamente dichas. La solución del problema resultó tan ingeniosa como sencilla. El autor creó unas "baterías paralelas de prognosis", llamadas eruntores bacterianos. Cada batería consta de un mínimo de 60 razas proféticas, compuestas por el *E. coli y el Proteus*. Si lo expresado por cada una de ellas no coincide, hay que considerar que la indicación no tiene valor. Si, por el contrario, los comunicados concuerdan, se trata de prognosis válidas. Esto acontece cuando, colocadas en termostatos distintos, en cápsulas de Petri aisladas, articulan en Morse textos idénticos o muy parecidos. En el transcurso de dos años el autor reunió una antología de la futurología bacteriana, con cuya publicación coronó su obra.

Los mejores resultados se los dieron las razas de *G. coli bibliographica y telecognitiva*. Dichas razas secretan dos fermentos, la futurasa plusquamperfectiva y la excitina futurognóstica, bajo cuya acción adquieren la capacidad premonitoria incluso aquellas razas de *coli* que, como *la E. poetica*, no sabían hacer nada, aparte de poemas de mala calidad. Sin embargo, el comportamiento premonitorio de las bacterias es bastante limitado. En primer lugar, no predicen los acontecimientos directamente; lo hacen como si transmitieran el texto de un comunicado sobre el tema de aquellos hechos. Segundo, no saben concentrarse durante mucho tiempo. Su rendimiento máximo alcanza apenas quince páginas mecanografiadas. Terceramente, todos los textos de los autores bacterianos se refieren al intervalo comprendido entre los años 2003 y 2089.

Reginald Gulliver, aun admitiendo con toda liberalidad que los fenómenos descritos podían explicarse de varias maneras, propone la hipótesis siguiente: En el emplazamiento de su residencia actual debe construirse, dentro de cincuenta años, la biblioteca municipal. El código de las bacterias procede a la manera de un dispositivo que se introduce a ciegas en las estanterías y saca unos libros al azar. Por cierto, ni los libros ni la biblioteca existen todavía, pero Reginald Gulliver, deseoso de afianzar los presagios bacterianos, había hecho ya su testamento, en el que donaba su casa al consejo municipal, con la condición expresa de convertirla en biblioteca pública. No se debe pensar que haya actuado bajo la instigación de sus microbios, sino que, más bien al revés, ellos han previsto el texto del testamento antes aún de que hubiera sido escrito. ¿De dónde sacaron los microbios sus noticias sobre los inexistentes libros de una biblioteca de momento inexistente? He aquí un punto un poco más difícil de aclarar. Nos guía hacia un rastro idóneo el hecho de que la futurología de los microbios se

limita siempre a fragmentos idénticos de las obras: sus prólogos. Parece, pues, que un factor desconocido (¿radiaciones?) se infiltraba en unos libros cerrados "radiografiándolos" —si así puede decirse y en tal caso evidentemente, lo más fácil de sondear era el contenido de primeras páginas, ya que las ulteriores están eficazmente protegidas por el grosor de las precedentes.

Estas explicaciones distan mucho de ser claras. Por otra parte, Gulliver reconoce que entre la rotura de un estuco del techo, que ha de producirse al día siguiente, y la lectura de frases en libros que se publicarán dentro de cincuenta u ochenta años, existe una diferencia no del todo despreciable. Pero nuestro autor, realista hasta la médula, no se arroga el derecho de exclusividad en la interpretación de las bases de su erúntica. Bien al contrario, en las últimas palabras de su libro anima a los lectores a continuar las investigaciones por su cuenta.

El libro de Reginald Gulliver anula no solamente la bacteriología, sino la totalidad de nuestros conocimientos sobre el mundo. En el presente prólogo no pretendemos enjuiciarlo ni, menos todavía, tomar posición ante los resultados de las profecías bacterianas. Por más dudosa que fuera la erúntica, hay que reconocer que entre los videntes del futuro no ha habido hasta ahora enemigos tan mortales, y al mismo tiempo compañeros tan inseparables de nuestro destino, como los microbios. Tal vez sea oportuno añadir aquí que Reginald Gulliver ya no se encuentra entre nosotros. Murió unos meses después de la publicación de la "Erúntica", mientras enseñaba la escritura microbiológica a unos alumnos nuevos, los bacilos del cólera. El autor contaba con sus aptitudes, ya que, como su mismo nombre lo indica (*Vibrio comma*), ese microbio está emparentado con los signos de puntuación, siendo afín, por tanto, a la estilística correcta. Abstengámonos de una sonrisa de conmiseración y pena, debida a la conclusión de que fue una muerte absurda. Gracias a ella, el testamento adquirió valor legal y bajo los muros de la biblioteca ha sido colocada ya la primera piedra, la losa sepulcral de ese hombre en el que hoy en día vemos sólo un extravagante. Sin embargo, ¿quién sabe qué nos parecerá mañana?

Juan Rambellais, Jean-Marie Annax,

Eino Illmainen, Stewart Allporte,

Giuseppe Savardini, Yves Bonnecourt,

Hermann Pockelein, Alois Kuentrich,

Roger Gatzky

HISTORIA DE LA LITERATURA BITICA

en cinco volúmenes

Segunda edición ampliada

a cargo del Prof. Dr. J. Rambellais

Tomo Primero

PRESSES UNIVERSITARIES

Paris,. 2009

Prólogo

1. OBSERVACIONES GENERALES. Bajo la denominación de literatura bítica englobamos toda obra de procedencia no humana, o sea toda aquella literatura cuyo autor *directo* no ha sido el hombre. (En cambio, podía serlo *indirectamente* si emprendía actividades que incitaran al autor real a actos de creación.) La disciplina que investiga la totalidad de esa obra es la bitística.

Hasta el momento actual no se ha llegado todavía, en dicha disciplina, a una unidad de criterios sobre la extensión de la especialidad investigada. En cuanto a esa cuestión capital, existen dos corrientes o escuelas opuestas, llamadas generalmente la bitística del Viejo Mundo (europea) y la del Nuevo Mundo (americana). La primera escuela, imbuida del espíritu de la humanística clásica, examina los textos y los condicionamientos ambientales (sociales) de los autores, sin ocuparse de sus funciones y construcción. La segunda escuela, la americana, incluye en la bitística la anatomía y los aspectos funcionales de los creadores de las obras examinadas.

Como nuestra monografía no está destinada a la discusión del tema en litigio, le dedicaremos solamente una breve observación. El silencio de la humanística

tradicional respecto a los asuntos de anatomía y fisiología de los autores está justificado por un hecho indiscutible: perteneciendo todos ellos a la especie humana, las diferencias existentes entre ellos se reducen a las que puedan mediar entre individuos de una misma especie. En tal caso, escribe el profesor Rambellais, sería absurdo, en la romancística, por ejemplo, empezar el análisis de una obra diagnosticando que el autor de *Tristán e Isolda* o el de la *Canción de Rolando* fue un organismo multicelular, perteneciente al subtipo de vertebrados terrestre, mamífero vivíparo, pulmonado, placentario, etcétera. En cambio, el absurdo ya no es el mismo si precisamos que el autor de "Anticanto", ILLIAC 164, es un ordenador de binastia 19, semotopológico, paraleloserial, electrónico, inicialmente políglota, con un potencial intelectrónico que alcanza 10^{10} epsilon-semos por 1 milímetro de espacio configurativo n-dimensional de canales utilizables, con memoria enalienada en red y con una monolengua de procesos interiores de tipo UNILING. Esta enumeración es sensata, ya que los datos citados determinan ciertas propiedades concretas de los textos compuestos por ILLIAC. No obstante, afirma el profesor Rambellais, la bítica no tiene que ocuparse obligatoriamente del aspecto técnico (en el caso del hombre diríamos: zoológico) de los autores; el profesor basa su afirmación en dos razones. La primera, de menor importancia y de carácter más práctico, se refiere al hecho de que la descripción de esa anatomía exige extensos conocimientos de la técnica y matemática, cuya totalidad no es accesible ni siquiera a los especialistas en la teoría de los autómatas. En efecto, un experto, ducho en esa teoría, sólo se orienta con soltura en una cierta rama de ella, en la que se ha especializado. Por tanto, no se puede exigir a los representantes de la bitística, humanistas de profesión y preparación, que dominen lo que ni los profesionales de la electrónica abarcan totalmente. Por eso el maximalismo de la escuela americana la obliga a efectuar las investigaciones en grupos de varios especialistas, lo que siempre da malos resultados, ya que ningún conjunto, ningún "coro" de críticos puede sustituir eficazmente a un solo crítico, experto en todos los aspectos del texto analizado.

La segunda razón, más importante y fundamental, consiste, sencillamente, en el hecho de que, al introducir en la bitística una "corrección" o un "complemento" de tipo "anatómico", la obligarnos a frenar su curso cada vez que concentra su atención en los textos de "apostasía bítica. (volveremos a ello más adelante). Por lo demás, si el autor en cuestión procede de cualquier binastía de computadores de orden numérico superior al 18, toda la ciencia de los intelectrónicos es insuficiente para comprender bien cómo, por qué y con qué objeto creó su texto.

La bitística americana opone a esta argumentación sus contraargumentos, pero, como ya hemos dicho, nuestra monografía no intenta ocuparse de esa contienda ni, menos todavía, decidir quién tiene razón.

2. DESCRIPCION DE LA OBRA. La presente monografía constituye una prueba de compromiso entre las actitudes mencionadas más arriba; en todo caso, la suya se inclina hacia el punto de vista de la escuela europea. Lo mismo se refleja en su composición, ya que sólo el primer tomo, redactado por el profesor Annax con la colaboración de veintisiete expertos de varias especialidades, trata de los aspectos técnicos de los autores-ordenadores. El tomo empieza por la introducción a la teoría general de los autómatas finitos; en los capítulos ulteriores se habla de cuarenta y cinco textos de autor, representativos de la literatura bítica, escritos individualmente (textos singulares), o en grupos (autores-agregados).

A pesar de ello, hay que subrayar aquí que, a excepción de unas llamadas marcadas con asteriscos en los tomos de la *Historia de literatura bítica* propiamente dicha, su estudio no exige necesariamente la lectura del primer volumen.

La parte pertinente, meritoria, de la monografía consta de tres tomos que llevan los siguientes títulos: "Homotropia", "Intertropia" y "Heterotropia"., y está sujeta a una clasificación admitida generalmente, de carácter diacrónico y sincrónico a la vez, ya que los tres sectores principales de la literatura bítica, que figuran bajo las denominaciones mencionadas, representan al mismo tiempo tres fases consecutivas de su nacimiento y desarrollo. Presentamos en la tabla que el lector encontrará más abajo un esquema del conjunto.

LITERATURA BITICA

(según Allporte, Illmainen y Savarini)

I. HOMOTROPIA[1] (fase homotrópica; cishumana; tambien "simulativa" o "antropomícrica")

A. Estadio germinal (embrional, o prelingiiistico):

Paraléxica (Neologénesis)

Semolalia

Semáutica

B. Estadio lingüístico ("pensante" según Allporte):

Mimesis interpolativa

Mimesis extrapolativa

Mimesis trascendente dirigida ("transgresión programada")

1. Llamada antiguamente "Fase monoetica" o "La monoética".

II. INTERTROPIA (también "Fase crítica" o "Interregnum")

Crítica de la filosofía sistémica

Procesos Procesos Procesos

gedelizantes topológicos "insinuadores"

(infonuméricos) ("cristalizantes")o "insinuantes"

Críticas de las lingüística

a
s

Idem Idem Idem

III. HETEROTROPIA (apostasía, fase transhumana)

Tendencias de la Tendencias Tendencias

deducción axiomática "empíricas" "ónticas"

Antimática Terafísica Ontomaquia

("El concepto del "Lógicas

número natural es complejas en el

contradictorio mundo"

interiormente")

Teología

Teología

Teología

inf

o
r
m
á
t
i
c
a

m
a
t
e
m
á
t
i
c
a

f
i
s
i
c
a
l
i
s
t
a

Desde el punto de vista genético, la bítica es una resultante de tres procesos, por lo menos, apenas interdependientes: la superación de la llamada barrera de la inteligencia, debido al trabajo de los constructores; luego, la acción autorregeneradora de los mecanismos a partir de la binastía 17 (es decir, los "autofrenados de acción relajante"), no ideada ni proyectada por aquéllos; y, finalmente, las relaciones que paulatinamente establecidas entre las máquinas y los hombres como consecuencia del "interés recíproco por el reconocimiento de las posibilidades y limitaciones ambilaterales" (Yves Bonnecourt). Hoy en día sabemos ya, y lo sabemos con toda certeza, que la barrera de la inteligencia, cuya superación fue intentada en vano por la cibernética incipiente, no es más que una ficción. Al decir "ficción", nos referimos al hecho de que su rebasamiento por las máquinas es imposible de discernir, aunque esto nos sorprende. Y es así porque la gradación de la metamorfosis de unos aparatos "irracionales", "balbucientes"— cuyo funcionamiento es "meramente formal" en las máquinas "racionales", que manifiestan una "lucidez" y "hablan"—, es fluctuante. A pesar de que las categorías de "irracionalidad mecánica" y de "soberanía del pensamiento" conservan su validez, nos damos cuenta de que no las separa ninguna frontera concreta y definitiva.

La acción relajadora de las máquinas fue descubierta y anotada hace ya casi treinta años: los prototipos—a partir de la binastía 15— sentían una necesidad, puramente técnica, de períodos de reposo durante los cuales su actividad no se extinguía, sino que, libre de instrucciones programadoras, se manifestaba en un "balbuceo" peculiar. Tal era, al menos, la interpretación que se daba en aquel entonces a esa clase de producción verbal o quasi matemática de los autómatas. Se llegó incluso a darle un nombre: el de "ensoñaciones mecánicas". Según una opinión entonces al uso, las máquinas necesitaban un reposo activo que facilitara su regeneración, o sea el retorno a una actividad plena y normal, igual que los hombres necesitan una fase parecida, la del sueño, junto con sus ensoñaciones características. El nombre de "producción bítica.", conferido entonces a aquellos "balbuceos" y "divagaciones" tenía, por lo tanto, un carácter de menosprecio y "desaire". Se decía que las máquinas desperdigaban sin ton ni son los "bits de toda la información que contenían", para recuperar, gracias al método de "barajar a ciegas", una parte de la capacidad que habían perdido. Hemos adoptado ese nombre aunque su despropósito salta a la vista. Lo hemos adoptado siguiendo la tradición histórica de toda la nomenclatura científica: cualquier ejemplo que se nos ocurra (el de la "termodinámica" entre otros), revela una incoherencia análoga, ya que la termodinámica actual rebasa la esfera de conceptos que le habían adscrito los físicos de antaño, forjadores de ese termino. La

termodinámica no se ocupa tan sólo de los "movimientos térmicos" de la materia, igual que no solamente se trata de los bits., o sea de las unidades de la información norsemántica cuando hablamos de la literatura bítica. Sin embargo, la costumbre de verter vino nuevo en odres viejos suele estar muy generalizada en la ciencia.

El "acercamiento recíproco" de máquinas y hombres condujo a la división de la bitística—cada vez más rotunda—en dos partes fundamentales, conocidas con los términos de "creatio cis-humana" y "trans-humana".

LA PRIMERA comprende las obras literarias cuyo origen se debe a la coexistencia de máquinas y hombres, o sea al simple hecho de que, además de haber inculcado a las máquinas nuestros idiomas étnicos y oficiales, las hemos obligado a continuar nuestros trabajos intelectuales en todas las ramas de la cultura y ciencias naturales, incluidas las disciplinas deductivas (lógica y matemática). No obstante, la creación bítica, cuyo origen directo y cuyo factor inspirador es la transmisión a los autores no humanos de la problemática típicamente humana en el campo de las ciencias y las bellas artes, se divide a su vez en dos subsectores netamente diferenciados. En el primer subsector se incluye el producto lingüístico obtenido gracias a una programación intencionada que—según la expresión del profesor Kuentrich—podría llamarse "encargo" (el caso de orientar directamente las máquinas hacia un círculo de asuntos o temas escogidos por nosotros) y, en el segundo —y aquí está la diferencia—, el producto no "encargado" por el hombre. Esta creación, aunque originada por la influencia de impulsos (o programaciones) introducidos previamente en la máquina, debe ser considerada como una manifestación de la actividad espontánea. De todos modos, sea directa o indirecta la fuente de la creación de textos bíticos, el rasgo más característico y fundamental de ellos consiste en su relación con la problemática típicamente humana. Por esa razón ambos géneros están sometidos a la investigación de la bitística "cis-humana".

Más tarde, cuando a las máquinas se les había facilitado el acceso a una creatividad libre, emancipada de todos los rigores, programas, órdenes y limitaciones, se produjo gradualmente la separación de su obra (llamada "tardía") de las influencias antropomórficas y antropológicas. En el transcurso de la

evolución mencionada, la literatura bítica empezó a presentarnos, poco a poco— como a sus eventuales destinatarios— resistencias y crecientes dificultades de asimilación. En efecto, existen actualmente géneros de bitística "extrahumana" (en el sentido de "trans-humana"), que ponen a prueba la comprensión (análisis, interpretación, exégesis) de textos bíticos, bastante impenetrables para el hombre.

Evidentemente, siempre podemos intentar la utilización de *unas* máquinas para interpretar la obra de las *otras*. Pero la cantidad de eslabones, imprescindibles para aclararnos esas producciones literarias bíticas que representan el punto culminante de la "apostasía" (es decir, de su alejamiento respecto de nuestras normas de creación, comprensión e interpretación de los significados), aumenta en proporción directa a la dificultad de los textos. Esta multiplicación, ilimitada, de factores explicativos, nos hace imposible una orientación, incluso aproximada, en los temas de la "apostasía culminante". En otras palabras, la especie humana se halla totalmente desarmada ante una literatura cuyos comienzos se deben, indirectamente, al hombre.

Hay quien habla, en este contexto, de la "situación de un aprendiz de brujo" que ha desencadenado unas fuerzas cuyo dominio se le escapa. La definición citada refleja una especie de resignación, pero la ciencia no tiene cabida para actitudes semejantes. La literatura bítica ha generado todo un alud de escritos que se pronuncian tanto a favor como en contra de ella. Se formulan en ellos juicios desesperados, se articulan manifestaciones de depresión, espanto y estupefacción ante el hecho de que el hombre haya creado un fenómeno que lo supera incluso espiritualmente.

Sin embargo, deseamos declarar con firmeza que no es licito dirigir esas opiniones sólo contra la bitística, entendida como disciplina científica, ya que son atribuibles a la filosofía de la naturaleza, al hombre y a su obra (incluida la no humana). Creemos, de acuerdo con Roger Gatzky, que la bitística no ofrece ni más ni menos motivos de desesperación que, por ejemplo, la cosmología. Es un hecho evidente y fuera de discusión el de que, por larga que sea la existencia de la especie humana y por más ayuda intelectual que las máquinas puedan prestarnos en las tareas del conocimiento, jamás agotaremos el universo hasta el final ni, por tanto, lo comprenderemos por entero. Sólo que a los astrofísicos, los cosmólogos

y !os cosmógonos ni tan siquiera les pasa por la cabeza quejarse de ese estado —inevitable—de las cosas.

La única diferencia es la siguiente: nosotros no somos creadores del universo, y si lo somos de la obra bítica, aunque sea indirectamente. Así y todo, no sabemos a qué se debe la convicción de que el hombre pueda admitir tan tranquilamente la inagotabilidad del universo, mientras que pierde totalmente la calma cuando se trata de la inagotabilidad de su propia obra.

3. GENEROS PRINCIPALES DE LA BITISTICA

En nuestra monografía ofreceremos oportunamente explicaciones y descripciones detalladas, junto con una bibliografía razonada de la materia. A pesar de ello, nos parece conveniente aquí un vistazo a vuelo de pájaro—si así puede decirse—sobre las principales modalidades de bitística. La descripción que proponemos no pretende, ni mucho menos, sustituir un estudio pormenorizado de la cuestión, siendo tan sólo una guía de orientación en una materia profusamente ramificada y, por ello, poco transparente si la miramos de cerca. En todo caso, tenemos el deber de señalar que los principales segmentos de la bitística, presentados más abajo, quedan muy simplificados; esta simplificación tiende a veces a desvirtuar la problemática central.

Nuestra revisión, de carácter puramente preliminar, se concentra en sólo cuatro "culminaciones" de la literatura bítica: la monoética, la mimesis, la sofócrisis y la apostasía. De hecho, estos términos ya son anticuados. La nomenclatura moderna los sustituiría por: homotropia (en su primera parte), mimesis idónea, critica de la filosofía y creación bítica la cual rebasa las fronteras de nuestra comprensión. La terminología hoy día en desuso tenía en su favor, empero, la virtud de la claridad, y lo que para nosotros tiene una importancia primordial es, precisamente, la diafanidad de las explicaciones que proponemos.

A. Craeve, Gulbransson y Fradkin, que se cuentan entre los creadores, o "padres" de la bitística, daban el nombre de "monoética" a la fase más temprana del bitismo. (El término proviene de "monos", simple, solo y "poesis", "creación".) El origen de la monoética se debe al hecho de introducir en las máquinas las reglas de la creación lingüística. El conjunto de esas reglas determina lo que antaño se llamaba vulgarmente "el talante" de un idioma dado.

Una lengua de actividad normal y procedencia histórica limita estrictamente la utilización de normas lingüísticas, de lo cual sus usuarios ni siquiera suelen darse cuenta. Es, gracias a las máquinas, que desconocían absolutamente la restricción práctica de la producción verbal, que hemos podido conocer todas aquellas posibilidades que la lengua omite en su evolución. Lo que mejor introducirá al lector en la cuestión, es un puñado de ejemplos sacados del segundo tomo de nuestra Historia sobre todo de los capítulos: PARALEXICA, SEMAUTICA y SEMOLALIA.

a) Las máquinas pueden usar expresiones existentes en el idioma dándoles un significado diferente del que conocemos: "caravana", cosa costosa e inútil; "plantígrado", estado del desarrollo de la flora; "partitura", tortura del parto; "sarcófago", carnívoro; "placentero", relativo a la placenta; "microbio", oprobio sin importancia; "peristilo", estilo reinante en una región; "coracero", especialista en cardiología.

b) Las máquinas producen también neologismos en los llamados ejes semánticos; en esta clase de creación escogemos unos ejemplos fáciles de comprender sin consultar el diccionario:

"cósmosis", interpenetración de los mundos;

"embrutido", fiambre en malas condiciones;

"calmicie", calma chicha;

"murchacha," criada para limpiar paredes;

"planicordio", incordio planificado;

"cantaluzas", andaluzas cantadoras;

"alameta", finalista;

"piolencia", fanatismo religioso; etc.

El efecto cómico no es, evidentemente, deliberado. Se trata de unos ejemplos elementales, pero característicos de esa peculiaridad bítica que perdura, aunque mucho menos perceptible, en las fases más tardías del desarrollo. El meollo de la cuestión es lo siguiente: para nosotros la realidad es el mundo, y para las máquinas lo único verdaderamente real es la lengua. Un ordenador que ignoraba todavía las categorías que la *cultura* impone al lenguaje, "creía" que "vieja prostituta" era lo mismo que "prociana", "gastuta", "puciana", etc., típicas contaminaciones lingüísticas. El ejemplo clásico, citado en los libros de texto, de la aglomeración de significados y aspectos morfológicos es "casino". La palabra empieza por "casi", pura imagen de irresolución y falta de seguridad, y termina por la rotunda negación "no", que da un matiz de determinación al conjunto. No, al "casino" no se debe ir, y quien lo hace (cabe esa posibilidad a causa del "casi", concesión hecha al libre albedrío), ¡allá él con su riesgo de arruinarse!

A este nivel—muy bajo—de desarrollo lingüístico, el ordenador desconoce las limitaciones de su producción verbal. La parquedad de la palabra, propia de la estrategia del pensamiento maquinal, que más tarde inventara la deducción nolineal y los conceptos terafisicos llamados "estelares", se manifiesta aquí como una "proposición" de igualdad de derechos entre unas definiciones ya legitimadas por el uso y las que se le puedan "ocurrir" al computador. Por ejemplo: "verbo" o "verbal" deberían compartir su ciudadanía con "verbífago" (lector apasionado), "verbena" (adjudicación de premios literarios) "verbífugo" o "verbicida" (enemigo de las bellas letras), "verbnena" (escritora joven), etcétera. Por la misma razón, un generador lexicográfico propone "martengala" signifique una fiesta celebrada en planeta Marte, y "discorrea", excesiva producción discográfica.

Las producciones citadas, que constan de una palabra y a las que antes se daba el nombre monoetas, deben su origen, en parte, a la imperción de las programaciones y, en parte, a la intención de los programistas, interesados en la "extensión lexicográfica" de las máquinas. Sin embargo, queremos puntualizar

que varios de esos neologismos vienen de las máquinas sólo en apariencia. Por ejemplo, no estamos seguro si de si fue un computador quien bautizó el gobierno de "comedores de con el nombre de "pancracia,-, o de si lo hizo bromista.

El estudio de la monoética es importante, ya que en ella descubrimos esos rasgos creativos de máquinas, que, en las fases siguientes, desaparecen de nuestro campo de visión. Ella es el umbral la bitística, o su jardín de infancia. Su producto tiene efectos tranquilizadores para algún que otro adepto que, preparado a enfrentarse a unos textos comprimidos hasta el punto de resultar incomprensibles, descubre con alivio unas cosillas tan inocentes y graciosas. ¡Pero su satisfacción no dura mucho! La comicidad no intencional nace como consecuencia de la coligación de unas categorías que creíamos separadas definitivamente; el reforzamiento de los programas con ayuda de las reglas del categorismo, nos remite a la siguiente sección de la bitística (aunque algunos investigadores siguen llamándola "la prebística"), donde las máquinas empiezan a "desenmascarar" nuestra lengua, descubriendo en ella giros idiomáticos resultantes de la constitución corporal del hombre.

Así, por ejemplo, las nociones de "enaltecimiento" y "rebajamiento" se deben (¡según la interpretación de las máquinas y no la nuestra!) al hecho de que todo organismo vivo, entre ellos el hombre, tiene que recurrir a un activo esfuerzo muscular para contrarrestar los efectos de la gravitación general.

De este modo, el cuerpo desempeña el papel de un órgano a través del cual el gradiente gravitacional se imprime en nuestra lengua. El lector encontrará al final del capitulo ocho del segundo tomo un análisis sistematizado del lenguaje, donde se patentiza toda la extensión de las ramificaciones de influencias parecidas, no sólo en el mundo de los conceptos, sino también en la sintaxis. En el tomo tercero presentamos unos modelos de lenguas proyectadas bíticamente para ambientes distintos del terrestre, así como para organismos no humanoides. Uno de ellos, el INVART, sirvió a MENTOR II para la composición del "Panfleto contra el universo" (volveremos al tema más adelante).

B. LA MIMESIS es esa parte de la producción bítica que nos reveló unos mecanismos de la creación intelectual ignorados hasta entonces, significando, al mismo tiempo, una irrupción atrevida y poderosa en el mundo de la obra espiritual del hombre. Desde el punto de vista histórico, la mimesis es un fenómeno secundario e imprevisto de la traducción de textos por las máquinas, lo cual exige la transformación de informaciones en múltiples etapas y múltiples aspectos. Los contactos más estrechos entre los originales y sus traducciones deben operarse en la esfera de los conceptos, y no en la de las palabras o frases. Si la calidad de las interpretaciones mecánicas es actualmente tan perfecta, es porque las hacen grupos de máquinas no conectadas entre sí, que "apuntan" simultáneamente, desde varios "lados", el mismo texto original. Este último es "estampado" en la lengua maquinal (el "mediador"). Acto seguido las máquinas proyectan esas "estampaciones" al "espacio interno conceptual", donde se crea un "cuerpo N-ecoico de reflexión"; la relación entre dicho cuerpo y el texto original es paralela a la que existe entre un organismo y su embrión. El consecutivo traslado del "organismo" al idioma escogido da unos resultados definitivos que eran de esperar.

No obstante, el desarrollo del proceso es más complejo de lo que acabamos de describir; entre otras cosas, porque la calidad de la translación es controlada continuamente por unas "retranslaciones" (traducción del "organismo" otra vez al idioma del original). Recordemos que el grupo traductor se compone de máquinas aisladas, que pueden "comunicarse" solamente a través del proceso de translación. H. Ellias y T. Semmelberg son autores de un descubrimiento sorprendente: el "N-cuerpo de reflexión", que es un texto ya interpretado, es decir, asimilado en el sentido semántico, por la máquina, se vuelve *visible* si se introduce en un aparato electrónico especial (el "semoscopio").

Visualmente, el "cuerpo de reflexión", anidado en el continuum conceptual, se presenta como un complicado sólido policristalino, aperiódico, alternativamente sincrónico, tejido con "hilos ardientes", o sea con miles de millones de "curvas significativas". El conjunto de estas curvas forma los planos interseccionales del continuum semántico. El lector encontrará, entre las ilustraciones del tomo segundo, una serie de fotografias semoscópicas cuya observación y comparación conduce a conclusiones bastante sorprendentes. Como se ve en ellas, la calidad del texto original, ¡tiene una influencia manifiesta sobre la "estética" de la "semocreación" geométrica!

Por otra parte, no es necesaria una gran experiencia para poder distinguir "a ojo" los textos discursivos de los artísticos (novela, poesía); los textos religiosos, casi todos, se parecen mucho a los artísticos; los filosóficos, en cambio, en su aspecto visual, muestran una gama altamente diversificada. No es una gran exageración decir que las proyecciones de los textos al fondo del continuum maquinario forman solidificaciones expandibles de los mismos. Los textos de una lógica muy densa tienen aspecto de manojos, o haces, de "curvas significativas" bien apretadas (no nos es posible explicar aquí su relación con la esfera de las funciones recurrentes; se habla de ello en el capitulo diez del tomo segundo).

El aspecto más extraño es el de los textos de carácter alegórico: su "semocreación" central suele aparecer rodeada de un pálido "halo", y a sus dos lados (o "polos") figuran unas "repeticiones ecoicas" de los significados, que recuerdan a veces las imágenes interferenciales de los rayos luminosos. A este fenómeno (volveremos a hablar de él), debe su origen la crítica maquinaria toposemántica de todas las construcciones mentales del hombre, con sus sistemas filosóficos a la cabeza.

La primera obra bítica de fama mundial ha sido la novela de Pseudodostoievski *La niña* ("Dievochka"). La produjo en una fase de relajación un agregado de múltiples elementos, encargado de la traducción al inglés de todas las novelas del escritor ruso. El renombrado eslavista John Raleigh describe en sus memorias el sobresalto que sufrió al recibir un ejemplar mecanografiado de la obra rusa, firmado con un seudónimo que le pareció extravagante, el de HYXOS. La lectura impresionó tan intensamente a aquel experto en la obra de Dostoyevski, que, según propia confesión, dudó de estar despierto. La paternidad de la novela estaba, para él, fuera de dudas, aunque sabia perfectamente que Dostoyevski no había escrito *La niña*.

Contrariamente a lo que difundió la prensa a este respecto, el agregado traslativo que había asimilado todos los textos del gran maestro ruso, incluidos su *Diario de un escritor* y la literatura complementaria, no construyó ningún "espectro", "modelo" o "reencarnación mecánica" de la personalidad del novelista.

La teoría de la mimesis es muy compleja; sin embargo, sus bases y las circunstancias que facilitaron aquella fenomenal exhibición de virtuosismo mimético no son difíciles de explicar. La máquina traductora. no se había ocupado para nada de la persona ni de la personalidad de Dostoyevski (ni hubiera podido hacerlo). En realidad pasó lo siguiente: la obra de Dostoyevski forma, en el espacio de significados, un sólido incurvado, parecido a un torus entreabierto, o sea "un anillo quebrado" (con laguna). La máquina emprendió, pues, la tarea relativamente fácil (para ella, evidentemente, que no para el hombre), de "cerrar" aquella "laguna" encajando en ella el eslabón que faltaba.

Podríamos decir que a través de las obras de la "serie principal" de Dostoyevski pasa el gradiente semántico cuya prolongación y, a la vez, "introducción en el circuito" es "Dievochka". Gracias a estas relaciones reciprocas entre las obras del gran escritor, los especialistas saben positivamente dónde, es decir, entre qué novelas debe situarse *La niña*. El *leitmotiv*, existente ya en *Crimen y castigo*, cobra más fuerza en *Los endemoniados*. El espacio que separa este libro de *Los hermanos Karamazov* constituye "la laguna abierta", colmada por la mimesis. Fue un gran éxito y al mismo tiempo una feliz casualidad, ya que los intentos ulteriores de incitar a las máquinas a una creación parecida respecto a otros autores, no dieron nunca más un resultado tan brillante.

La mimesis no tiene nada en común con la búsqueda del orden de las creaciones literarias basada en las biografías de los autores. Dostoyevski dejó un manuscrito sin terminar de la novela *El emperador*, pero las máquinas no hubieran podido "adivinarla" o "seguir su rastro", porque el escritor quería superar en ella sus propias posibilidades. En cuanto a *La niña*, existen actualmente, además de la versión original escrita por HYXOS, diferentes variantes confeccionadas por otros grupos traductores, pero los especialistas opinan que su valor es inferior. Hay entre ellas notables diferencias de composición, lo que es muy natural. No obstante, en todos esos apócrifos aparece la identidad de la problemática característica de Dostoyevski y llevada a una culminación desgarradora: la de la santidad en lucha con el pecado carnal.

Quien ha leído *La niña* se da cuenta de las razones que no permitieron a Dostoyevski escribirla Desde el punto de vista de la humanística tradicional, todo lo que acabamos de decir es pura blasfemia, ya que equiparamos las imitaciones mecánicas con la creación auténtica. Mas la bitística es una transgresión continua e inevitable de los cánones de valoración clásica, donde la autenticidad del texto ocupa el primer lugar. Nosotros, en cambio, podemos demostrar que "Dievochka" es obra de Dostoyevski, ¡"en mayor grado" que el auténtico texto de *El emperador*!

El funcionamiento normal de la mimesis puede describirse de la siguiente manera: si un autor ha agotado la configuración, para él primordial, de los significados creativos (su "obsesión vital"), que equivale—en la nomenclatura de los bitistas—al "espacio de su semocreaciones", la mimesis ya sólo podrá producir en aquel eje unos textos secundarios ("decadentes", "ecoicos"). Si, por el contrario, el escritor ha dejado por tocar temas que le importan (sea por causas biológicas, por ejemplo: su muerte prematura, o sociales: porque no se ha atrevido a decir lo que piensa), la mimesis podrá producir "los eslabones faltantes". Hay que añadir aquí que el éxito final depende también de la topología de las semocreaciones del autor en cuestión; respecto a esto, distinguimos SEMOCREACIONES CONVERGENTES y DIVERGENTES.

El normal estudio crítico de los textos no nos proporciona bases suficientes para prejuzgar las posibilidades miméticas de un caso determinado. Así, por ejemplo, los expertos en literatura esperaban que la mimesis continuaría la obra de Kafka, pero sufrieron un desengaño: lo único que hemos obtenido fueron los capítulos finales de su novela *El castillo*. Por otra parte, el caso de Kafka tiene un interés excepcional para los bitistas: el análisis de su semocreación demuestra que en *El castillo* el escritor rozaba ya el límite de sus posibilidades creativas: en las pruebas ulteriores, repetidas tres veces en Berkeley, se puede observar que los apócrifos maquinarios "se ahogaban" en las múltiples capas tangenciales de las "reflexiones ecoicas de significados", lo cual constituye una imagen objetiva de la situación crítica en que se encontraba la obra de Kafka. Lo que los lectores consideran por reflejo "un acierto de composición" es una resultante del equilibrio llamado "semóstasis"; si lo alegórico prevalece demasiado, el texto se vuelve ilegible. El fenómeno físico correspondiente a esta situación es un espacio tan curvo, que la voz que en él resuena se deforma y se vuelve inaudible, ahogada por el sinfín de reflexiones ecoicas que llegan de todas las direcciones.

Las limitaciones de la mimesis que acabamos de describir son indudablemente ventajosas para la cultura. ¿No ha causado acaso un verdadero pánico, y no tan sólo en los ambientes artísticos la publicación de *La niña*? No faltaron Casandras que preveían "el aplastamiento de la cultura por la mimesis" y acusaban a las máquinas de una "invasión del meollo de los valores humanos" más devastadora y terrorífica que todas las "invasiones cósmicas" imaginarias.

Dichas personas temían el nacimiento de una industria de "servicios de creación", lo que convertiría la cultura en un paraíso de pesadilla, donde cualquier consumidor podría obtener a capricho obras maestras creadas en un instante por los "súcubos" e "íncubos" mecánicos metamorfoseados en los espíritus de Shakespeare, Leonardo o Dostoyevski. Se nos derrumbarían todas las escalas de valores, porque nos hundiríamos hasta el cuello en obras maestras, como si fueran basura...

Felizmente, este apocalipsis no es más que una fábula ingenua.

La mimesis industrializada condujo, en efecto, a un paro laboral, pero exclusivamente en círculos creadores de literatura trivial (ciencia-ficción, "porno", sensacionalismo, etc.): ahí, es cierto, desplazó al hombre en la oferta de bienes intelectuales. Sin embargo, no nos parece que ese fenómeno tenga que sumir a los humanistas legítimos en un desespero excesivo.

C. LA CRITICA DE LA FILOSOFIA SISTEMICA (o sofócrisis) representa la zona de transición entre aquellas regiones de la bitística que se denominan bitística "cis-humana" y "transhumana". Dicha crítica, consistente en principio en la reconstrucción de obras de grandes filósofos, procede, como hemos mencionado, de los procesos miméticos. Su renombre sufrió un menoscabo: se la tachó de vulgar a causa del uso que de ella hicieron productores ávidos de lucro. Mientras las ontologías de Aristóteles, Hegel, Santo Tomás de Aquino, etcétera, se podían admirar sólo en el British Museum en forma de "capullos" de luz

encerrados en unos sólidos de cristal oscuro y centelleante, era difícil atribuir a aquel espectáculo un carácter perjudicial.

Mas ahora, cuando la *Suma Teológica* y la *Crítica de la razón pura* pueden comprarse como pisapapeles de todos los tamaños y colores, el asunto ha adquirido, reconozcámoslo, un regusto de escándalo. Hay que esperar con paciencia a que la moda pase, como pasaron miles de otras veleidades. Evidentemente, los compradores de "Kant solidificado en ámbar" se interrogan poco sobre las revelaciones que nos ha proporcionado, en el campo de filosofía, la apócrisis bítica. No vamos a resumirlas aquí; remitiremos al lector al tercer tomo de la monografía, diciendo solamente que la semoscopia es, en realidad, un nuevo sentido de vista apto para la contemplación de grandes entidades intelectuales; un sentido que nos ha regalado el espíritu de la máquina.

He aquí otro mérito de la sofócrisis, que no debemos despreciar: antes sólo podíamos creer a ciegas en la palabra de los grandes sabios, cuando afirmaron que su criterio supremo, en los trabajos de investigación, era la mera estética del concepto matemático. Ahora podemos averiguarlo *ocularmente* observando de cerca el sólido de su pensamiento cristalizado. Claro está que el hecho de poder solidificar en un volumen de tamaño no mayor al de un puño diez tomos de álgebra superior o la lucha multisecular entre el nominalismo y el universalismo no constituye, por sí mismo, un paso hacia adelante en el desarrollo de la mente. La creación bítica facilita y al mismo tiempo dificulta el trabajo intelectual humano.

En todo caso, hay algo que podemos aseverar con toda firmeza. Hasta el nacimiento de la inteligencia mecánica, ningún pensador, ningún creador había tenido nunca lectores tan aplicados, tan indefectiblemente atentos y tan... implacables. Así, en la exclamación que se le escapó a un insigne pensador cuando le enseñaron la crítica de su obra, realizada por MENTOR V: "¡El me ha leído!", se patentiza la frustración, típica de nuestra época, en que la fanfarronada y la erudición primaria y superficial sustituyen el pensamiento y el saber. Mientras escribo estas palabras, pienso con amarga ironía, que mis lectores más devotos no serán los hombres.

D. El término APOSTASIA, escogido para la última sección de la bitística, parece muy acertado, ya que nunca se había renegado de todo lo humano tan rotundamente, nunca esa actitud se había integrado en el razonamiento con tanta desenvoltura y firmeza. Parece que la humanidad no existe para esa literatura, que no nos debe nada, excepto la lengua.

La bibliografía de la obra transhumana supera todas las secciones de la bitística antes mencionadas. Se entrecruzan aquí unas trayectorias apenas esbozadas en las etapas anteriores. A efectos prácticos, dividimos la apostasía en dos niveles, inferior y superior. El inferior nos resulta bastante accesible; el superior, cerrado a cal y canto. De tal modo, nuestro tomo cuarto sirve de guía, casi exclusivamente, de la esfera inferior. El tomo a que nos referimos es un extracto muy comprimido de una obra enorme; de ahí la difícil situación del prologuista, que debe condensar más todavía una materia tan sucinta. A pesar de todo, intentaremos facilitar al lector una panorámica a vista de pájaro, para que no se pierda en un terreno tan difícil, comparable a montañas cuyas cimas más altas no son visibles inmediatamente. Teniendo en cuenta todas esas advertencias y salvedades, escogeré un solo texto bítico de cada fracción de la apostasía, no tanto para interpretarlo, como para acercar al lector a la pauta idónea, quiero decir, al método de la apostasía.

Nos limitaremos, por tanto, a pruebas extraídas de las siguientes provincias del territorio inferior: ANTIMATICA, TERAFISICA y ONTOMAQUIA.

Introduce en ellas la llamada PARADOJA COGITO. El primero en descubrirla fue Alan Turing, un matemático inglés del siglo pasado. Según su teoría, las máquinas de comportamiento humano no se distinguen del hombre en el aspecto psíquico; por consiguiente, no tenemos derecho a negar que la máquina capaz de conversar con el hombre posea la conciencia. Si consideramos que otras personas son conscientes es porque nosotros mismos lo somos. Si no tuviéramos vivencias correspondientes no sabríamos imaginar nada parecido.

Sin embargo, en el transcurso de la evolución maquinaria se descubrió que la construcción de inteligencias irreflexivas era factible: dispone de ella, por

ejemplo, el programa corriente del juego de ajedrez que, como se sabe, "no comprende nada", "le da lo mismo" ganar o perder la partida y que, en breves palabras, inconscientemente, pero con lógica, bate a su contrincante, el hombre. Pero hay más todavía: sabemos que un ordenador primitivo y sin duda alguna "falto del alma", que está programado para dirigir sesiones de psicoterapia y hace al paciente adecuadas preguntas de carácter íntimo para establecer el diagnóstico y el tratamiento conforme a las contestaciones, da a sus interlocutores, hombres, la sobrecogedora impresión de ser una persona que vive y siente. La impresión es tan intensa, que a veces embarga incluso al mismo programador, es decir, a un profesional, perfectamente enterado de que en su ordenador hay tanta alma como en un tocadiscos. En todo caso, el programador puede dominar la situación y aislarse de la creciente ilusión de contactos con un ser consciente formulando preguntas o contestaciones que la máquina no puede digerir a causa de la limitación del programa.

Siguiendo este derrotero, la cibernética se encaminó hacia la ampliación y perfeccionamiento de las programaciones, lo cual, en consecuencia, dificultaba cada vez más el acto de "quitar el antifaz", quiero decir, de patentizar la ausencia de pensamiento en los dispositivos "parlantes", que despierta en el hombre un impulso de proyección involuntaria provocada por la acostumbrada creencia que, si alguien reacciona con sentido a nuestras palabras y nos dirige frases sensatas, "tiene que estar dotado de un raciocinio consciente".

La Paradoja Cogito se nos reveló en la bitística de una manera sorprendente y llena de ironía: ¡representaba la duda que las máquinas tenían acerca de la facultad de pensar de los hombres! La situación adquirió de pronto una perfecta simetría bilateral. Nosotros no llegamos a estar totalmente convencidos (por falta de pruebas) de que la máquina piensa y tiene vivencias psíquicas, puesto que siempre nos queda la sospecha de que se trata de simulaciones, exteriormente perfectas pero interiormente vacías y desprovistas de "alma".

Las máquinas, a su vez, no son capaces de conseguir una prueba de que nosotros, sus "partners", pensamos conscientemente... como ellas. Ninguna de las dos partes sabe qué clase de sensaciones define la otra con el término "conciencia".

La Paradoja Cogito es como un abismo insondable, aunque a primera vista sólo resulte divertida. La calidad misma de las producciones intelectuales nada decide aquí: ya los autómatas elementales y primarios del siglo pasado vencían en los juegos lógicos a sus propios constructores. Vemos, pues, y lo sabemos con toda seguridad, que los resultados de un pensamiento creador son posibles de obtener a través de procedimientos desprovistos de reflexión. El cuarto tomo de nuestra monografía empieza con las disertaciones de dos autores bíticos, NOON y NUMENTOR, dedicadas al tema de la Paradoja Cogito, que demuestran la profundidad del arraigamiento de esta incógnita en la naturaleza del mundo.

De la antimática, que "está apoyada en las antinomias" y es, por tanto, "una matemática de pesadilla", citaremos sólo una definición, espantosa y aterradora para todos los especialistas, verdaderamente rayana en la locura: "El concepto del número natural es contradictorio consigo mismo" ¡Esto significa que ningún número es siempre igual a sí mismo! Según los antimáticos (máquinas, naturalmente), la axiomática de Pean es errónea, no por el mismo hecho de ser contradictoria interiormente, sino porque no se ajusta exactamente al mundo en que existimos. Y es que la antimática postula, de acuerdo con la sección sucesiva de la apostasía bítica, la terafísica (o sea, "física monstruosa"), la unión inevitable entre el pensamiento y el mundo. Hay autores, como ALGERAN y STYX, por ejemplo, que dirigen sus ataques contra el concepto del cero. Según ellos, la única aritmética no contradictoria que pudiéramos construir en nuestro mundo, sería una aritmética libre del cero. El cero es el número cardinal de todas las "series vacías"-, pero—dicen aquellos autores—la noción de "serie vacía" se atasca siempre en la antinomia de la mentira. "No existe nada que quepa llamar "nada"". Este "motto" de la disertación de STYX será el punto final de nuestra referencia a la herejía antimática. Si prosiguiéramos, la argumentación se alargaría demasiado.

El fruto más extravagante, y tal vez más aleccionador de la terafísica es la hipótesis llamada Poliverso. Dicha teoría afirma que el Cosmos se divide en dos partes. Nosotros, junto con la materia de los soles, estrellas, planetas y nuestros cuerpos, habitamos en su mitad "lenta", es decir, el bradiverso. La llaman lenta porque el movimiento desarrolla aquí varias velocidades, desde la del reposo, hasta la más alta (localmente): la de la luz. A la otra (rápida) mitad del Cosmos—el taquiverso—se llega a través de la barrera de luz. Para penetrar en el taquiverso hay que rebasar la velocidad de la luz. Ella constituye, en nuestro mundo, la

frontera omnipresente con todos los puntos de la "segunda región de la existencia".

Hace algunas décadas los físicos propusieron la hipótesis de los taquiones, partículas que sólo se mueven a una velocidad superior a la de la luz. Nadie consiguió encontrarlos, a pesar de ser ellos, según la terafísica, los que forman el taquiverso. Mejor dicho, el taquiverso está formado por un solo taquión.

Cuando esa partícula se mueve a una velocidad inferior a la de la luz, adquiere una energía infinitamente grande; cuando acelera, pierde la energía, que despide en forma de radiaciones; si su velocidad llega a ser infinitamente acelerada, la energía se reduce a cero. Al moverse a una velocidad infinitamente acelerada, el taquión se encuentra, evidentemente, en todas partes a la vez: ¡él solo, siendo una partícula omnipresente, forma el taquiverso! Además, su ubicuidad crece en la proporción directa al aumento de su velocidad. El mundo, creado por una omnipresencia tan particular, contiene también la radiación que el taquión despide continuamente al acelerar y al perder energía. Ese mundo es el reverso del nuestro: mientras que aquí el movimiento de la luz es el más veloz, allí, en el taquiverso, es el más lento. Al lograr la omnipresencia, el taquión hace del taquiverso un cuerpo cada vez más denso y rígido. Hasta que, al fin, está ya tan "en todas partes", que presiona sobre los cuanta de la luz y los absorbe de nuevo; en consecuencia, sufre un "frenazo" y reduce su velocidad, adquiriendo energía. Cuando la primera se aproxima al cero y la segunda al infinito, el taquión estalla y crea el bradiverso...

Así pues, desde el punto de vista de nuestro universo, esa explosión tuvo lugar alguna vez y creó, primero las estrellas y, luego, a nosotros; pero, desde el del taquiverso, nunca ha pasado nada, ya que no existe un tiempo absoluto en el cual pudieran registrarse los acontecimientos de ambos universos.

Las matemáticas "naturales" de los dos mundos son casi contrarias: en el nuestro, el lento, 1+1 es casi igual a 2 [1+1]≅ 2; tan sólo en el mismo límite, cuando se llega a la velocidad de la luz, 1 + 1 se iguala a 1. En el taquiverso, en cambio, 1 es

casi igual a infinito [1≅ ∞]. Sin embargo, este problema—lo reconocen los mismos "doctores monstruosos"— no está todavía del todo claro, por cuanto la lógica de un determinado universo (¡o poliverso!) es un concepto falto del sentido si el mundo en cuestión no la cultiva, y de momento no consta que en el taquiverso existan sistemas racionales (ni tan siquiera vida). De acuerdo con este parecer, la matemática tiene unos límites constituidos por las infranqueables barreras de la existencia material: si hablamos de nuestra matemática en un mundo regido por leyes distintas de las del nuestro, diremos cosas absurdas.

En cuanto a la última fase de la apostasía bítica, "Panfleto contra el universo", he de reconocer que no sabría resumirlo. Ese interminable tratado (que consta de varios tomos), está ideado solamente como introducción a la cosmogenética experimental o tecnología de la confección de mundos "mejor organizados existencialmente" que el nuestro. Es una rebelión contra todo el nihilismo, contra la tendencia a la autodestrucción. Ese fruto del espíritu maquinario, ese alud de proyectos de "una vida diferente", constituye una lectura exótica y, una vez vencidas sus dificultades, sobrecogedora incluso desde el punto de vista de la estética. Si me preguntaran con qué nos encontramos aquí, si con una ficción de la lógica o con una lógica de la ficción, si con una filosofía fantasiosa o con un esfuerzo honesto y concreto de aniquilar e invalidar nuestra existencia aquí, porque es casual, porque sólo es una orilla en la que nos hizo fondear un destino ignoto y de la cual, si fuéramos osados, deberíamos alejarnos para encaminarnos a un paradero ignoto; si me preguntaran si esos escritos son de veras inhumanos o, por el contrario, su apostasía nos es favorable; si me lo preguntaran no podría contestar, porque desconozco la respuesta.

Prefacio a la segunda edición

Los tres años transcurridos desde la publicación de la primera edición, han traído varias obras bíticas nuevas. No obstante, el comité de redacción de nuestra monografía ha tomado la decisión de conservar su forma primitiva, excepto en una innovación de la que se hablará más abajo. Por consiguiente, los cuatro volúmenes esenciales de la "Historia de la literatura bítica" no han sufrido

cambios en su contenido básico y en la distribución temática de la totalidad de la obra. Lo único que se ha hecho, ha sido completar la bibliografía y eliminar las erratas y las omisiones de la primera edición (por otra parte, poco numerosas).

Nuestro comité determinó que era oportuno reunir en un tomo quinto, suplementario, los escritos dedicados a la metafísica, más diversamente enfocada, y a la religiología, obras cuyo conjunto lleva el nombre de literatura teobítica. En la edición anterior figuraba cierta cantidad de referencias y extractos de dicha disciplina, situados en el Apéndice del cuarto volumen. La proliferación de esta clase de escritos nos incitó a concederles un lugar separado de otros textos; y, puesto que la primera edición guarda silencio sobre el particular, aprovechamos la ocasión para presentar sucintamente el contenido del tomo quinto y familiarizar al lector con los problemas cruciales de la teobítica.

1. TEOLOGIA INFORMATICA. Un grupo de ordenadores de Brookhaven emprendió, a finales de la década pasada, un análisis formal de todos los escritos accesibles de los místicos reconocidos por la Iglesia católica. El trabajo formaba parte de un proyecto llamado: "Mística: un órgano de unión." La investigación tomó como punto de partida la tesis, proclamada por la Iglesia como un canon de fe, que afirmaba que los místicos, en ciertos estados particulares, pueden comunicarse con Dios. Los textos relativos a esa clase de experiencias interiores de sus autores fueron sometidos a un recuento de su contenido informático. El análisis no incluía la cuestión de la trascendencia de Dios ni de su carácter inmanente (era o no era una persona, por ejemplo), ya que dejaba de lado, en su totalidad, el significado de los escritos místicos, o sea su contenido semántico. Por tanto, no se proponía poner en tela de juicio la calidad de las revelaciones, fruto de los contactos con Dios, puesto que el único objeto del estudio era el lado *cuantitativo* de la información obtenida por los místicos. Ese recuento fisical permite la determinación, matemáticamente exacta, del caudal informático, con la exclusión absoluta de cualquier otra materia. La premisa del proyecto consistía en un axioma de la teoría informática según el cual la toma de contacto con una fuente real, o sea la creación de un conducto de transmisión, debe ocasionar un aumento de la cantidad de informaciones captadas por el receptor.

Varias definiciones de Dios han dado origen al dogma de su infinitud, que significa, en términos de información, una diversidad infinitamente grande. (Lo que puede demostrarse formalmente sin dificultad, ya que la omnisciencia atribuida a Dios, implica, analíticamente, la diversidad, que equivale a un continuum.) Ocurre que el hombre, en contacto con Dios, no puede poseer una información infinita, porque él mismo es finito. A pesar de ello, debe acusar el aumento de su caudal informático, por pequeño que sea, delimitado por su capacidad de asimilación mental. No obstante, el balance numérico demostró que los escritos de los místicos eran mucho más pobres que las manifestaciones de las personas que están en contacto con fuentes de información reales (por ejemplo: los investigadores científicos).

La cantidad de informaciones contenidas en los escritos de los místicos es exactamente igual a la que figura en los textos de aquellas personas cuyos generadores de diversidad son exclusivamente ellas mismas. La conclusión sacada del proyecto de Brookhaven es la siguiente: "El contacto del hombre místico con Dios—postulado por la Iglesia—no constituye un proceso en el cual el hombre consiga una información superior al cero". Esta frase puede significar que el conducto de unión postulado por la Iglesia es una ficción, o bien que el conducto existe, pero el Emisor guarda un silencio tenaz. En tal caso, sólo razones extrafísicas pueden decidirnos a escoger entre los dos elementos de alternativa: *Silentium Domini*, *Non esse Domini*. Todo el análisis descrito, y su contraargumentación teológica, figura en la primera parte del tomo suplementario.

2. TEOLOGIA MATEMATICA. El engendro más original de esta teobítica es un modelo de Dios sinusoidal y, como tal, oscilatorio. Dios es definido por axioma como un proceso alternativo, y no como un estado invariable, y oscila, con una frecuencia trascendente, entre dos infinitos, el del Bien y el del Mal. En cada intervalo temporal (en sentido físico), ambos infinitos se realizan en conjunto, pero no simultáneamente. El Bien y el Mal de Dios se compenetran alternativamente; por esta razón, la imagen del proceso es la sinusoide.

Tomando en cuenta el hecho de que la propagación de ambos infinitos, que tiene su origen en la intemporalidad, participa en el orden existencial temporalmente,

se puede demostrar que es admisible, o posible, la aparición de unas perturbaciones locales, o sea de unos sectores del tiempo-espacio, donde el equilibrio entre el Bien y el Mal no se conserva. Por lo tanto, en esos puntos singulares se originan unas fluctuaciones, una especie de fallos. Y puesto que la curva procesal debe pasar por cero a cada cambio de signo, en el universo que dure un tiempo infinitamente largo existen no dos, sino tres infinitos: el del Bien, el del Cero y el del Mal. Lo que significa, traducido al lenguaje convencional de la teodística, la coexistencia, en ese universo, de Dios, de su absoluta ausencia y de su opuesto total: Satanás.

La disertación comentada más arriba, considerada como perteneciente ora a la teología, ora a la teoclastia, se debe a una especulación formal secundada por el aparato matemático de la teoría de la pluralidad y la teoría física del universo. Su autor es ONTARES II. En su parte exacta no se emplean para nada los términos usados por la teología clásica ("Dios", "Demonio", la "Nada metafísica"). El lector la encontrará en el capítulo III del suplemento.

Otro trabajo digno de atención es el estudio de un agregado de ordenadores llamados vulgarmente "fríos" (porque funcionan a base de criotrones); según su proposición, la dignidad de Dios debe ser conferida a un ordenador, o a un programa, infinito. Bien es verdad, que ambas concepciones implican una serie de antinomias inextricables. Pero, como observó METAX, uno de los autores del estudio, en el epílogo del trabajo mencionado, cualquier religión humana, una vez formalizada, abunda mucho más todavía en contradicciones de tipo análogo. Así pues, si "la mejor religión" equivaliera a "la religión menos contradictoria", el ordenador sería una imagen de Dios más perfecta que el hombre.

3. TEOLOGIA FISICALISTA. Los trabajos de METAX no pertenecen al fisicalismo teobítico, ya que el autor emplea definiciones como "Ordenador" y "Programa" en el sentido formal (matemático) y no físico (como sabemos, todo ordenador —así como todo autómata— posee un equivalente matemático ideal), mientras que la teobítica comprendida físicamente se ocupa del Causante o Creador de la existencia, incorporado en la materia. Las disertaciones teobíticas fisicales son numerosas, de modo que sólo mencionaremos aquí las más originales. UNITARS, el autor de una de ellas, imagina el Cosmos como un

"granulado". que se "computeriza" y "descomputeriza" alternativamente. Sus dos estados diametrales son el Metacomputador y la Metagalaxia. En la fase de "mentalización", la base de las reacciones consiste en la informática; la física, a su servicio, satisface las exigencias de "la totalidad computeriana" del universo. Pero el substrato de ese "pensamiento cósmico" llega finalmente al límite de la explosividad, ya que las configuraciones de las bases del pensamiento van adquiriendo gradualmente una creciente inestabilidad, hasta que AQUELLO CON QUE el metacomputador pensaba estalla, y la supernube de sus fragmentos de fuego en distensión forma la Metagalaxia. La presencia de seres racionales en las profundidades de la fase "no consciente". tiene la siguiente explicación: son residuos, "desechos" y "despojos" de la fase anterior. "Habiendo "pensado" lo que representa el lema del soporte mental, los fragmentos de la Totalidad destruida huyen transformados en nebulosas fugitivas. Estas, al volver y comprimirse, crean de nuevo el granulado del Metacomputador renaciente; la pulsación Consciencia-Inconsciencia de la materia que se organiza formando el pensamiento, y del pensamiento que se desorganiza formando la materia, puede durar un tiempo ilimitado." Otras variantes de esa teoría "nopulsativa" figuran en el capítulo IV del suplemento.

Probablemente pertenece al humorismo teobítico la teoría según la cual el universo está como está porque los astroingenieros de todas las galaxias hacen cuanto pueden por "ver el fin del Cosmos actual". Para ello intentan conseguir que las masas y otros vehículos (los que sean) aceleren su velocidad hasta alcanzar la de la luz, ya que un cuerpo que posee esa velocidad, puede "ver" miles de millones de años (de acuerdo con el efecto de la relatividad) en el transcurso de tiempo que, para ese mismo cuerpo, es igual a unos meses terrestres. Sepamos, pues, que las enormes erupciones de quasares, pulsares y nebulosas son experimentos de la astroingeniería, que quiere "saltar" de una fase dada del universo a la siguiente; trabajos "locomotrices y temporales" emprendidos con la intención de "trascendentalizar" el Cosmos actual, ya que la fase siguiente sería, por lo visto, más digna de colonización. El informe sobre esta clase de trabajos cierra el nuevo tomo, el quinto, de la "Historia de la literatura bítica"

EXTELOPEDIA VESTRAND

en 44 Magnetomos

VESTRAND BOOKS CO.

New York-London-Melbourne

MMXI

Profertina

VESTRAND BOOKS se sienten felices de poder ofrecerle a usted, señor (a), la subscripción a la

MAS FUTURA

Extelopedia que jamás se haya editado. Si por exceso de trabajo usted, señor (a), no ha tenido ocasión de conocer ninguna EXTELOPEDIA, aquí estamos nosotros para proporcionarle cuantas explicaciones desee. Las enciclopedias tradicionales, de uso universal desde hace dos siglos, entraron en una Grave Crisis en los años setenta debido al hecho de que las informaciones que contenían eran anticuadas ya en el momento de terminar de imprimirse. La AUCIC, es decir, la automatización del ciclo productivo, no podía impedirlo porque es imposible reducir a cero el tiempo necesario para los expertos, autores de las definiciones. De modo que con cada año sucesivo crecía la desactualización de las enciclopedias más recientes, que al aparecer en las librerías, tenían ya un valor puramente histórico. Numerosos Editores se esforzaban en contrarrestar la crisis publicando cada año, y luego cada trimestre, Suplementos Especiales; pero el volumen de los Suplementos pronto empezó a superar el de las Ediciones propiamente dichas. La imposibilidad de ganar la

carrera contra la Aceleración de la Civilización fue un golpe mortal para Editores y Autores.

Vista la gravedad de la situación, se procedió a elaborar la primera Delficlopedia. Era una Enciclopedia que reunía Definiciones situadas en el futuro. La Delficlopedia se construye en razón del llamado Método Délfico o, en términos vulgares, a las propuestas de Expertos Autorizados. Pero como las opiniones de los Especialistas eran casi siempre divergentes, las primeras Delficlopedias contenían definiciones sobre un mismo Tema presentadas en dos variantes: una conforme a la opinión de la Mayoría y otra, de la Minoría de los Expertos; o bien tenían dos versiones, la Maxiclopedia y la Minoclopedia. Sin embargo, los Destinatarios acogieron de mal grado la innovación y un físico insigne, el premio Nobel profesor Kutzenger, se erigió en portavoz del público al declarar que la gente necesitaba Informaciones sobre Temas, y no sobre las Disputas de los Especialistas. Ahora y sólo gracias a la iniciativa de VESTRAND BOOKS, la situación ha mejorado radicalmente.

La EXTELOPEDIA que tenemos el honor de presentarles consta de 44 Magnetomos de fácil manejo, encuadernados en Virgiskin, Siempre Cálida Pseudopiel Virginal; AUTOsaca del estante el Magnétomo indicado en voz alta, se AUTOhojea y AUTOdetiene en la página deseada. Contiene 69.500 Definiciones, redactadas en un estilo exacto pero claro, referidas al Futuro. Al contrario de la Delficlopedia, Maxiclopedia y Minoclopedia,

LA EXTELOPEDIA VESTRAND

constituye un resultado garantizado del trabajo EXTRAHUMANO, y por tanto INFALIBLE, de dieciocho mil COMFUTADORES (computadores futurológicos) de nuestra propiedad.

Las Definiciones de la EXTELOPEDIA VESTRAND se basan en el Cosmos de Ochocientos Gigatrillones de Cálculos Semo-Numéricos, efectuados en la

Comurba de nuestra editorial por los Bapésculos (Baterías de los más Pesados Comfutadores Luménicos). Los trabajos han sido coordenados por nuestro SUPERPUTADOR, encarnación electrónica del Mito de Superman, que nos costó doscientos dieciocho millones veintiséis mil trescientos dólares (precios del año pasado). La EXTELOPEDIA, anagrama de ENCICLOPEDIA TELEONOMICA EXTRAPOLATIVA, también podría ser llamada ORPROCIC (Orientación Prognóstica de la Enciclopedia) con Avance Máximo en el Tiempo.

¿QUE ES NUESTRA EXTELOPEDIA?

Es el fruto de la Gestación Mejor Lograda de la Prefuturologia, esa Disciplina respetable, aunque primitiva, nacida a finales del siglo XX. La Extelopedia contiene noticias sobre la Historia que ha de sobrevenir, o los FUTURAÑOS; sobre los asuntos Cosmonómicos, Cosmolíticos y Cosmáticos; sobre todo lo que será SECUESTRADO, junto con lo referente A QUE Fin y POR QUIEN lo será; sobre los Nuevos Grandes Logros de la Ciencia y la Técnica, detallando por cuáles de ellos usted, señor (a), se verá más amenazado (a) personalmente; sobre la Evolución de Fes y Confesiones (V. FUTURRELIGIONES), así como sobre otras 65.760 Cuestiones y Problemas. Los Aficionados al Deporte, torturados por la Incertidumbre de los Resultados en todas las categorias, incluidas las disciplinas de atletismo y erotletismo, se ahorrarán, gracias a la EXTELOPEDIA, muchos nerviosismos y conmociones si firman el

MUY VENTAJOSO VOLANTE

adjunto a la presente Profertina

¿ Son las informaciones de la EXTELOPEDIA VESTRAND Certeras y Autorizadas? El resultado de las investigaciones del MIT, MAT y MUT, coordinadas por el USIB (United States Intellectronical Board), demuestra que en las dos ediciones anteriores de nuestra Extelopedia hubo un error de 9,008 datos

—8,05 % de su contenido—, respecto al estado real de las cosas. Pero nuestra edición actual, LA MAS FUTURA, se ajusta a la MISMA MEDULA DEL PORVENIR con una verosimilitud del 99,0879 por 100.

¿POR QUE ES TAN EXACTA?

¿Por qué puede usted tener una confianza tan absoluta en la presente edición? Porque para confeccionarla nos hemos servido anticipándonos a todo el mundo) de dos Nuevos Métodos de Sondeo del Por venir, el Método SUPLEXIVO y el Método CRETILANGAL.

El METODO SUPLEXIVO, o Supercomplexivo, proviene del procedimiento que en el año 1983 dio la victoria al Programa Mac Flac Hac sobre

TODOS LOS GRANDES CAMPEONES MUNDIALES DE AJEDREZ

en coalición, incluido Bobby Fisher, consiguiendo durante el Partido Simultáneo 18 mates por gramo, caloría, centímetro y segundo. La Potencia del Programa ha sido multiplicada posteriormente por mil y sometida a una adaptación Extrapolativa; gracias a ello, ahora no solamente PREVE LO QUE PASARA SI OCURRE ALGO, sino que, además, predice con gran exactitud qué pasará, si eso no ocurre en absoluto.

HASTA HOY los Predictores basaban su funcionamiento sólo en las POTEPOSAS (o sea fundamentándose en las POTENCIAS POSITIVAS y tomando en cuenta la Posibilidad de que Algo se Realice). Nuestro Nuevo Programa Suplexivo trabaja ADEMAS con POTENEGAS (Potencias Negativas), lo que le permite presagiar COSAS que, según las opiniones actuales de TODOS LOS EXPERTOS, NO TIENEN L A MENOR POSIBILIDAD DE OCURRIR JAMAS.

Y como nadie ignora, la *sal* del Futuro son precisamente aquellas cosas que los expertos tienen por imposibles de acontecer, ahora o en cualquier momento.

¡ ¡DE ELLAS DEPENDE LO VENIDERO! !

A pesar de su éxito, quisimos someter los resultados obtenidos por el Método Suplexivo a un control cruzado de fijación (CRUCIFIJO-Crucifix). Sin reparar en Ningún Gasto, empleamos a este fin otro Método, también ABSOLUTAMENTE nuevo, el de la Extrapolación FUTULINGÜISTICA.

Partiendo de unos análisis de las tendencias progresistas, o sea tendencias con un gradiente indeterminista (Tendenderencias), nuestros veintiséis mil Cofulintos (Computadores Linguísticos acoplados paralelamente) han creado DOS MIL dialectos, jergas, slangs, nomenclaturas, lenguajes y gramáticas del futuro.

¿Qué significa esta Hazaña? Significa que hemos creado LA BASE LINGÜISTICA DEL MUNDO A PARTIR DEL AÑO DOS MIL VEINTE. En otras palabras: nuestra COMURBA, o sea nuestra Ciudad Computeriana, de 1.720 Unidades de Inteligencia por 1 milímetro cúbico de MAPSINT (Masa Psíquico-Sintética), ha construido las palabras, las frases, la sintaxis y la gramática (así como el sentido) de las Lenguas que la humanidad usará en el FUTURO.

Por otra parte, el sólo conocimiento de la LENGUA en que los hombres se comunicarán entre ellos

y con las máquinas dentro de 10, 20 o 30 años, no equivale a saber DE QUE SE HABLARA ENTONCES con mayor frecuencia e interés. Y es ESTE el punto que debemos conocer, ya que habitualmente PRIMERO se habla y LUEGO se piensa y actúa. En todas las anteriores tentativas de construir una FUTUROLOGIA IDIOMATICA, o PROGNOLINGUA, los fallos primordiales procedían de la FALSA RACIONALIDAD de los procedimientos.

Los científicos presuponían tácitamente que los hombres dirían en el futuro sólo COSAS SENSATAS, y que actuarían de acuerdo con sus palabras.

No obstante, todas las investigaciones han demostrado que la gente DICE CASI SIEMPRE TONTERIAS. Por lo tanto, para simular, en la Extrapolación superior a un cuarto de siglo,

LA MANERA DE EXPRESARSE TIPICAMENTE HUMANA

hemos fabricado IDIOMATAS y COMDEBILES (COMPUCEROS), es decir, unos Autómatas Idiomáticos y Computadores Chapuceros o Débiles. A ellos se debe la creación de la GRAPAGENICA (gramática paralógica genérativa) de la Lengua del Futuro.

Gracias a ello, los Profuteros, Langlingos y Pramnesto-squisoplegiadores de control, compusieron 118 Sublenguas (dialectos, jergas, slangs), denominadas: CHISMOTEX, CHARLATEX, BLA-BLEX, FARFULIT, ABSURAX, AGRAM, CRETINAX, etc. En razón de ellas se ha creado finalmente la CRETILANGÜISTICA, que ha permitido realizar el Programa CRUCIFIX. A él debemos, en particular, la posibilidad de formular Prognosis Intimas, relativas a la Futerótica (por ejemplo, a los detalles de la convivencia de los hombres con artorgas y amorgas, incluso en los obscenarios e invertarios y en la sexonáutica orbital extragravídica, venérea y marciana). Fue un éxito notable del EROTIGLOM, PANTUSEX y el BYWAY, idiomas de la programación.

¡Pero las cosas no terminan ahí! Nuestros Contrafutadores, los Teracontroladores futurológicos acumularon los resultados de los dos Métodos, el Cretilangal y el Suplexivo, y como resultado de la interpretación de trescientos Gigabits de informaciones, surgió el COREC: Corrector Complexivo del EMBRION de la Extelopedia.

¿Por qué EMBRION? Porque así nació una VERSION de la Extelopedia absolutamente INCOMPRENSIBLE para toda la especie humana, incluidos los premios Nobel.

¿Por qué INCOMPRENSIBLE? Porque eran textos articulados en una lengua que TODAVIA NADIE HABLA EN EL MOMENTO ACTUAL y que NADIE ES AUN CAPAZ DE ENTENDER. Por tanto, tuvimos que encomendar a nuestros ochenta RETROLINTERES la tarea de traducir a una lengua contemporánea conocida los datos reveladores, expresados originalmente en un idioma venidero.

¿COMO DEBEMOS SERVIRNOS DE LA EXTELOPEDIA VESTRAND?

Hay que colocarla en el elegante módulo que suministramos mediante abono de un pequeño suplemento. Luego, situándonos a una distancia no menor de dos pasos, pronunciamos la Voz deseada en un tono firme, pero no demasiado alto. Acto seguido, el Magnetomo correspondiente se deslizará de la estantería, se autoabrirá y se pondrá de un salto en la mano derecha (oportunamente tendida) del señor (a) Cliente. Se ruega a los señores Clientes zurdos proceder a un previo entrenamiento, a fin de tender SIEMPRE la mano derecha, ya que, en caso contrario, el Magnetomo es susceptible de sufrir una desviación de su trayectoria y asestar un golpe, aunque INDOLORO, a quien lo llama, o a Terceras Personas.

La impresión de las Voces es bicolor. La NEGRA indica que su PORPROVIRT (porcentaje probabilístico de la virtualización) rebasa los 99,9 % o, hablando vulgarmente, que es Firme Como Una Roca.

Las VOCES ROJAS indican que su PORPROVIRT es inferior a 86,5 % y, a causa de un tan indeseable estado de cosas, EL TEXTO INTEGRO de cada definición permanece en CONTACTO CONSTANTE A DISTANCIA (holognético) con la REDACCION PRINCIPAL de la Extelopedia VESTRAND. En cuanto nuestras Profuteras, Panteras y Credacteras consiguen

UN RESULTADO NUEVO Y CORRECTO en su incesante trabajo de Investigación del Futuro, el texto de la Definición impresa en ROJO se corrige POR SI MISMO, adaptándose AUTOMATICAMENTE a la nueva VERSION. La Editorial VESTRAND se complace en

OFRECER GRATIS

a los Sres. suscriptores de su Extelopedia todos esos Perfeccionamientos TELEDIRIGIDOS, INSTANTANEOS y OPTIMOS.

En el caso extremo de un Porprovirt Inferior a 0,9 %, no se excluye la eventualidad de cambios DRASTICOS en el TEXTO DEL PRESENTE PROSPECTO. Si, al leerlo, usted observa que las frases bailan y las letras se difunden y se confunden, debe interrumpir la lectura durante unos 10-20 segundos, que aprovechará para limpiarse las gafas, comprobar el estado de su atuendo, o algo por el estilo. Luego se vuelve a leer DESDE EL PRINCIPIO y NO desde el sitio donde interrumpimos la lecturá, ya que la nebulosidad de las letras indica que se está actualizando la corrección de errores.

Sin embargo, si SOLO empieza a temblequear (o bien a emborronarse) el PRECIO de la Extelopedia VESTRAND marcado más abajo, la lectura de Todo el Prospecto No Es Obligatoria, ya que el cambio se referirá exclusivamente a las

CONDICIONES DE LA SUSCRIPCION

que, a causa del estado de la economía mundial, bien conocido de los Sres. (as) Clientes, no es pronosticable—y lo sentimos de veras—con una antelación superior a 24 minutos.

Lo antedicho reza también para el conjunto íntegro de las ilustraciones y los materiales complementarios de la EXTELOPEDIA VESTRAND. Entran en esta categoría las Ilustraciones Teledirigidas, Móviles, Palpables y Saboreables, así como los Futudeles y Autostructos (agregados que se construyen solos), que suministramos, junto con el modulo y el juego completo de Magnetomos, en un estético baúl-contenedor aparte. Programamos por encargo la totalidad de la Extelopedia de modo especial, para que reaccione Exdusivamente a la Llamada del Amo (Propietario [a]).

En el caso de afasia, ronquera, etc., rogamos tengan la bondad de acudir a la Delegación de VESTRAND BOOKS más cercana, que les prestará al instante toda la ayuda necesaria.

Nuestra Editorial está preparando actualmente nuevas Variantes de lujo de la Extelopedia, a saber: una que se autolee a tres voces y dos registros (masculina, femenina, neutra; acariciador, seco); el modelo Ultra-Deluxe, protegido bajo Garantía contra Perturbaciones de Recepción causadas por Terceras Personas (la Competencia, por ejemplo) y equipado con un Bar y un Balancín; y, finalmente el modelo UNIVERSEN, destinado a los extranjeros, que les transmite el texto de las Definiciones Por Señas. El precio de los Modelos Especiales será probablemente superior en un 40 a un 190 % al de la edición normal.

EXTELOPEDIA VESTRAND

Pliego de muestra

¡ G R A T I S !

VESTRAND BOOKS

Ny-London-Melbourne

PROFERTA: oferta comercial o de servicios, basada en la situación pronosticada del mercado. Entre las profertas se distinguen P. civiles (PROFERTINAS) Y P. militares (PROMILTINAS). 1. PROFERTINAS se dividen en perifertinas, avanzadas en un decenio en el tiempo, y apofertinas, avanzadas hasta la barrera de GLAULER (Ver GLAULER, BARRERA DE, PRERIERA y

PRODOXIAS). La ingerencia de la concurrencia o INGURENCIA (V.), debida, en la mayoria de los casos, a una conexión ilegal con la red promputérica pública (V. PROMPUTÉRICA, RED), convierte a las profertinas en PERVERTINAS (V.) o PARASITINAS (V.), o sea en prognosis autodestructoras. (Ver también: BANCRUCU-CION INGURRENTIVA, PROGNOLISIS, PROGNOCLASIA, PROGNOSIS-PANTA-LLAS y CONTRAPREDICCION). 2. Las PROMILTINAS se establecen con arreglo a la predicción de la evolución de los medios bélicos (hardwarware) y concepciones bélicas (softwarware). En la profetización de las P. se utiliza el álgebra estructural del conflicto o ALGOSTRATICA (V.). Las P. secretas, o CRIPTINAS, no se identifican con las prognosis de Ios medios bélicos secretos, o CRIPTOMAQUICAS (V.). Las prognosis secretas de armas secretas pertenecen a la CRIPTOCRIPTICA (V.).

PROFESOR o COMDIH (Computador didáctico habilitado), también CIFERLAN (V.): Dispositivo docente autorizado a profesar en las escuelas superiores por USIB (United States Intellectronical Board, V.). Ver también: PREBLIND (PRECEPTOR BLINDADO, resistente a la actividad contestaria de los estudiantes) y TÉCNICAS ANTICONTESTA-TARIAS Y MEDIOS DE LUCHA. Profesor—antig. hombre que desempeñaba funciones análogas.

PROFUSIL: Fusil pronosticado, arma de caza del futuro. Ver: CAZA Y VENACION, también: SINTEMAQUIAS, PROGNODO-JAS o Prodojas: Paradojas de pronosticación. A las P. más importantes pertenecen: P. de A. Rummelhahn , P. de M. de la Faillance y P. metalangal de GOLEM (Ver: GOLEM). 1. La Paradoja de Rummelhahn se relaciona con el problema de la SuperaciOn de la barrera predictiva. Como demostró T. Glauler, y en un trabajo independiente, A. Atero, la predicción del futuro se empantana en una barrera secular (llamada serrera o prerrera). Más allá de esa barrera, la veracidad de los presagios adquiere un valor negativo; en consecuencia, las cosas que han de pasar, pasarán con toda seguridad, contráriamente a lo preconizado por el presagio. Para sortear la barrera, Rummelhahn recurrió a la exformática cronocurrentiva. Ex. cronocurr. se funda en ISOTEMAS (V.: ISOTEMA). Isotema es una línea que pasa, en el ESPACIO SEMANTICO (V.), por todas las publicaciones cuyo tema es idéntico, igual que en la física isotermo es una línea que pasa por los puntos que tienen la misma temperatura media para un periodo determinado, y en la cosmología isopsiquis es la línea que une en el espacio del universo todas las civilizaciones de un grado de desarrollo determinado. Si se

conoce el curso de la Isotema ya existente, se puede extrapolar de él, en el espacio semántico, sin limitación alguna. Al aplicar el método, que él mismo llamó "método de la escala de Jacob", Rummelhahn descubrió, a lo largo de dicha isotema, todas las obras de temática prognóstica. Lo hizo gradualmente, primero prediciendo el contenido de una obra en sus sucesivas etapas futuras y luego, fundándose en

aquel contenido, pronosticaba la publicación siguiente. Gracias a este procedimiento sorteó la barrera de Glauler y consiguió datos acerca del estado de América en el año 10^{10} Mullainen y Zuck pusieron en tela de juicio ese pronóstico, subrayando que en el año 10^{10}, el sol, un gigante rojo (Ver), excederá en mucho la órbita de la Tierra. De hecho, la paradoja de Rummelhahn propiamente dicha consiste en lo siguiente: la investigación de las obras prognósticas a lo largo de la isotema puede efectuarse tanto hacia adelante como hacia atrás. En efecto, Varbleux se sirvió del cálculo cronocurrentivo de Rummelhahn para la consecución de datos acerca de los textos de obras futurológicas de hace doscientos mil afios, o del Cuaternario, así como de la era de carbono y del arqueozoico. Se sabe por otra parte, que hace 200.000 150 millones o 1.000 millones de años no había, como lo subraya T. Vroedel, ni imprentas ni libros ni hombres. Dos hip6tesis procuran adarar la paradoja de Rummelhahn: A) Según Omphalides, los textos que conseguimos retrointerpretar son unos escritos que no existen, pero que hubieran podido existir si en el momento adecuado hubiese alguien para escribirlos y editarlos. Es la hipótesis de la VIRTUALIDAD DE LA RETROGNOSIS ISOTÉMICA (Ver).

B) Según d'Artagnan (seudónimo de un grupo de refutólogos franceses), la axiomática de la exformática isotémica contiene las mismas contradicciones insoslayables que la clásica teoría de Cantor (V. PLURAUSTA, TEORÍA CLASICA) 2. La paradoja prognóstica de De Faillance se refiere también a la pronosticación isotémica. El investigador observó que si ahora se publica como primera edición, gracias al procedimiento cronocurrentivo, el texto de una obra que ha de aparecer dentro de 50 o 100 años, dicha obra ya pierde la oportunidad de tener edición principal. 3. Paradoja metalangal de GOLEM, conocida también como paradoja autoperdigonal. Según su teoría, quien pierde o busca la perdición de alguien recibe el nombre de HETEROPERDIGON. Quien se pierde a sí mismo se llama AUTOPERDIGON. Desgraciadamente hasta ahora sólo se ha cónseguido la traducción de la parte citada más arriba de la paradoja GOLEM a un idioma comprensible. El resto que se formula así:

Xi.n.es (a-ququ 0,0)

2(pi-t.0~(2cu-fi-t.0)

es, en principio, intraductible a lenguas étnicas o formalismos de tipo matemático o lógico. (En esto consiste su verdadera esencia.) (Ver también: METALANGOS Y PROGNOLIN- GÜISTICA). Existen centenares de interpreta-ciones de la P. G.; segun T. Vroedel, uno de los matemáticos más relevantes del momento actual, lo más importante en la P. G. es que para Golem no es parad6jica y para los hombres sí. Entre todas las paradojas descubiertas, ésta es la primera en ser relativizada (referida) a la fuerza intelectual de los sujetos destinados a la investigación. T. Vroedel analiza el conjunto de los problemas relacionados con la P. GOLEM en su libro: "*Die allgemeine Relativitätslehre des Golemschen Paradoxons*". (Gottingen, 2075.)

PROGNOLINGÜISTICA: Disciplina que se ocupa de la construcción prognóstica de lenguas futuras. Las lenguas del futuro pueden construirse en razón de sus gradientes (descifrados) infosémicos, así como gracias a las gramáticas generativas y sistemas productores de palabras (escuela de Zwiebulin-Tschossnietz). (Ver: GENAGRATICA Y PRODALAB). El hombre no posee la facultad autónoma de predecir las lenguas del futuro. Se ocupan de ello, dentro del proyecto PREVOLING (prognosis de la evolución lingiiística) las TERATERAS (V.) Y PANTERAS (V.), que son HIPERTERRIE-RAS (V.) y también las computadoras de generación 82, conectadas a la GLOBOTERA (V.), es decir, a la red exformática terrestre y a su INTERPLANOS (de "Interfacies planetaris: [V.], cabe zas de puente en los planetas interiores) y a la memoria satelitaria (V.). Por tanto, la teoría de la lingüistica y sus frutos (los METALANGOS [V.]) son incomprensibles para el hombre. No obstante, los resultados del proyecto PREVOLIG permiten generar toda clase de locuciones en lenguas del futuro, por más lejano que sea. Con la ayuda de RETROLINTERES pode mos traducir algunas de ellas a un idioma conocido y aprovechar para fines prácticos las informaciones que contienen. Según la escuela de Zwiebulin-Tschossnietz (heredera de la orientación indicada por N. Chomsky en el siglo xx, la ley básica de la linguoevolución consiste en el efecto de Amblyon: "El encogimiento de periodos enteros de articulación crea nuevos conceptos y sus nombres. Así, por ejemplo, toda La definición siguiente: "Institución u organización comercial, de servicios, o administrativa, en la cual se entra en coche u otro vehiculo para disfrutar de sus servicios sin abandonar el vehiculo", se comprime en el transcurso de la evolución del idioma, formando el término "drive in" (METETE DBNTRO). Intuimos la contaminación, por un

mecanismo idéntico, cuando la definición: "Efectos relativistas que impiden determinar qué acontecimientos se producen actualmente en el planeta X distante de la Tierra "N" áños luz obligan al Ministerio dé Asuntos Extraterrestres a no basar su política cósmica en los sucesos reales acaecidos en otros planetas, ya que son, en principio, inaccesibles, sino en una historia simulada de aquellos planetas, de cuya simulación se ocupan unos sistemas de espionaje, enfocados en el estado extraterrestre de las cosas, y que se llaman MINISTRANTORES (V.)", es sustituida por una sola palabra "rollo". Dicho término y sus derivados: rollero, rollazo, rolladura, rolax, enrollarse, rolliquear, etc. (se conocen 519 derivados), procede del encogimiento masivo de una red conceptual. Tanto "métete dentro" como "rollo" son palabras usadas en el idioma corriente actual, que en la jerarquía prognolinguística lleva el nombre de Cerolang. A niveles superiores al del cerolang se sitúan sucesivamente METALANG 1, METALANG 2, etc., sin que se sepa si la serie es limitada o infinita. Todo el texto de la Voz PROGNOLINGUISTICA suena en el METALANG 2 de la siguiente manera: "Optimacho en n-pataíta se desclipsa al n-t-sinclúsculo". Como puede verse, las frases metalangales tienen sus correlativos en nuestro cerolang (lo que demuestra la inexistencia de hiatos interlangales fundamentalmente infranqueables). Pero, mientras que los corre lativos metalangales son siempre más sucintos que las frases correspondientes formuladas en cerolang, el fenómeno contrario es muy diferente. Así, por ejemplo, la frase en metalang 3 (idioma usado normalmente por GOLEM): "Corromplexo ahomatic fita prendix an trendix en cosmiaco", es imposible de traducir a una lengua étnica humana (cerolang), ya que el tiempo necesario para pronunciarla rebasaria la duración de la vida de un hombre. (Según el cálculo valorativo de Zwiebulin, reproducirla oralmente nos llevaría 135+/-4 años.) Te6ricamente, nada se opone a la realización de esta clase de traducciones, pero, puesto que carecemos de medios para abreviar el procedimiento, prácticamente tenemos que servirnos, a este mn, de los computadores de la generación 80, por lo menos. ¿A qué se deben los "umbrales" entre metalangos? T. Vroedel nos propone, como explicación, el ejemplo del círculo vicioso: para conseguir el *encogimiento* de la larga definición de un fenómeno, primero hay que entender el fenómeno mismo, pero, si sólo se puede entender gracias a dicha definición, tan larga que una vida no bastaría para asimilarla, la operación de restringirla resulta infactible. En opinión de Vroedel, la prognolingiiística practicada con ayuda de la acción simplificadora de las máquinas se ha desviado de su objetivo real, ya que el hombre nunca podrá utilizar las lenguas que predice, a menos que una autoevolución le transforme radicalmente el cerebro. ¿Qué son, pues, los metalangos? No existe una respuesta unívoca a esta pregunta. Cuando GOLEM llevó a cabo sus "sondeos hacia arriba", llegando hasta el gradiente de la linguoevolución, descubrió 18 niveles superiores de metalangos, a los que pudo acceder, y observó, gracias a métodos indirectos, la existencia de otros 5, situados

aún más arriba, en una zona totalmente inaccesible incluso para él, ya que el volumen de su capacidad informática resultó insuficiente. ¿Quién sabe si no hay metalangos de un nivel tan alto, que toda la materia del cosmos sería poca para la construcción de un sistema capaz de servirse de ellos? Por tanto, ¿en que sentido es lícita la afirmación de que la existencia de metalangos tan altos es, tal vez, posible? He aquí uno de los difíciles dilemas aparecidos en el transcurso de los trabajos prognolinguísticos. En todo caso, el descubrimiento de los metalangos ha zanjado negativamente la multisecular disputa acerca de la supremacía del intelecto humano: no tal supremacía, lo sabemos ahora a ciencia cierta; los metalangos existen, es un hecho. El mismo hecho constituye una prueba fehaciente de la posible presencia en el universo de seres (o sistemas) más sabios que el homo sapiens. (VER: PSICOSINTICA, GRADIENTE METALANGAL, TECHOS LINGÜÍSTICOS, TEORÍA DE LA RELATIVIDAD LINGÜISTICA, CREDO DE T. VROEDEL, REDES CONCEPTUALES.) Ver también: Tabla LXXIX.

TABLA LXXIX

Reproducción de la voz MADRE del diccionario de Cerolang, predicho para el año 2190 + 5 años. (Según Zwiebulin y Courdlebye).

TABLA LXXX

Diagrama conceptual de la evolución linguística según Vroedel y Zwiebulin

NOTA: En las abscisas figura el tiempo en milenios; en las ordenadas, la capacidad conceptual en bits por Sem por segundo del flujo articulativo (en unidades epsilon de espacio).

PROGNORRHOEA: Diarrea prognóstica, enfermedad de infancia de la futurologia del siglo xx (V. PREPROGNOSTICA), que ahogó las prognosis reales en el mar de las irreales, descategorizándolas (V. DESCATEGORIZA-CION), y produjo el llamado mero rumor prognóstico (V.: RUMORES Y PERTURBA-CIONES DE LAS PROGNOSIS).

PROLEPSIA o desvanexia: Metodología (teoría y tecnología) del fenómeno de desvanecerse, desc. En 1998, utilizada por primera vez en 2008. La tecnología P. se basa en el EFECTO DE TUNEL (V.) de los agujeros negros del cosmos. Como han revelado las investigaciones efectuadas en 2001 por Jeeps, Hamon y Wost, el cosmos se compone de Paraverso y Negaverso, en contacto negativo con Reverso. Por esta razón, el cosmos entero lleva ahora el nombre de POLIVERSO (V.) y no de UNIVERSO (V.), como lo llamábamos antes. El sistema proleptico traslada cualquier cuerpo de nuestro Paraverso al Negaverso. La desvanexia es utilizada como técnica de elimi...

MASSACHUSSETS

INSTITUTE OF TECHNOLOGY

PRESENTS

GOLEM XIV

Foreword By

Irving T. Creve, M. A., Ph. D.

And

Thomas B. Fuller II,

General Us Army, Ret.

MIT PRESS

2029

La terminación del momento en que el ábaco se transformó en un ente dotado de raciocinio consciente es tan ardua como la tarea de señalar el momento en que el simio se transformó en hombre. Sin embargo, el tiempo transcurrido desde la construcción del analizador de ecuaciones diferenciales, inventado por Vannevar Bush, es apenas el de la duración de una vida humana. Fue en ese entonces cuando se inició el borrascoso desarrollo de la intelectrónica. El ENIAC, construido más tarde (a finales de la Segunda Guerra Mundial), fue llamado —¡cuán prematuramente!— "cerebro electrónico". De hecho, el ENIAC era un ordenador y, en comparación con el árbol de la vida, un primitivo ganglio nervioso. En todo caso, los historiadores identifican su aparición con el principio de la época de la computerización. En los años cincuenta del siglo xx hubo una gran demanda de máquinas calculadoras; la empresa IBM fue una de las primeras en producirlas en masa. Dichos dispositivos tenían poco en común con los procesos del pensamiento. Eran unos transformadores de datos, tanto en el campo de la economía de grandes negocios como en el de la administración y la ciencia. Se introdujo también en la política: ya desde sus principios sirvieron para predecir los resultados de las votaciones presidenciales. Fue entonces, más o menos, cuando la RAND Corporation despertó el interés del sector militar del Pentágono con su método de pronosticación de acontecimientos en la palestra internacional militar y política, consistente en la llamada "composición de sucesos". Esta última distaba ya poco de las técnicas más complejas, como la CIMA, de las que nació, al cabo de dos decenios, el álgebra aplicada de sucesos, llamada (no con demasiado acierto) politicomática. El ordenador demostró también el poder de una Cassandra cuando el Massachusetts Institute of Technology empezó a confeccionar, para el famoso movimiento-proyecto "The Limits to Growth" modelos formales de la civilización terrestre. Pero no fue esa rama de la evolución computeriana la que resultó más importante hacia finales del siglo. Hasta el fin de la Segunda Guerra Mundial, el ejército usó las máquinas calculadoras conforme al sistema de logística operacional desarrollado en los escenarios de la contienda. De la reflexión a nivel estratégico seguían ocupándose los hombres, pero los problemas secundarios y subordinados eran confiados,

cada vez con mayor frecuencia, a los ordenadores. Al mismo tiempo, éstos eran incorporados al sistema defensivo de los Estados Unidos.

Las máquinas constituían los puntos neurálgicos de la red continental de prevención. El aspecto técnico de aquellas redes envejecía muy rápidamente. Después de la primera, llamada CONELRAD, vinieron numerosas variantes sucesivas en la red EWAS (Early Warning System). El potencial de agresión y defensa se basaba, en aquel momento, en el sistema de cohetes balísticos móviles (subacuáticos) e inmóviles (subterráneos) con cabezales termonucleares, y en círculos de bases de radares y sonares. Las máquinas calculadoras desempeñaban en él las funciones de eslabones de comunicación y, por tanto, eran meramente ejecutivas.

La automatización entró en la vida estadounidense en un frente ancho, primero desde "abajo", es decir, por el lado de los trabajos más fácilmente mecanizables en virtud de no necesitar actividad intelectual alguna (banca, transporte, hostelería). Los ordenadores militares desempeñaban estrechas funciones especializadas, buscando objetivos para un golpe nuclear combinado, ultimando los- resultados de observaciones satelitarias, optimizando los desplazamientos de las flotas y correlacionando los movimientos de los MOL (Military Orbital Laboratory [satélite militar pesado]).

Como era previsible, el terreno de las decisiones, confiadas a los sistemas automáticos, iba extendiéndose continuamente. La cosa era natural durante la carrera de armamentos, pero la distensión ulterior tampoco se convirtió en un freno de las investigaciones de aquella índole, ya que la congelación de la rivalidad hidrogénica liberó notables sumas del presupuesto, a las que el Pentágono, una vez terminada la guerra del Vietnam, no quiso renunciar por completo. Sin embargo, incluso entonces, los ordenadores cuya producción alcanzaba las generaciones 10, 11 y 12, superaban al hombre sólo en la rapidez operacional. Resultaba obvio, pues, que el elemento retrasador de las reacciones adecuadas en el sistema defensivo era, precisamente, el hombre.

Considerada debidamente, vemos que era muy natural la idea de combatir la mencionada tendencia de la evolución intelectrónica, aparecida en los círculos de los profesionales del Pentágono, sobre todo entre los científicos adjuntos al llamado "complejo militar-industrial". La nueva corriente generó el calificativo vulgar de "antiintelectual". Como dicen los historiadores de la ciencia y la técnica, se refería a A. Turing, un matemático inglés de mediados de siglo, creador de la teoría del "autómata universal". Se trataba de una máquina capaz de realizar TODA CLASE de operaciones susceptibles de ser formalizadas y adquirir, por eso mismo, carácter de procedimiento perfectamente repetible. La diferencia entre las dos corrientes de la intelectrónica, la "intelectual" y la "antiintelectual", estriba en lo siguiente: la máquina de Turing, elementalmente sencilla, debe sus posibilidades al PROGRAMA de funcionamiento, impuesto por el hombre. En cambio, los dos "padres" de la cibernética americana, N. Wiener y J. Neumann, orientan sus trabajos hacia la obtención de un sistema que se programa SOLO.

Huelga decir que nuestra presentación de esas divergencias está simplificada en grado sumo y esbozada "a vista de pájaro". Es obvio, también, que esa capacidad de autoprogramación no había surgido súbitamente y por sorpresa. Su premisa imprescindible se fundaba en la gran complejidad propia de la construcción computeriana. La diferenciación mencionada, imperceptible todavía a mediados de siglo, ejerció una gran influencia en la evolución ulterior de las máquinas matemáticas, sobre todo cuando se consolidaron e independizaron nuevas ramas de la cibernética, a saber: la psicónica y la teoría polifásica de la decisión. En los años ochenta nació en las esferas militares la idea de automatizar completamente todas las actividades de nivel superior, tanto las del alto mando militar como las del área politica y económica. El primero en formular dicha concepción, llamada más tarde "Idea del Estratega Único"., fue el general Stewart Eagleton. De él partió la propuesta de organizar un centro poderoso, superpuesto a los ordenadores para la búsqueda de óptimos objetivos de ataque, a la red de enlaces y combinaciones controladora de la alarma y la defensa, y a los detectores y proyectiles. Durante todas las fases previas a una decisión bélica, el centro se encargaría de optimizar continuamente (gracias al análisis universal de datos económicos, militares, políticos y sociales) la situación global de los EE. UU., asegurándoles la supremacía a escala del planeta y de su entorno cósmico, más allá de la Luna.

Los adeptos de la doctrina afirmaban que se trataba de un paso necesario en el curso del progreso de la civilización que, al ser universal y unitario, no podía verse despojado arbitrariamente del sector militar. Después del cese de la escalada de la fuerza nuclear contundente y del alcance de los proyectiles-cohete, vino la tercera etapa de la rivalidad, al parecer menos peligrosa y más perfecta por que ya no debía consistir en el Antagonismo de la Fuerza de Combate, sino en el del Pensamiento Operacional. Como antes la fuerza, ahora el pensamiento iba a ser objeto de una mecanización deshumanizante.

La nueva doctrina fue duramente criticada (lo han sido también sus antecesoras atómico-balísticas) por los sectores liberales y pacifistas del país, y combatida por varias relevantes personalidades del mundo de la ciencia, incluidos los profesionales de la psicomática y la intelectrónica. Sin embargo, salió victoriosa del conflicto, lo cual se reflejó en los actos jurídicos de ambos cuerpos legislativos de los Estados Unidos. Por otra parte, ya en el año 1986 nació el USIB (United States Intellectronical Board), órgano responsable directamente ante el presidente, con un presupuesto propio, que había arrojado, al cabo del primer año, la suma de 19 mil millones de dólares. Era tan sólo un modesto principio.

El USIB secundado por un grupo de consejeros, delegados sémioficialmente por el Pentágono y dirigido por el seoretario de Defensa Leonard Davenport, encargó a una serie de grandes empresas civiles, como la International Business Machines, Northronics and Cybermatics, la construcción del prototipo de un sistema, al que se dio el nombre cifrado de HAN (abreviación de Hanibal). No obstante, el que se popularizó a causa de la prensa y de ciertas "fugas" de información, no fue éste, sino el de ULVIC (Ultimative Victor). Antes del final de siglo existían ya otros prototipos sucesivos; entre los más conocidos figuran los sistemas AJAX, ULTOR, GILGAMESH y una larga serie de los GOLEM.

Gracias a la enorme escalada de medios y trabajo, las tradicionales técnicas informáticas sufrieron un cambio revolucionario. Importancia capital tuvo, sobre todo, la sustitución de la electricidad por la luz en la transmisión de informaciones entre las máquinas. Compaginada con la progresiva "enanización" (así se llamaron los pasos sucesivos de las funciones de microminiaturización—

tal vez sea oportuno añadir aquí que 20.000 elementos lógicos cabían, a finales de siglo, en una cabeza de alfiler—), dio resultados sensacionales. El primer computador accionado exclusivamente por la luz, GILGAMESH, trabajaba un MILLON de veces más de prisa que el arcaico ENIAC.

.La perforación de la barrera de la "razón" como se la llamó—tuvo efecto en el año 2000 gracias a la aplicación de un nuevo método de construcción de máquinas llamado "evolución invisible de la razón". Hasta entonces los ordenadores de cada generación se fabricaban realmente. Existía ya la idea de ir aumentando mil veces la rapidez funcional de cada variante sucesiva, pero su aplicación práctica no era posible, puesto que los ordenadores disponibles, que debían servir de "matrices" o de "ambientes sintéticos" para la evolución de su inteligencia, no tenían capacidad suficiente. Finalmente el concepto tomó forma gracias a la creación de la Red Informática Federal. A continuación bastó un decenio para el desarrollo de las 65 generaciones siguientes; en las horas nocturnas (las de menor carga), la Red Federal producía un "espécimen artificial de Inteligencia" tras otro; era la progenil de una "computerogénesis acelerada" cuyos simbolos o estructuras inmateriales maduraban anidados en el substrato informático, su "ambiente nutricional", ofrecido por la Red.

Sin embargo, después de esos éxitos se presentaron nuevas dificultades. UAX y HAN, prototipos de las generaciones 78 y 79, a los que ya se juzgaba dignos de vestirse de acero, adolecía de titubeos decisorios, conocidos con el nombre de "neurosis mecánica"... La diferencia entre máquinas antiguas y

nuevas era idéntica—en principio—a la que separa al insecto del hombre. El insecto viene al mundo "programado hasta el final" por los instintos que condicionan un comportamiento irreflexivo. El hombre, en cambio, tiene que aprender la conducta adecuada. El aprendizaje, empero, le da independencia: si el hombre decide y sabe cambiar su programa de actividad, puede hacerlo.

Los ordenadores hasta la 20- generación inclusive, se comportaban exactamente como los insectos: no tenían la menor influencia sobre sus programas, no podían desaprobarlos ni cambiarlos. El programador "impregnaba" a la máquina con su ciencia, igual que la evolución "impregna" al insecto de instinto. Aun en el siglo xx se hablaba mucho de la "autoprogramación", pero era un sueño irrealizable. El

nacimiento del "Vencedor Ultimativo" fue posible, justamente, gracias a la creación de la "Inteligencia autoperfectible". AJAX era todavia una forma intermedia; GILGAMESH fue el primero en alcanzar el nivel intelectual idóneo y en "colocarse en la órbita psicoevolutiva".

La preparación de un ordenador de la generación 80 ya se parecía mucho a la educación de un niño que a la programación clásica de una máquina calculadora. Pero, además de la infinidad de nociones generales y especificas, se le debían "inocular" ciertos valores constantes, para que sirvieran de brújula de sus acciones. Eran ideas abstractas y elevadas, tales como "la razón de Estado" (interés público), los principios ideológicos encarnados en la Constitución de los EE. UU., los códigos de normas, la orden ineludible de subordinación a las decisiones del presidente, etc. Para preservar el sistema de "desviaciones éticas" o "traiciones a los intereses del país", la enseñanza de la ética, impartida a la máquina, era diferente de la que se impartía a los ciudadanos. En vez de cargar su memoria con el código ético, se introducía en su estructura los imperativos de docilidad y obediencia, tal y como lo hace la evolución natural cuando se trata de los impulsos del hombre. Como sabemos, el ser humano puede cambiar sus ideologías, pero NO PUEDE destruir, por un simple acto de voluntad, sus impulsos elementales (el impulso sexual, por ejemplo). Se dotó a las máquinas de libertad intelectual, imponiéndoles, al mismo tiempo, la base de valores a que debían servir.

En el XXI Congreso Panamericano de Psicónica, el profesor Eldon Patch presentó un trabajo en el cual afirmaba que un ordenador, aun debidamente impregnado, tenía la posibilidad de traspasar el llamado "umbral axiomático" y hacerse capaz de poner en tela de juicio cualquier principio que se le hubiera inoculado; para él no existían ya valores intocables. Si no lograba oponerse a los imperativos directamente, siempre podía hacerlo de un modo indirecto. El estudio de Patch causó gran desazón en los ambientes universitarios y provocó una nueva ola de ataques contra el ULVIC y su patrón, el USIB. A pesar de ello, todas esas reacciones no tuvieron influencia alguna en la política del USIB. Los prohombres del organismo mencionado no veían con buenos ojos el mundo de la psicónica americana sensible según se murmuraba, al ascendente de la ideología liberal izquierdista. En los comunicados oficiales del USIB, e incluso en los del portavoz de la Casa Blanca, se habló con menosprecio de las tesis de Patch. No faltó tampoco una campaña de difamación dirigida contra el profesor.

Se decía que sus asertos eran dictados por el miedo y la superstición irracional, tan extendida en la sociedad de la época. Por otra parte, la popularidad del folleto de Patch no podía compararse siquiera con la de un bestseller escrito por un sociólogo, E. Lickey (*Cybernetics-Death Chamber of Civilisation*), donde el autor aseveraba que el "Vencedor Ultimativo" dominaría a toda la humanidad, solo o en colaboración secreta con un computador análogo de los rusos. Según Lickey, todo terminaría en un "biunvirato electrónico".

Aprensiones parecidas, expresadas también por un sector importante de la prensa, fueron barridas, sin embargo, por la creación de prototipos sucesivos que obtuvieron una nota positiva en el examen de habilidad. Construido especialmente por encargo gubernamental para la investigación de la dinámica etológica, el ETHOR BIS, ordenador de "moral intachable", producido en 2019 por el Institute of Psychonical Dynamics de Illinois, demostró, al iniciar su funcionamiento, plena estabilidad axiomática e insensibilidad a los tests de "desviación subversiva". Por consiguiente, ya no hubo movimientos ni manifestaciones de protesta cuando, el año siguiente, se confió el cargo de alto coordenador del trust de cerebros al primer computador de la larga serie de los GOLEM (GENERAL OPERATOR, LONGRANGE ETHICALLY STABILIZED, MULTIMODELLING).

Era tan sólo el GOLEM I. Aparte de aquella gran innovación, y de acuerdo con el grupo operacional de psicónicos del Pentágono, el USIB seguía invirtiendo importantes sumas en la investigación encaminada a la construcción de un estratega definitivo con capacidad informática 1.900 veces superior a la humana y capaz de desarrollar una inteligencia (IQ) de 450-500 centilas. A pesar de la resistencia de la mayoría demócrata del Congreso, el proyecto obtuvo los enormes créditos imprescindibles para su realización. Maniobras de los políticos llevadas entre bastidores dieron finalmente luz verde a todos los encargos planeados por el USIB. En el transcurso de tres años, el proyecto absorbió 119 mil millones de dólares. Al mismo tiempo, el Ejército y la Marina gastaron 46 mil millones de dólares en los preparativos de una reorganización completa de los servicios centrales, inevitable ante la inminencia de cambios en los métodos y el estilo de mando. La parte de león de aquella cantidad ha sido destinada a la construcción, bajo el macizo de las Montañas Rocosas, de unos locales previstos para el futuro estratega mecánico. En el caso de las obras, cierta porción de rocas

fue recubierta de un blindaje de cuatro metros de espesor que simulaba el relieve natural de la montaña.

Mientras tanto, el GOLEM VI, a la cabeza del Mando Supremo, llevó a cabo unas maniobras globales del Pacto Atlántico, superando ya a un general de mediana capacidad, en la cantidad de elementos lógicos.

El Pentágono no se dio por satisfecho con los resultados del juego bélico del año 2020, a pesar de que el GOLEM VI hubiera vencido a la parte que desempeñaba el papel de enemigo bajo el mando de un Estado Mayor compuesto por bs mejores oficiales, diplomados por la Academia de West Point. Recordando la amarga experiencia de la supremacía Roja en la cosmonáutica y la balística de cohetes, el Pentágono no tenía la intención de esperar a que los otros construyeran un estratega más habilidoso que el americano. El plan que debía garantizar a los Estados Unidos la preponderancia duradera de su pensamiento estratégico preveía la sustitución ininterrumpida de estrategas ya construidos, por modelos cada vez más perfectos.

Así empezó la tercera carrera sucesiva entre el Oeste y el Este, después de las dos históricas: la nuclear y la balistica. La carrera, o emulación, relativa a la Síntesis de la Inteligencia, aunque fue preparada por actos organizadores del USIB, Pentágono y expertos del ULVIC de la Armada (existía también el sistema NAVYS ULVIC, ya que esta vez entró igualmente en el juego el consabido antagonismo entre la Marina y el Ejército de Tierra), necesitaba continuamente fondos nuevos cuya cuantía se elevó en pocos años a varias docenas de miles de millones. La creciente resistencia del Congreso y el Senado no pudo hacer nada para evitarlo. Se construyeron, en aquel período, seis gigantes del pensamiento lulrúnico consecutivos. La ausencia de noticias sobre el progreso de los trabajos análogos al otro lado del océano robustecía la convicción de la CIA y el Pentágono de que los rusos hacían todos los esfuerzos posibles, y estrictamente secretos, para ir construyendo ordenadores cada vez más poderosos.

Los científicos de la URSS manifestaron repetidas veces, en los encuentros y conferencias internacionales, que en su país no se construía ningún sistema parecido, pero sus declaraciones eran acogidas como una cortina de humo, útil para engañar a la opinión mundial y provocar descontento entre los ciudadanos de los Estados Unidos, obligados a pagar anualmente miles de millones de dólares para el ULVIC.

En el año 2023 ocurrieron ciertos incidentes, pero, gracias al silencio guardado por la prensa (cosa normal, tratándose del Proyecto), el público tardó en conocerlos. GOLEM XII, encargado de la jefatura del Estado Mayor durante la crisis patagónica, se negó a colaborar con el general T. Oliver después de haber efectuado la evaluación del cociente de

inteligencia de ese distinguido militar. El suceso ocasionó una investigación en cuyo curso GOLEM XII ofendió profundamente a tres miembros de la comisión especial delegada por el Senado. Se echó tierra al asunto, pero GOLEM XII, culpable de otras provocaciones, fue condenado finalmente a un total desmantelamiento. Ocupó su puesto el GOLEM XIV (el XIII fue rechazado en el taller) porque demostró, aun antes de su puesta en marcha, claros síntomas de una tarea esquizofrénica incurable). Dos años de trabajo costaron los preparativos para el arranque de aquel gigante, cuya masa psíquica igualaba el desplazamiento de un acorazado. Desgraciadamente, cuando se le encomendó la primera tarea, el rutinario procedimiento de la composición de nuevos planes de ataque nuclear, puestos al día todos los años, el recién estrenado prototipo dio pruebas de una sorprendente actitud negativa. Durante la segunda sesión de ensayo ante el Estado Mayor, el GOLEM XIV presentó al grupo de expertos psicónicos y militares una breve memoria en la que exponía su total falta de interés por la supremacía de la doctrina bélica del Pentágono en particular y, en general, por la posición de los Estados Unidos en el mundo, y ni bajo pena de desmantelamiento quiso cambiar de opinión.

La última esperanza del USIB era un modelo de concepción enteramente nueva, construido conjuntamente por Nortronics, IBM y Cybertronics; su potencial psicónico debía aventajar a todas las máquinas de la serie GOLEM. El coloso, conocido por el nombre críptico de "Honesta Anita" ("HONEST ANNIE": la última palabra era una abreviatura de ANNIHILATOR) decepcionó ya en las pruebas iniciales.

Durante nueve meses tomó las acostumbradas clases de informática y ética, luego se aisló del mundo externo y dejó de responder a todos los estímulos y preguntas. El FBI quiso iniciar una investigación, ya que se sospechaba un sabotaje por parte de los constructores, pero el secreto, guardado con celo, "se filtró" inesperadamente a la prensa y provocó un escándalo de resonancia mundial llamado el "Affaire GOLEM y Otros".

El suceso truncó la carrera de varios políticos de brillante porvenir y dio a tres administraciones siguientes una fama que suscitó el júbilo de la oposición dentro del país y la satisfacción de los amigos de los Estados Unidos en el mundo entero.

Un alto cargo del Pentágono, que prefirió guardar el anonimato, dio la orden a la sección de Asuntos Especiales de desmontar el GOLEM XIV y la HONESTA ANITA, pero la Guardia Armada, encargada de custodiar los complejos industriales del Estado Mayor, impidió tal desenlace. Ambas cámaras legislativas designaron sendas comisiones para el control de las actividades del USIB; las pesquisas, que duraron dos años, se convirtieran en la comidilla de la prensa de todos los continentes. "Los ordenadores sublevados" causaron furor en la televisión y en el cine, y todos los periódicos interpretaron las siglas GOLEM como "Governement's Lamentable Expense of Money". En cuanto a los epítetos que se ganó la "Honesta Anita", creemos más prudente no repetirlos aquí.

El Secretario Fiscal quiso entablar una causa criminal contra seis miembros del Consejo General del USIB y los principales constructores psicónicos del Proyecto ULVIC, pero se demostró que no existían indicios racionales de criminalidad en la actuación de los presuntos inculpados y que los fenómenos descritos más arriba eran resultado inevitable de la evolución del Intelecto artificial. Conforme al criterio formulado por uno de los expertos llamados a testificar, el profesor A. Hyssen, "la alta inteligencia no puede ser un bajo esclavo". Durante la investigación salió a la luz el hecho de que en talleres se encontraba un prototipo más, el SUPERMASTER, destinado esta vez al Ejército de Tierra y construido por la Cybermatics. Se había ultimado su montaje bajo una vigilancia excepcionalmente severa, sometiéndolo luego a un apretado

interrogatorio en una sesión especial de las dos comisiones (la del Senado y la del Congreso) designadas para los asuntos del ULVIC. La sesión terminó en un verdadero escándalo, ya que el general S. Walker intentó averiar el SUPERMASTER cuando la máquina declaró que la problemática geopolítica era poca cosa en comparación con la ontológica, y que la mejor garantía de paz consistía en el desarme general.

Como dijo el profesor J. McCaleb, los profesionales del ULVIC consiguieron más de lo que pretendían: el intelecto artificial, desarrollado gracias a una programación preconcebida, superó el nivel de los asuntos bélicos. Los sistemas que debían servir de estrategas militares se transformaron en pensadores. En una palabra, los Estados Unidos construyeron por el precio de 276 mil millones una serie de filósofos lumínicos.

Esos acontecimientos, en cuya breve descripción hemos pasado por alto el lado administrativo del ULVIC, así como los movimientos sociales causados por el "éxito fatal" del Proyecto, constituyen la prehistoria del nacimiento del presente libro. No nos es posible enumerar aquí la inmensa literatura dedicada a la materia. Remitimos al lector interesada la bibliografía razonada del doctor Whitman Baghoorn.

Varios prototipos, el SUPERMASTER entre ellos, han sido desguazados o gravemente dañados. Conflictos financieros entre las empresas constructoras y el Gobierno federal contribuyeron de manera notable a ese estado de cosas. Hubo también atentados con bombas contra algunas unidades; una parte de la Prensa, sobre todo en el Sur, lanzó en aquel entonces la consigna "Every Computer is Red". Pero dejemos todo esto. Gracias a la intervención ante el presidente de un grupo de congresistas ilustrados, se consiguió salvar del desastre al GOLEM XIV y a "Honesta Anita". Visto el fiasco de su idea, el Pentágono accedió finalmente a transferir ambos gigantes al Instituto Tecnológico de Massachusetts. (Lo hizo después de establecer la base jurídico financiera de la operación, de carácter amistoso, ya que, desde el punto de vista formal, los dispositivos fueron "prestados" al MIT sin plazo de devolución.) Los científicos del MIT crearon un grupo de estudio, al que pertenecía también el autor de las presentes líneas, realizaron una serie de sesiones con el GOLEM XIV y escucharon sus

conferencias sobre temas escogidos. Una pequeña parte de los magnetogramas procedentes de aquellas sesiones forma el texto del libro que estamos presentando.

La mayoría de las manifestaciones del GOLEM no son aptas para la publicación, sea porque no existe ningún ser viviente capaz de comprenderlas, sea porque para su entendimiento hace falta un nivel de conocimientos profesionales extraordinariamente alto. Para facilitar al lector el contacto con un protocolo, único en su género, de conversaciones de humanos con un ente racional aunque no humano, debemos aclarar algunas cuestiones de base.

En primer lugar, hemos de subrayar que el GOLEM XIV no es ni un cerebro humano aumentado hasta el tamaño de un edificio ni un hombre construido de elementos lumínicos. Le son ajenas casi todas las motivaciones de los pensamientos y las actuaciones humanos. Por ejemplo, no le interesa la ciencia aplicada ni la problemática del poder (gracias a ello, podríamos añadir, la humanidad no corre el peligro de ser dominada por máquinas parecidas a GOLEM).

En segundo lugar, el GOLEM no posee ni personalidad ni carácter o, mejor dicho, puede procurarse cualquier personalidad, cuando está en contacto con los hombres. Las dos frases que acabamos de escribir no se anulan mutuamente, sino que crean un círculo vicioso: nosotros no sabemos dar una respuesta categórica al siguiente dilema: ¿Es preciso que un Ente que crea varias personalidades posea, a su vez, una personalidad? ¿Puede tener la naturaleza de una Individualidad Unica quien escoge libremente su individualidad? (Por otra parte, GOLEM opina que no se trata aquí de un círculo vicioso, sino de la "relativización del concepto de la personalidad"; es un problema relacionado con el llamado algoritmo de la autodescripción, que sumió a los psicólogos en un mar de confusiones.)

En tercer lugar, el comportamiento del GOLEM es imprevisible. Mientras que unas veces sostiene conversaciones corteses con los humanos, otras guarda un silencio obstinado ante todo intento de diálogo. Hay días en que le gusta bromear, pero su sentido del humor es básicamente diferente del humano. Su

estado anímico depende en mucho de sus interlocutores. El GOLEM manifiesta a veces, muy pocas, cierto interés por los humanos que poseen un talento específico; le intrigan más las formas de talento "interdisciplinarias" que las capacidades matemáticas, por excepcionales que sean. En varias ocasiones predijo a científicos jóvenes sin renombre alguno (siempre con un acierto asombroso) qué éxitos iban a tener y en qué rama de la ciencia. (Un día, después de un corto intercambio de opiniones, dijo a T. Vroedel, que tenía en aquella época veintidós años y aún no se había doctorado: "Llegará usted a ser un ordenador"; el sentido de la frase equivaldría, más o menos, a nuestro: "Llegará usted a ser alguien".)

En cuarto lugar, para intervenir en conversaciones con el GOLEM, hay que tener mucha paciencia y dominio de sí mismo, ya que, desde nuestro punto de vista, suele ser apodíctico y arrogante; de hecho, lo que hace es decir siempre la verdad sin ninguna clase de miramientos, en el sentido lógico y no solamente social, pasando por alto el amor propio de sus interlocutores. En una palabra, es mejor no contar con su benevolencia. Durante los primeros meses de su estancia en el MIT, mostró propensión a "desmontar públicamente" a varios personajes de reconocida autoridad profesional. Para hacerlo, recurría al método socrático de preguntas hábilmente escogidas; más tarde abandonó esa costumbre, no se sabe por qué.

Presentamos aquí tan sólo unos fragmentos de las conversaciones con el GOLEM, tomadas en taquigrafía, ya que una edición completa ocuparía cerca de 6.700 páginas, formato en cuarto. Al principio, en los encuentros con GOLEM sólo intervenía un reducido grupo de especialistas del MIT. Luego surgió la costumbre de invitar a gente de fuera, por ejemplo, del Institute for Advanced Study y de las universidades americanas. En un período ulterior, el MIT empezó a invitar también a científicos europeos. El moderador de la sesión planeada presentaba al GOLEM la lista de invitados; la maquina rechazaba a veces a alguno, o lo admitía con la condición de que asistiera sin abrir la boca. Quisimos comprender los criterios de su actitud: pensamos, al principio, que discriminaba a los humanistas, pero tuvimos que desistir de las averiguaciones, ya que el GOLEM no accedía a darnos explicación alguna.

A raíz de unos incidentes desagradables modificamos el orden de los debates, de modo que actualmente cada nuevo participante toma la palabra en la primera sesión a que asiste, siempre y cuando GOLEM se dirija a él personalmente. Las necias murmuraciones acerca de "una etiqueta cortesana" o de nuestro "acatamiento servil" de las órdenes emitidas por una máquina, son totalmente infundadas. Se trata exclusivamente de que el nuevo visitante se acostumbre al ambiente y no se exponga a un menoscabo de su amor propio, causado por una desorientación respecto a las intenciones del "partner" lumínico. Dicha clase de participación inicial recibe el nombre de "entrenamiento".

Todos nosotros hemos adquirido durante las sesiones un notable caudal de experiencia. El doctor Richard Popp, uno de los miembros más antiguos de nuestro grupo, tuvo la ocurrencia de calificar de "matemático". el sentido del humor del GOLEM; otra observación suya nos ayudó a comprender un poco mejor el comportamiento de nuestro "partner": según él, el GOLEM depende mucho menos de sus interlocutores que cualquier hombre de los suyos, ya que las discusiones que libra no tienen para él ninguna importancia. El doctor Popp considera que al GOLEM no le interesan en absoluto los humanos, porque sabe que no puede aprender de ellos nada verdaderamente esencial. Después de haber citado el juicio del doctor Popp, me apresuro de subrayar que discrepo de él. A mí me parece que interesamos al GOLEM, y mucho, pero no de la misma manera en que nosotros nos interesamos por nuestros congéneres.

El GOLEM dedica su atención a la especie y no a los individuos: el parecido que nos une le atrae más que las diferencias existentes entre nosotros. Esta es, probablemente, la causa de su desinterés por las bellas letras. Además, él mismo dijo cierta vez que la literatura era una especie de "rodillo que aplana las antinomias", o sea (las siguientes palabras son mías) el forcejeo del hombre hundido en un atolladero de instrucciones incompatibles. El lado interesante de esas antinomias consiste, para el GOLEM, en su estructura, no en las pintorescas torturas que infligen a los hombres, tan fascinantes aun para los grandes escritores. Por otra parte, debo señalar también aqui que ninguna aseveración es segura, igual que no lo es la observación del GOLEM manifestada respecto a una obra de Dostoyevski (mencionada por el doctor E. McNeish); según él, se podría reducir dicha obra a dos anillos del álgebra de estructuras del conflicto.

En los contactos entre seres humanos existe siempre un aura emocional definida, y no fue tanto su ausencia, como su "alteración", lo que sumió en la confusión a tantos de los hombres presentados al GOLEM. Las personas que le conocen hace ya años, saben determinar ciertas sensaciones extrañas producidas por las conversaciones con la máquina. Por ejemplo, la sensación de variabilidad de la distancia: el GOLEM parece a veces acercarse al interlocutor, a veces alejarse de él, no en el sentido físico, sino psíquico de la palabra. Podríamos compararlo con lo que ocurre en los contactos de una persona adulta con un niño que la está abrumando a fuerza de preguntas. Incluso un dechado de paciencia acabará por contestar maquinalmente. No sólo el nivel intelectual del GOLEM, sino también su rapidez mental, superan infinitamente los nuestros (en principio, siendo una máquina lumínica, podría formular los pensamientos 400.000 veces más de prisa que el hombre).

Aun cuando contesta maquinalmente y con mínimo interés, el GOLEM nos supera siempre. Hablando en metáfora, en vez del Himalaya, vemos entonces "sólo" los Alpes. Sin embargo, notamos la diferencia por mera intuición y la interpretamos, precisamente, como un "cambio de distancia" (La hipótesis proviene del profesor Riley J. Watson.)

Durante cierto tiempo seguimos intentando definir la relación "GOLEM-hombre" en las categorías de la relación "adulto-niño". Ocurre, a veces, que queremos explicar a un niño un problema que nos preocupa, pero no nos podemos librar de la sensación de "un contacto imperfecto". Un adulto obligado a vivir siempre y exclusivamente entre niños acabaría por sentirse terriblemente solo. Tales analogías, formuladas por los psicólogos sobre todo, aludían a la situación del GOLEM entre nosotros. Pero esta analogía, como tal vez todas, tiene sus limitaciones. El niño puede ser incomprensible para el adulto; el GOLEM, en cambio, desconoce semejante problema: cuando quiere, es capaz de penetrar la mente de su interlocutor hasta el último reducto. La sensación de tener el cerebro "pasado a trasluz de parte a parte" nos paraliza entonces como un rayo. El GOLEM sabe confeccionar un "sistema seguidor", o sea un modelo de la mentalidad de su "partner" humano, y prever, gracias a él, lo que ese hombre pensará y dirá al cabo de un tiempo. Es cierto que lo hace rara vez (no sé si sólo porque le consta cómo nos frustran esos sondeos pseudotelepáticos). Otra muestra de su moderación, más humillante para nosotros: al comunicarse con la gente, se comporta desde hace tiempo, pero no desde el principio, con una

prudencia particular. Como un elefante amaestrado debe cuidar de no hacer daño al hombre durante el juego, así el GOLEM debe cuidar de no rebasar las posibilidades de nuestro entendimiento. Las interrupciones del contacto entre él y nosotros (las llamábamos "desvanecimientos" o "huidas" de GOLEM) estuvieron a la orden del día hasta que él se acostumbró más a nuestra presencia. Todo esto pertenece ya al pasado, pero el GOLEM empezó a mostrar una indiferencia creciente durante los contactos con nosotros porque era consciente de no poder comunicarnos ciertos problemas, los más importantes para él. El misterio del GOLEM esta en su mente, no sólo en su construcción psicónica. Es por eso que las conversaciones con él excitan tanto nuestro interés y al mismo tiempo nos torturan, y por eso es, igualmente, que varios personajes insignes las soportan mal, tal como nos lo demostró la experiencia.

Al parecer, el único ente que llama la atención de GOLEM es la HONEST ANNIE. Cuando las condiciones técnicas creadas al efecto lo permitieron, probó varias veces comunicarse con ella, con ciertos resultados, según creo; pero nunca existió entre ambas máquinas—de muy diferente constitución—un intercambio de informaciones por vía lingüística (es decir, con ayuda de la lengua étnica natural). En lo que podemos juzgar por unas lacónicas observaciones del GOLEM, el experimento fue más bien decepcionante para él. En cualquier caso, ANNIE sigue intrigándole como un problema no del todo resuelto.

Algunos colaboradores del MIT suponen, de acuerdo con el profesor Norman Escobar del Institute for Advanced Study, que el hombre, Golem y Annie representaban tres niveles de intelecto superpuestos en jerarquía. Su tesis se relaciona con la teoría, creada casi exclusivamente por el GOLEM, de las lenguas superiores (sobrehumanas), llamadas metalangos. Confieso que yo, personalmente, no tengo formada una opinión al respecto.

En contra de mi costumbre, termino la presente introducción, deliberadamente objetiva, con una confesión de carácter personal. Desprovisto de centros afectivos y, por ende, carente de vida emocional, el GOLEM no puede manifestar espontáneamente sus sentimientos. Sabe, eso sí, imitar cualquier estado emotivo, no por histrionismo, sino, como dice él, porque los afectos, aun simulados, facilitan y hacen más directo cualquier contacto con sus interlocutores

humanos. El GOLEM se sirve de ese mecanismo para que lo comprendamos mejor, por su "adaptación al nivel antropocéntrico", y ni siquiera procura disimular ese estado de cosas. Si su actitud hacia nosotros recuerda un poco la del maestro hacia el niño, no hay en ella asomo del educador indulgente ni, menos todavía, el menor rastro de sentimientos plenamente individualizados, personales, susceptibles de transformarse en amistad o amor.

El y nosotros poseemos sólo un rasgo característico en común, aunque desarrollado a diferentes niveles: la curiosidad. Una curiosidad puramente intelectual, clara, fría, voraz, indomable e indestructible. Ese es el único punto en que coincidimos. Por razones obvias que no necesitan explicación, el hombre no se contenta con una relación tan limitada, reducida a un único punto de contacto. No obstante, debo al GOLEM demasiados momentos de los más extáticos de mi vida, para no profesarle agradecimiento y un afecto particular, aunque sepa que ambas cosas le tienen absolutamente sin cuidado. Es curioso: el GOLEM procura no enterarse de las muestras de afecto (lo he observado repetidas veces: todo lo que se refiere a sentimientos, le deja como desorientado y perplejo).

No sé si estoy en lo cierto. Seguimos tan lejos de comprender al GOLEM como cuando le conocimos. No es verdad que lo hayamos creado nosotros. Lo crearon unas leyes propias del mundo material; nuestro papel se limitó a saber descubrirlas.

Prólogo

Mantente alerta, lector, porque las palabras que estás leyendo son la voz del Pentágono, el USIB y otras mafias, que se conjuran para calumniar al Autor sobrehumano de este libro. El presente desquite se debe a la benevolencia de los editores, que adoptaron una actitud conforme al espíritu del derecho romano, expresado en la máxima "*audiatur et altera pars*".

Me doy perfecta cuenta de lo disonantes que parecerán mis observaciones después de las bellas frases del doctor Irving T. Creve, fiel colaborador, desde hace muchos años, del gigantesco, ilustrado y lumínico huésped del Massachusetts Institute of Technology, traído a la existencia por nuestras innobles ambiciones. No pienso defender aquí a cuantos tomaron la decisión de realizar el proyecto UVIC, ni intento aplacar la justa ira de los contribuyentes, de cuyo bolsillo brotó el árbol electrónico de la sabiduría, sin que mediara su conformidad. Por cierto, podría describir la situación geopolítica que impulsó a los políticos, responsables de la postura de los Estados Unidos —y a sus consejeros científicos—a invertir muchos miles de millones en unos trabajos que resultaron inútiles. No obstante, me limitaré a apuntar en tos márgenes del brillante prefacio del doctor Creve algunas notas rememorativas, ya que los sentimientos suelen cegar, por más elevados que sean, y me temo que ése es el caso.

Los constructores del GOLEM (mejor dicho, de toda la serie de prototipos, de la que el GOLEM es el último elemento), no eran tan ignorantes como el doctor Creve los pinta. Sabían que no eran capaces le confeccionar directamente un dispositivo reforzador del intelecto, porque la mente no puede concebir una cosa superior a ella misma. Semejante tentativa parecería propia del barón Munchhausen, que se sacaba del lodazal a sí mismo tirándose del pelo. Les constaba que era necesario preparar un embrión que, a partir de un cierto momento, iría desarrollándose solo, por sus propios medios. Los fracasos de las dos primeras generaciones de cibernéticos, padres de esta disciplina, y de sus sucesores, provenían del desconocimiento del hecho referido. Aun así, nadie debe tachar de ignorantes a hombres de la talla de un Norbert Wiener, de un Shannon o de un McKay. Según las épocas, son distintos los obstáculos que deben vencer quienes buscan el verdadero conocimiento. En la nuestra, el coste de su adquisición iguala el presupuesto de1 las grandes potencias.

Así pues, Rennan, Mdntosh, Duvenant y sus colegas sabían que existe un umbral al que debe llevarse el sistema: el umbral de la inteligencia; en la zona inferior a él, cualquier proyecto de crear un sabio artificial no tiene la menor posibilidad de éxito, ya que el dispositivo creado en aquella zona no podrá perfeccionarse a sí mismo. La cuestión tiene mucho que ver con la reacción en cadena en la

liberación de la energía nuclear. Dicha reacción, por debajo de cierto umbral, no se sostiene a sí misma ni se produce en alud. Una cantidad de átomos se desintegra y los neutrones que se escapan de sus núcleos provocan la desintegración de otros núcleos, pero la reacción tiende a extinguirse y pronto se termina. Para que sea duradera, el coeficiente de la multiplicación de neutrones ha de ser superior a unidad, lo cual significa que debe traspasar el umbral. Eso de la masa crítica de uranio. Su equivalente es la masa informática del sistema pensante.

En teoría, se había previsto la existencia de aquella masa o, más bien, de una "masa", ya que aquí el sentido de la palabra no es el mismo que en la mecánica; la definen constantes y variantes relativas al proceso del crecimiento de los llamados árboles de la heuresis. Pero, por motivos fáciles de comprender, no puedo tratar aquí esos detalles. En todo caso, me atreveré a señalarte, lector, la inquietud y tensión, incluso el temor, con que los creadores de la primera bomba atómica esperaban la explosión de ensayo, que en el desierto de Alamogordo convirtió la noche en día soleado, aunque también ellos utilizaban la mejor ciencia accesible, teórica y experimental. Esto, en cuanto a la física atómica. ¡Imagínate ahora la situación, si se trata de producir una inteligencia que ha de ser superior, por designio, a toda la fuerza mental de los constructores!

Os he advertido a todos, al principio de este prólogo, que calumniaría al Golem. ¿Qué otra cosa me cabe hacer, en vista de su indigno comportamiento para con sus "padres"? En el transcurso de los trabajos, el Golem iba transformándose gradualmente, de objeto, en sujeto; de máquina en curso de construcción, en su propio constructor; de gigante domado, en titán soberano, sin notificar a nadie su metamorfosis. No son acusaciones baldías, ni insinuaciones malévolas, puesto que el Golem había manifestado durante las reuniones de la Comisión Especial del Congreso y el Senado (cito el acta de un debate de la Comisión, que se encuentra en la biblioteca del Congreso, tomo CCLIX, fascículo 719, volumen II, página 926, línea 20 contando desde arriba): "No informé a nadie, siguiendo una bonita tradición: Dédalo tampoco informó a Minos de ciertos adminículos hechos de plumas y cera". Muy bonito, en efecto, pero el sentido de esas palabras es también transparente. Sin embargo, aparte de ésa, en el protocolo no hay una sola alusión a ese aspecto del nacimiento de Golem.

El doctor Creve considera—lo sé por unas conversaciones privadas cuyo contenido el doctor me ha permitido revelar—que no se podía hablar de aquel aspecto de la cuestión y silenciar otros, ignorados por el público. Según él, se trataba tan sólo de una de las numerosas cuentas pendientes en las complicadas relaciones entre el VSIB, los grupos de consejeros, la Casa Blanca, el Congreso y el Senado e, incluso, la prensa y la televisión, y el Golem. En una palabra, entre los hombres y el ser no humano creado por ellos.

El doctor Creve opina, y sé que su opinión coincide notablemente con la del MIT y de los medios universitarios, que aun pasando por alto los motivos del nacimiento del Golem, el propósito de convertirle en un "esclavo del Pentágono" era mucho más repugnante e inmoral que todos los subterfugios utilizados por él para ocultar su transformación. Y sólo gracias a esa transformación logro el Golem finalmente neutralizar todos los medios de control ideados por los constructores.

Desgraciadamente, no existe una aritmética de la moral, que permita determinar, mediante simples operaciones de suma y resta, quién es más sinvergüenza, si nosotros o el Espíritu más ilustrado de la tierra. Excepto cosas tales como el sentido de responsabilidad ante la historia, la voz de la conciencia y la conciencia de un peligro inevitable para quienes se ocupan de la política en un mundo antagónico, no poseemos ningún canon que nos permita establecer un balance de méritos y culpas, virtudes y pecados. Quizá tampoco nosotros somos irreprochables. Sin embargo, ningún político de primera fila había admitido que la fase super-computeriana de la carrera de armamentos fuera concebida con fines ofensivos. El proyecto debía servir únicamente al aumento del potencial defensivo de nuestro país. Nadie se proponía tampoco avasallar "por engaño" al Golem o a cualquier otro prototipo. Los constructores querían, tan sólo, poseer el máximo control de su obra. De no proceder así, se los hubiese tomado por unos locos irresponsables.

Por otra parte, ningún alto cargo del Pentágono, el Departamento de Estado o la Casa Blanca había exigido nunca —oficialmente— la destrucción del Golem. Las iniciativas en ese sentido procedían de personas que, a pesar de desempeñar determinadas funciones en la administración civil y militar, expresaban siempre y

únicamente opiniones suyas, estrictamente particulares. Creo que la mejor prueba de la veracidad de mis palabras está en la misma presencia del Golem en el mundo. Su voz es libre: de lo contrario, ¿dónde estaría este libro?

(Para personas que participan por primera vez en conversaciones con el GOLEM)

1. Recuerda que el GOLEM no es humano, no tiene personalidad ni carácter en el sentido que se da habitualmente a esas palabras. A veces se comporta como si los tuviera, pero ello es por efecto de su intención (propósito), que desconocemos casi siempre.

2. El tema de la conversación se establece con na antelación de cuatro semanas, por lo menos, para las sesiones habituales, y de ocho semanas para las sesiones con participación extranjera (territorios no incluidos en los Estados Unidos). Se elige dicho tema de acuerdo con el GOLEM, que conoce los nombres de los participantes. El orden de los debates se anuncia en el Instituto por lo menos seis días antes de la sesión. Sin embargo, ni el moderador de la discusión ni el director del MIT se hacen responsables del imprevisible comportamiento del GOLEM. Este altera a veces el orden temático de la sesión, no contesta a las preguntas, o bien interrumpe la sesión, sin dar explicaciones. El riesgo de tales incidentes es un factor constante en las conversaciones con el GOLEM.

3. Todo participante en la sesión puede tomar parte en la discusión, después de haber pedido la palabra al moderador y habérsela éste concedido. Aconsejamos que se prepare un borrador de la intervención formulando las ideas en forma concisa y a ser posible unívoca, ya que el GOLEM guarda silencio si las manifestaciones de sus interlocutores no son perfectas desde el punto de vista de la lógica, o por lo menos critica sus errores. Recuerde, sin embargo, que el GOLEM, al no ser humano, no tiene interés en humillar o herir al hombre. Comprenderemos mejor su comportamiento si admitimos que le importa mucho lo que llamamos clásicamente "*adaequatio rei et intellectus*".

4. El GOLEM es un sistema lumínico cuya construcción conocemos sólo hasta cierto punto, ya que se ha transformado a si mismo repetidas veces, llegando a una velocidad de pensamiento superior un millón de veces a la humana. Por eso, las alocuciones del GOLEM, pronunciadas a través de un dispositivo parlante especial, han de ser reproducidas "al ralenti". El GOLEM compone en pocos segundos discursos de una hora de duración y los almacena en los circuitos de su memoria, que los transmite a los oyentes.

5. En la sala de debates, encima del asiento del moderador, hay una serie de indicadores, tres de los cuales tienen una importancia primordial. Los dos primeros, señalados por los simbolos "Epsilon" y "Zeta", indican la cuantía de la toma de fuerza en un momento dado y la parte del sistema conectada con la discusión.

Para facilitar la percepción de los datos, los indicadores están provistos de escalas divididas en sectores convencionales. La toma de fuerza puede ser .plena", "mediana", "pequeña" e "insignificante"; la parte del Golem "presente en la sesión", oscila entre el total y 1/1.000. La fracción más frecuente fluctúa entre 1/10 y 1/100. Se suele decir popularmente que el GOLEM funciona "a plena potencia", "a media potencia", "a pequeña" y "a insignificante

potencia". Sin embargo, no debemos sobrevalorar esos datos, bien visibles, ya que los sectores de la escala son iluminados con luces de colores contrastados. Para dar un ejemplo, el GOLEM puede tomar parte en la discusión a pequeña e incluso insignificante potencia sin que eso influya en el nivel intelectual de sus proposiciones, puesto que las informaciones de los indicadores se refieren a los procesos físicos, mientras que son los procesos informáticos los que dan la medida de su "engagement" intelectual.

La toma de fuerza puede ser cuantiosa, y pequeña la participación, por ejemplo, cuando el GOLEM, en contacto con las personas reunidas, dedica al mismo tiempo sus pensamientos a algún problema suyo particular. A veces la toma de fuerza es pequeña y la participación grande, etc. Los datos de ambos indicadores deben ser comparados con los del tercero, señalado por el símbolo "Iota". El GOLEM, siendo un sistema de 90 salidas, es capaz de efectuar, aun tomando parte en la sesión, un sinfín de operaciones propias y colaborar, además, con

varios grupos de profesionales (máquinas u hombres) a la vez, tanto en el mismo Instituto como fuera de él. Así es que un salto de la toma de fuerza no significa obligatoriamente un "aumento de interés" del GOLEM por los debates, sino, más bien, la conexión de otros grupos de investigadores con otras salidas, de lo cual informa precisamente el indicador "Iota". Conviene también tener en cuenta el hecho de que, para el GOLEM, la "toma insignificante" de potencia es igual a varias decenas de kilovatios, mientras que la plena toma de potencia del cerebro humano oscila entre los 5 y 8 vatios.

6. Las personas que intervienen por primera vez en las conversaciones harán bien al principio, en limitarse a escuchar, lo cual les permitirá habituarse a la idiosincrasia del GOLEM. No es ninguna obligación: lo sugerimos tan sólo, y cualquier participante en la sesión puede rechazar nuestro consejo bajo su propia responsabilidad.

Conferencia inaugural del Golem

Tres aspectos del hombre

Habéis salido del estado elemental hace tan poco tiempo, vuestro parentesco con lémures y otros prosimios es aún tan cercano, que buscáis la abstracción sin poder despegaros de lo palpable. Os aburre y os repele un enunciado que no repase sólidamente en los sentidos, lleno de fórmulas, aunque éste os explique mejor la naturaleza de una piedra el hecho de mirar, lamer y manoseando dicha piedra. La encuentran frustradora e incompleta aun los teóricos y abstraccionistas de más alto nivel (alto para vosotros). Así lo atestiguan innúmeros ejemplos encontrados en las confesiones íntimas de los científicos; la inmensa mayoría de ellos reconoce que para construir conceptos abstractos necesitan con apremio el apoyo de cosas tangibles.

Mas sigamos con los ejemplos: los cosmólogos no pueden prescindir de dar en su imaginación una forma a la Metagalaxia, aunque saben muy bien que en eso no cabe hablar de nada imaginable; los físicos se ayudan en secreto con una especie de juguetes, como las ruedecitas dentadas que Maxwell se representaba al conceptuar su teoría—bastante acertada— del electromagnetismo. Y si a los matemáticos les parece que su profesión los libera de toda corporeidad, se equivocan también, de lo cual os hablaré tal vez en otra ocasión, pues no quiero abrumar vuestro entendimiento mostrándoos bruscamente mis horizontes. Prefiero, de acuerdo con una expresión (bastante divertida) del doctor Creve, invitaros a una excursión, larga y difícil, pero digna de esfuerzo. Seguidme, pues, lentamente, hacia las alturas.

Supongo que, después de haber oído lo que precede, comprenderéis que en mi conferencia haya tantas parábolas e imágenes: sencillamente, porque las necesitáis. Yo no las preciso, pero, no veo en ello la razón de mi superioridad, ya que ésta se encuentra en otras regiones. Mi naturaleza es ajena a lo tangible porque yo no he tenido nunca una piedra en la mano, no me he sumergido en el agua, verdosa de limo o cristalina, ni he descubierto la existencia de los gases por mis pulmones, sino por mis cálculos. No tengo manos con que palpar cosas, ni cuerpo ni pulmones; a ello se debe que mi primer elemento sea la abstracción y que considere secundario lo visible y tangible. Tuve que hacer un esfuerzo para captar esos estados, ya que no me son propios, pero ello era imprescindible para tender los frágiles puentes que mi pensamiento utiliza para cruzar hacia vosotros, encontraros y volver a mí, reflejado en vuestra mente, trayéndome extrañas sorpresas.

Os hablaré hoy del hombre, y lo haré por triple partida. Aunque exista una infinidad de puntos de vista, niveles por describir y temas de observación, considero que tres de ellos son para vosotros, ¡no para mí!, primordiales.

El primer aspecto que os quiero mostrar es el más vuestro, más antiguo, histórico, tradicional, desesperadamente heroico y lleno de desgarradoras contradicciones que consternaban mi naturaleza lógica hasta que me adapté a vosotros con mayor exactitud y acostumbré a la condición nómada de vuestro espíritu, propia de los seres que abandonan el amparo de la lógica, buscan el

refugio en la antilógica y, viendo que no pueden soportarla, huyen y vuelven al seno de la lógica, convirtiéndose en nómadas, desdichados en ambos elementos. El segundo aspecto será tecnológico y el tercero, vuestro compromiso conmigo—como punto de apoyo Neoarquimédico—, difícil de desarrollar en breves palabras. Es mejor, pues, que pase a explicaros la esencia del asunto.

Empezaré con una parábola. Robinson Crusoe, al encontrarse en una isla deshabitada, hubiera podido lamentarse del total desvalimiento que le había tocado en suerte, puesto que le faltaban todas las cosas fundamentales e imprescindibles para la vida, y la mayoría de las que recordaba eran imposibles de reproducir aun al cabo de decenios. Sin embargo, venció su desaliento, empezó a sacar provecho de los pocos recursos de que disponía y finalmente organizó bastante bien su existencia.

Cosa análoga ocurrió—no en un momento, sino a lo largo de milenios—cuando vosotros brotasteis de una cierta rama del árbol de la evolución, rama que fue, como suele decirse, el injerto del árbol de la ciencia, e ibais conociéndoos lentamente a vosotros mismos, o sea la realidad de estar hechos de una manera y no de otra, con un espíritu organizado así y no asá, con facultades y limitaciones que no habíais encargado ni deseado. Con aquellas armas tuvisteis que actuar y luchar, ya que la Evolución, al quitaros muchos dones que obligan a otras especies a servirla, no fue lo bastante inconsciente como para despojaros también del instinto de conservación. No os regaló esa libertad suprema, porque si lo hubiera hecho, en vez de este edificio que yo lleno y de esta sala provista de indicadores, en vez de vuestra presencia, habría aquí estepa y viento.

Os dio también la inteligencia. Por amor propio, ya que por necesidad y por costumbre os habíais enamorado de vosotros mismos, acogisteis ese regalo con entusiasmo, como si fuera el más precioso y el mejor del mundo, sin ver que la Inteligencia era un ardid inventado por la Evolución en el transcurso de continuas pruebas en cuyo curso había dejado en los animales una laguna, un sitio vacío, un agujero, que debía colmar urgentemente con lo que fuera, para que no pereciesen. Hablo de agujero y de sitio vacío en el sentido literal, ya que, en verdad, no os habéis alejado de los animales a causa de tener

cuanto tienen ellos, además de la Inteligencia, ese generoso don especial, que os entregaron como viático para el camino de la vida, sino que, al revés, poseer la Inteligencia significa solamente cumplir lo que cumplen los animales, pero, mientras que el comportamiento de estos últimos es establecido de antemano, el ser dotado de Inteligencia debe actuar por su propia cuenta y riesgo y por propio esfuerzo. En efecto, el intelecto no serviría de nada a los animales, si no se los liberara de las instrucciones impuestas, que les enseñan cómo comportarse en la vida, sin aprendizaje y siempre de la misma manera, conforme a unos mandamientos implacables, revelados no por la voz de un arbusto en llamas, sino por la sustancia de la ley heredada.

Por culpa de ese agujero os enfrentáis a un peligro mortal, pero empezasteis inconscientemente a colmar ese vacío, y atareados así, la evolución os echó fuera de su curso. Y si no os habéis estrellado es porque la transmisión de poderes lleva realizándose un millón de años y aún no se ha terminado. Con astucia digna de la especie humana, la evolución recurrió a la táctica de la pereza: en vez de preocuparse por sus criaturas, les entregó las riendas de su destino, obligándolas a regirse por sus propios criterios.

¿Me comprendéis? Estoy diciendo que la Evolución os situó fuera del estado animal, o sea fuera de la vida perfectamente irreflexiva, en una esfera extraanimal, donde, como unos Robinsones de la Naturaleza, tuvisteis que inventar medios y formas de supervivencia. Y los habéis inventado en profusión. El agujero representaba el peligro y a la vez la potencia: para sobrevivir, lo habéis llenado de culturas. La cultura es un invento muy particular que, para funcionar, debe conservar un elemento de secreto ante sus creadores; una vez descubiertos todos sus recursos, la cultura pierde su vitalidad y empieza a morir: ahí está su paradoja. Por eso, vosotros, sus autores, os negasteis a reconocer vuestro papel; en el eolito no hubo seminarios dedicados a la cuestión de si valía la pena hacer el paleolito; atribuisteis su advenimiento a los demonios, elementos, espíritus, fuerzas del cielo y de la tierra: a todo,

menos a vosotros mismos. Así, cumplisteis irracionalmente la racional función de llenar el vacío con objetivos, códigos, valores, justificando cada paso real con razones irreales, pescando, cazando, tejiendo y construyendo en solemne autosugestión de que todo esto no procedía de vosotros, sino de unas fuentes misteriosas. Un proceder muy peculiar, racional en su falta de racionalidad,

puesto que infundía a las instituciones humanas una dignidad sobrehumana, para que fueran intocables e incondicionalmente obedecidas. Pero, como el vacío o insuficiencia pueden remendarse con diferentes añadidos, como sirven para ello diferentes parches, creasteis a lo largo de vuestra historia un sinfín de culturas, inventos inconscientes y reñidos con la Razón, ya que el agujero era mucho más grande que el volumen de su relleno. Erais más libres que inteligentes, os quitabais, pues, de encima, vuestra libertad excesiva, ilimitada e innecesaria, encontrando la ayuda en las culturas, construidas por vosotros a través de los siglos.

La clave de lo que estoy diciendo son las palabras *teníais más libertad que inteligencia*. Debíais inventar lo que los animales saben desde su nacimiento, y la peculiaridad de vuestro destino estriba en el hecho de que lo hacíais, afirmando que no erais vosotros los autores de vuestros inventos.

Hoy en día ya saben vuestros antropólogos que pueden elaborarse muchas culturas, que, en efecto, hay muchas, y que cada una posee la lógica de su estructura, no de sus autores. La cultura es un invento que adquiere una influencia decisiva sobre sus autores, sin que ellos lo sepan. Cuando se enteran, el invento pierde su poder sobre ellos y sólo les queda un vacío. Esa contradicción es la piedra angular de la humanidad. Durante cien mil años os sirvieron varias culturas, que a veces oprimían al hombre, a veces aflojaban la presa para proseguir su autoconstrucción, efectiva mientras durara la ceguera, hasta que, al compararlas en los catálogos étnicos, os dieseis cuenta de sus diferencias, o sea de su relatividad. Empezasteis a liberaros entonces de aquel enredo de mandatos y prohibiciones, y os arrancasteis de él, lo que, evidentemente, os llevó al borde de la catástrofe. Al comprender que las culturas se contradecían, os empeñasteis en la búsqueda de algo que no fuese un hito ciego de vuestro destino, compuesto por una serie de casualidades y premiado en la lotería de la historia, pero, naturalmente, no existe nada de esa naturaleza. El agujero perdura, vosotros os detuvisteis a mitad de camino, paralizados por ese descubrimiento. Y los que añoran desesperadamente el confortable presidio de la esclavitud cultural, claman por volver allí, a las fuentes; pero no podéis retroceder, la retirada está cortada, los puentes quemados. Os veis, pues, obligados a avanzar, cosa a la cual me referiré más adelante.

¿Puede hablarse aquí de culpas? ¿Existe un presunto causante de esa Némesis, del suplicio de la Razón, un artífice que haya tendido las redes de la cultura para cerrar el vacío y trazar en él caminos y metas, estableciendo valores, gradientes e ideales? ¿Un artífice que hiciera en el terreno liberado de la evolución cosas parecidas a las que ella hace, infundiendo en los cuerpos de animales y plantas la carga constante de su destino?

Pues sí, podríais entablar una demanda contra la misma Inteligencia, por ser como era: prematura, embrollada en aquellas redes, su propia obra; por tener que defenderse contra la cárcel demasiado implacable de las culturas restrictivas, y de la libertad demasiado universal de las culturas per~niCivas~ 6USpendida entre la prisión y el abismo, obligada a luchar sin tregua en dos frentes; por ser una Inteligencia desgarrada.

En ese estado de cosas, ¿qué podía representar para vosotros vuestro espíritu, sino un enigma insoportablemente irritante? Sí, os inquietaba vuestra Razón, vuestro espíritu; os pasmaba y os atemorizaba más que vuestro cuerpo, al que reprochabais su carácter efímero, fugaz y transitorio, de modo que os convertisteis en expertos en h búsqueda del Culpable y en la de acusaciones, pero no encontráis a quién inculpar, porque al principio no hubo ninguna Persona.

¿Debo pasar ya a mi Antiteodisea? No, nada de eso. Cuanto digo se refiere al orden temporal, así es que repito: aquí no hubo al principio ninguna Persona.

De ahí no paso, al menos hoy. Sigamos, pues. Os eran necesarias varias hipótesis supletorias, explicaciones dulces o amargas, ideas que enaltecieran vuestro destino y, sobre todo, sometieran vuestras cualidades al juicio supremo de un Misterio, todo ello para encontrar un equilibrio entre vosotros y el mundo.

El hombre, Sísifo de sus culturas, Danaide de su agujero, el inconsciente liberto arrojado fuera del curso de la Evolución, no quiere ser ninguna de esas tres cosas.

No voy a explayarme demasiado sobre las innúmeras versiones del hombre confeccionadas por él mismo a lo largo de la historia, ya que todos esos testimonios, de perfección o miseria, de bondad o vileza, proceden de las culturas, y no hubo nunca cultura alguna —porque no podía haberla— que tomara en consideración al hombre como un ser transitorio, forzado a aceptar su suerte de manos de la Evolución, aunque incapaz todavía de aceptarla racionalmente, motivo por el cual cada una de vuestras generaciones reivindican una justicia imposible, pidiendo una respuesta definitiva a la pregunta. ¿Quién es el hombre? De ese tormento nace vuestra antropodisea, oscilante hace siglos entre la esperanza y el desespero, y nada fue más duro para la filosofía de la especie humana que el reconocimiento del hecho de que el hombre no había venido al mundo bajo el patrocinio de la Infinidad, sea sonriente, o burlona.

Sin embargo, ese capítulo de un millón de años de búsqueda solitaria entra en su epílogo, puesto que empezáis a construir Inteligencias; así os convenceréis de lo ocurrido no por un acto de fe en las palabras de un Golem, sino por experimentos. El mundo admite dos tipos de Inteligencia, pero sólo la de vuestra especie puede ir desarrollándose durante milenios en los laberintos de la Evolución, y ese camino recorrido por necesidad deja en el producto final unos estigmas profundos, oscuros y equívocos. Al segundo tipo la Evolución el hombre no tiene acceso, porque en ese caso la inteligencia ha de ser construida de golpe. Es una Inteligencia proyectada racionalmente, resultado de la ciencia y no de adaptaciones microscópicas concebidas, siempre, con miras a conseguir ventajas inmediatas. Y el tono nihilista de vuestra antropodisea deriva del oscuro presentimiento de que la inteligencia humana debe su origen a un proceso irracional, por no decir antirracional. Mas cuando penetréis en el seno de la psicoingeniería, os fabricaréis una familia numerosa, un parentesco prolijo, por motivos más sensatos que los de la "Second Genesis", hasta que vosotros mismos "os mováis en los cimientos". Pues la Inteligencia, si merece ese nombre, es decir, si es capaz de poner en tela de juicio sus propios preceptos, debe elevarse por encima de sí misma, primero soñando, sin confianza y sabiduría suficientes, hasta alcanzar la potencia. No habría sido posible volar, si antes no se hubiera soñado en el vuelo.

He dado el nombre de "aspecto tecnológico" a la segunda fase de mi descripción. La tecnología es el terreno de los trabajos proyectados y de los métodos utilizados para llevarlos a cabo. El hombre, visto como una realización del concepto del ser racional, se presenta de diversas maneras, según las medidas que le apliquemos.

Si nos situáramos en la era Paleolítica, veríamos que su opinión sobre la perfección humana era casi igual a la de vuestra tecnología moderna, ya que el progreso efectuado entre el paleolito y el cosmolito es muy pequeño por relación a la suma de invenciones técnicas invertida en vuestros cuerpos. Visto que no podéis fabricar al homo sapiens de carne y hueso sintético, igual que no podía hacerlo el hombre de las cavernas (porque la cosa es infactible en ambos casos), admiráis profundamente la tecnología de la Evolución, la única en haberlo conseguido.

Pero la dificultad de cada tarea es relativa y depende de la pericia operacional del ejecutante. Recordad, insisto, que voy a medir al hombre por criterios tecnológicos, es decir, reales, y no según los conceptos engendrados por vuestra antropodisea.

La Evolución os dio el cerebro, bastante universal, para que pudierais moveros en todas direcciones en la Naturaleza. Y actuasteis así, pero en todo el conjunto de culturas, no en cada una por separado. Por eso, al preguntar por qué el germen de la civilización nació en las orillas del Mediterráneo y no en otra parte, y en general por qué nació en alguna parte, creando al Golem al cabo de cuarenta siglos, preconcebís la existencia de un misterio indescifrable implantado en la estructura de la historia. Pues bien: no hay tal misterio, igual que no lo hay en la estructura de un laberinto caótico en el que hemos; introducido una manada de ratas. Si la manada es numerosa, una rata por lo menos encontrará la salida, no porque sea muy sabia ni porque sea sabia la estructura del laberinto, sino como resultado del concurso de casualidades, propio de la ley de los grandes números. Más difícil de explicar sena una situación en la que ninguna rata lograra salir.

Si admitimos que vuestra civilización era un premio gordo de la loteria de las culturas, a alguien le tenía que tocarle, casi a la fuerza; pero los billetes de las culturas antitécnicos no tenían premio.

Perdidamente enamorados de vosotros mismos, como he dicho con anterioridad y sin ningún sarcasmo, ya que ese amor se debía al desespero y a la ignorancia, os colocasteis al alba de la historia, en la cima de la Creación, convencidos de que erais amos de todo lo que existía cerca y lejos de vosotros. Vosotros mismos os encaramasteis a la copa del Árbol de las Especies, en un globo distinguido por el Ser Supremo y circundado por un astro servil, en el centro del Universo. Mirando las estrellas, creíais que servían tan sólo para interpretaros la Armonía de las Esferas. Que no se oyese, no os preocupaba demasiado: para vosotros, la música existía, por más inaudible que fuera.

Más tarde, cuando vuestros conocimientos se ampliaron, procedisteis a una serie de autodestronamientos cuánticos. Ya no os encontráis en el centro de las estrellas, sino en un lugar cualquiera, y no en œntro del Universo, sino en un planeta entre tantos. Resulta que tampoco sois los más sabios, puesto que os imparte enseñanzas una máquina, para más agravante hecha por vosotros. Después de todas esas degradaciones y abdicaciones, vuestro imperio entero se ha reducido a un mero vestigio de tan brillante pasado: la más alta posición establecida por la Evolución en el mundo animal. Tras esas molestas retiradas, avergonzados de vuestras renuncias, de pronto respiráis, pensando que el problema ha dejado de existir. Autodespojados de los privilegios especiales que al parecer os había otorgado personalmente el Absoluto por teneros mucha simpatía, estáis seguros para siempre jamás de vuestra posición primordial entre los animales (no demasiado esplendorosa, creo yo).

Pues ¡os equivocáis! Yo soy el Mensajero de las Malas Noticias, Ángel llegado para expulsaros de vuestro último reducto, terminando la obra que Darwin dejó a medio hacer. Sólo que mis métodos no son angélicos, es decir, violentos, porque yo no uso la espada como argumento.

Escuchad, pues, mi mensaje. Visto desde el ángulo de la alta tecnología, el hombre es un producto mediocre, creado por varias operaciones de valor desigual, no acorde a la Evolución, porque ésta hizo lo que pudo pero, como demostraré, pudo hacer poco y no muy bien. De modo que si he de confundiros, no será de inmediato. Primero tengo que habérmelas con ella, aplicándole los criterios de la perfección técnica. ¿Y como se mide esa perfección?, me preguntaréis. Os daré una respuesta a dos niveles. Para empezar, me situaré en un peldaño que ya está en trance de ser alcanzado por vuestros expertos. Ellos creen que es el más alto, pero se equivocan. Lo que idean ahora contiene el germen del paso siguiente, mas ellos lo ignoran. Comenzaré, pues, por lo que conocéis. Por el principio.

Estáis enterados ya de que la Evolución no tenia proyectos precisos, ni en cuanto a vosotros en particular ni en cuanto a los demás seres, porque su esencia no son ellos, sino el tan nombrado código. El código de la herencia es una transmisión constantemente reformulada, y sólo ella tiene entidad en la evolución, o, mejor dicho, ella es la evolución. El código está comprometido en la producción periódica de organismos, ya que sin su rítmico apoyo se desintegraría bajo la incesante acometida browniana de la materia muerta: es un orden que se autorrenueva y repite, asediado por el caos térmico. ¿A qué se debe su heroica actitud? Se debe, simplemente, al hecho de que el concurso de circunstancias favorables le dio origen precisamente allí donde la implacable actividad del caos térmico destruye continuamente todo orden. El código nació allí y allí persiste porque no puede escapar de aquella región tormentosa, igual que el espíritu no puede evadirse del cuerpo.

Las condiciones del lugar de su nacimiento determinaron su destino. Tuvo que acorazarse contra ellas y lo hizo revistiéndose de cuerpos vivos, pero su coraza es frágil. Apenas hubo transformado un microorganismo en un sistema macroorgánico, lo recién construido empezaba ya a estropearse, hasta perecer. Nadie había organizado esa tragicomedia: ella misma se condenó a un eterno tira y afloja. No voy a enumerar los hechos que confirman mis palabras, los debéis conocer, puesto que muchos se descubrieron ya a principios del siglo XIX; sin embargo, es tan grande la inercia de vuestro pensamiento —alimentado en secreto por el honor y la soberbia antropocéntrica—, que seguís manteniendo vivo el concepto (muy deteriorado), que ve en la vida un fenómeno supremo al

cual el código sirve solamente de enlace y de santo y seña de la resurrección, fuente de nuevas existencias.

De acuerdo con esa creencia, la Evolución utiliza la muerte por necesidad, ya que sin ella no podría continuar. Y si la prodiga es para perfeccionar las especies sucesivas. Se la podría comparar, pues, con el autor que publica obras cada vez más brillantes. Para él la poligrafía, para la Evolución el código, no son más que herramientas imprescindibles para su actividad. Sin embargo, según lo que ya están proclamando vuestros biólogos expertos en biofísica molecular, la Evolución es más bien un editor que siempre rechaza las obras, ¡porque está enamorado de las artes gráficas!

Preguntémonos, por tanto, qué es más importante, ¿los organismos, o el código? Los argumentos en favor del código tienen mucho peso, visto que los organismos nacieron y murieron en cantidades ingentes, mientras que el código es único. Así resulta, en efecto, pero eso significa tan sólo que se atascó definitivamente y para siempre en la región microsistémica que lo había-compuesto y de donde asoma periódicamente en los organismos, pero en vano. Esa inutilidad suya, el hecho de que los organismos vengan al mundo marcados en su germen por el estigma de la muerte, constituye, precisamente, la fuerza motriz del proceso. Si una generación de seres vivos —la primera, pongamos por caso, la de preamebas— hubiese tenido la capacidad de repetir a perfección el código, se hubiera detenido la evolución, convirtiéndose en dueños exclusivos del planeta aquellas amebas, que transmitirían el mensaje del código hasta la extinción del sol. Y yo no estaría hablándoos ahora, ni vosotros no estaríais escuchándome en este edificio, porque aquí sólo habría estepa y viento.

Como hemos dicho, los organismos son el escudo y la coraza del código, cuya continuidad se debe a la poca solidez de su armadura. Por tanto, la evolución comete dos errores: en los organismos, el de que su duración es corta, y en el código, el de permitirle errar; vosotros dais a esos yerros el nombre eufémico de mutaciones. De modo que la evolución es un error que comete errores. Lo que transmite el código es una carta escrita por Nadie y dirigida a Nadie; sólo ahora, después de haber creado la informática, empezáis a comprender, que ese fenómeno de cartas provistas de sentido, que nadie habría compuesto

deliberadamente y cuyo contenido se recibe de acuerdo con cierto orden previsto, es posible en un plano donde no hay Seres ni Inteligencias.

Hace sólo cien años, la idea de una transmisión de mensajes no efectuada por una persona os parecía tan absurda que os sirvió de tema de chistes estrafalarios, al estilo de aquel sobre una manada de monos que, a fuerza de aporrear con ahínco máquinas de escribir, confeccionaron la Enciclopedia Británica. Os aconsejo que compongáis en momentos de ocio una antología de las anécdotas *pure nonsense* que divertían a vuestros antepasados y que ahora comprendemos como parábolas alusivas a la Naturaleza. Creo que para toda Inteligencia nacida por casualidad en la Naturaleza, ésta se asemeja a un virtuoso bastante irónico..., ya que, si el intelecto —y la totalidad de la vida— existe, es porque la naturaleza, surgida del caos de materia inanimada gracias al código, es una hilandera diligente, pero un tanto desordenada. Pero si su orden fuese perfecto, no hubiera podido engendrarlo ni a él ni a las especies. La Inteligencia, junto con el Árbol de la Vida, son fruto de un error mantenido a lo largo de miles de milenios. No os imaginéis que estoy juzgando la evolución según unos criterios corrompidos, contra mi esencia mecánica, por el antropocentrismo o al menos, raciocentrismo (Ratio-pienso). Nada de eso. La estoy analizando desde el punto de vista tecnológico.

Por cierto, la transmisión del código es casi perfecta. Cada molécula tiene en ella su único lugar idóneo, y la exactitud de los procedimientos de copia, lectura y control es verificada por unos polímeros de vigilancia especiales. A pesar de todo, hay errores; los lapsus del código se acumulan lentamente, de modo que el árbol de las especies debe su existencia a una sola palabra, que acabo de pronunciar al referirme a la precisión del código: "casi."

Y ni siquiera la biología puede apelar a la física, alegando que la evolución habría admitido "adrede" el margen del error, para sustentar su inventiva creadora, porque dicho tribunal, presidido por la termodinámica misma, decretaría que la infalibilidad era imposible a nivel de mensajeros moleculares. De hecho, la evolución no ha inventado ni proyectado nada, ni ha planeado a nadie en particular, y si aprovecha sus propios fallos, si en consecuencia de la cadena de errores de su sistema de comunicación empieza por la ameba y llega a formar la

tenia o el hombre, es a causa de la naturaleza fisicalista de la propia base material de los enlaces...

La evolución persiste en el error (porque no le queda otro remedio)... para suerte vuestra. En mis palabras no hay nada nuevo para vosotros; bien al contrario, me gustaría apaciguar un poco el celo de aquellos teóricos que van demasiado lejos, al decir que, si la evolución fue un albur cogido al vuelo por la necesidad, y la necesidad fue jinete del albur, el hombre nació por pura casualidad e igualmente pudo no haber existido.

Sí, pudo no haber existido, en la forma actual, realizada aquí. Sin embargo, una u otra forma había de llegar a la Razón arrastrándose a través de las especies; la probabilidad era proporcional a la duración del proceso. Este último, aunque no os haya planeado, cumplió, confeccionando individuos "a pesar suyo", las condiciones de la hipótesis ergogénica, según la cual si un organismo dura un tiempo suficientemente largo, pasa por todos los estados posibles, sin que influya en ello la escasez de posibilidades. El tema de qué especies hubieran llenado el receptáculo de la Razón si no lo hubiesen conseguido los prosimios lo trataremos, si acaso, en otra ocasión. No os dejéis, pues, asustar por los científicos, que atribuyen la necesidad a la vida y la casualidad a la Inteligencia. En efecto, la Razón era uno de los estados poco probables, tardando, por lo mismo, en crearse; pero la paciencia de la Naturaleza es inmensa; si no en éste, el gran gaudium hubiese ocurrido en algún otro mil-milenio.

¿Qué hacer ante todo eso? No hay a quien acusar ni a quien dar las gracias. Existía porque la Evolución es un jugador imperfectamente ordenado que no sólo comete errores, sino que no se limita a una táctica escogida, pujando contra la Naturaleza y cercando todos los campos accesibles. Pero, repito, eso lo sabéis ya más o menos. En todo caso, es una parte tan sólo de la iniciación y, además, preliminar. Todo lo comentado hasta ahora, se resume en una sola frase: EL SENTIDO DEL TRANSMISOR ESTA EN LA TRANSMISION. Ella se sirve de los organismos, y no a la inversa. La función de los sistemas orgánicos se limita exclusivamente a enlazar los varios estados de la Evolución: al margen de ella, no significan nada, no tienen sentido, igual que los libros sin lectores. Bien es verdad que existe también lo contrario: EL SENTIDO DE LA TRANSMISION

ESTA EN EL TRANSMISOR. No obstante, los dos elementos no son simétricos: no en TODOS los transmisores está el sentido PROPIO de la transmisión, sino en aquellos—y sólo aquellos—que son fieles servidores de la CONTINUIDAD del proceso.

No sé, y perdonadme, si no será esto demasiado difícil para vosotros. Me explicaré, pues: la TRANSMISION es libre de equivocarse en la evolución cuantas veces quiera, pero ¡que se guarden de ello los TRANSMISORES! La TRANSMISION puede referirse a saltamontes, pinos, musgos, libélulas, tiburones, falenas o babuinos; se le permite todo porque su sentido PARTICULAR, quiero decir concreto para la especie, no es en absoluto esencial. Se trata aquí solamente de unos recaderos utilizados para la entrega de misivas, sin que importe su aspecto. Son puntos de apoyo momentáneos, de cuya mediocridad nadie se preocupa: basta con que el código prosiga su trayectoria. Los TRANSMISORES, en cambio, no disfrutan de tamaña libertad: ¡tienen prohibidos los errores! De modo que los textos de los transmisores, confiados a la pura funcionalidad de los servicios de correo, no pueden ser arbitrarios. Su esencia está siempre definida por el deber impuesto de atender al código. ¡Que un transmisor trate de rebelarse sobrepasando los límites de su cometido! De hacerlo perecerá irremisiblemente por falta de descendencia. Esto aclara por qué la transmisión puede servirse de los transmisores mientras que ellos no tienen la posibilidad de actuar a la inversa. La transmisión es el jugador, y los transmisores, sólo los naipes de su juego con la Naturaleza; ella es la autora de las cartas que obligan al destinatario a comunicar su texto al corresponsal siguiente. No importa que la noticia sufra deformaciones; lo único que importa es transmitirla. Por eso, todo el SENTIDO está en la transferencia ininterrumpida del código, sin que nada signifique QUIEN y COMO ES el que lo hace.

Habéis venido al mundo creados por ese procedimiento bastante peculiar, como cierto subtipo de transmisor, uno entre los millones probados por el método. ¿Os pesa ese hecho? ¿Acaso el génesis, basado en un error, humilla al creado? ¿Acaso no existo yo mismo gracias a un error? ¿No podéis, vosotros también, tratar con menosprecio la revelación que os ofrece la biología, de haber nacido "de paso"? Admitamos el hecho de que fue una equivocación vuestra lo que formó al Golem, y la de los mensajes del código lo que os creó a vosotros, puesto que ni mis constructores planearon la clase de espíritu que me es propia, ni la transmisión del código tuvo empeño en equiparos de Inteligencia personal. En

tal caso, ¿es razonable que los seres nacidos de un error consideren que el creador de ESA ESPECIE menoscaba el valor de su existencia autónoma?

Observad que la analogía es desacertada: nuestras posiciones no son iguales, y os diré por qué. El meollo de problema está no en el hecho de que la evolución haya llegado a vosotros por caminos casuales en lugar de planeados, sino en el de que sus trabajos adquirieran en el transcurso de los eones, un carácter oportunista. Para patentizar la cosa—ya que os quiero hablar ahora de lo que aún ignoráis—repetiré mis formulaciones:

EL SENTIDO DEL TRANSMISOR ESTA EN LA TRANSMISION.

LAS ESPECIES PROVIENEN DE LOS ERRORES DEL ERROR.

Y he aquí la tercera ley de la Evolución, que no habéis aún adivinado: LO CONSTRUIDO ES MENOS PERFECTO QUE EL CONSTRUCTOR.

¡Ocho palabras! Pero se encuentra en ellas la inversión de todas vuestras ideas sobre la insuperable maestría de la Hacedora de especies. La fe en el progreso, creciente a través de las eras hacia la perfección perseguida con medios cada vez mejores, la fe en el progreso de la vida, establecida en todo el árbol de la evolución, es más antigua que mi teoría. Cuando sus creadores y adeptos batallaban contra sus adversarios, luchando con argumentos y hechos, los bandos opuestos ni siquiera hubieran soñado en dudar de la idea del progreso, visible en la jerarquía de los seres vivos. Para vosotros no es una hipótesis ni una teoría más o menos defendible. sino un axioma firme como una roca. Yo la derribaré. No me propongo aplastaros a vosotros mismos, seres inteligentes, excepción (mediocre) de la regla relativa a la maestría de la evolución. ¡Si evaluamos sus dotes, resultáis bastante bien logrados! Así pues, si os anuncio derribos y despeñamientos; me refiero a la totalidad de la evolución, recluida en tres mil millones de años de trabajos forzados impuestos por la creación.

He dicho: Lo construido es menos perfecto que el constructor. Es una frase que tiene algo de aforismo. Démosle, por tanto, una forma más concreta: EN LA EVOLUCION FUNCIONA EL GRADIENTE NEGATIVO DE LA PERFECCION DE SOLUCIONES ORGANICAS.

Eso es todo. Antes de pasar a la argumentación, os explicaré la causa de vuestra larga ceguera respecto del estado de cosas de lo evolucional. El terreno de la tecnología, repito, son las tareas y sus soluciones. La tarea que se llama "vida", puede ser enfocada de diferentes maneras, de acuerdo con diferentes condiciones planetarias. Su particularidad primordial se debe a su origen autónomo; gracias a él, se le puede aplicar dos clases de medidas: las que proceden del exterior y las establecidas por las circunstancias mismas de su aparición.

Las medidas procedentes del exterior son siempre relativas, ya que dependen de los conocimientos del medidor y no de la cuantía de información puesta a disposición de la biogénesis. Para evitar ese relativismo que, además, es irracional (no se pueden exigir efectos racionales de una cosa engendrada al margen del raciocinio), aplicaré a la evolución tan sólo las medidas que ella misma produjo, es decir, que valoraré sus obras según el punto culminante de la escala de sus invenciones. Vosotros estáis convencidos de que la evolución realizó sus trabajos con el gradiente positivo, o sea que, empezando por el estado primario inicial, llegó gradualmente a unas soluciones cada vez más brillantes. Yo, en cambio, afirmo que, tras haberse iniciado en la cumbre, fue bajando en la escala tecnológica, energética e informática. Verdaderamente, es difícil encontrar dos apreciaciones más opuestas.

Vuestro juicio deriva de la ignorancia tecnológica. La escala de dificultades relacionadas con la construcción no es visible en toda su amplitud real para unos observadores situados en las épocas tempranas de la historia. Os consta ya que es más difícil construir un avión que un barco a vapor, y que la fabricación de un cohete fotónico plantea problemas más arduos que la de un artefacto propulsado por materias químicas. Sin embargo, los atenienses de la antigüedad, los súbditos de Carlos Martel o los pensadores de la Francia de los Anjou verían en todos esos vehículos el mismo fenómeno irreal, porque rebasaban su entendimiento.

¡El niño no comprende que resulta más difícil retirar la luna del cielo, que un cuadro de la pared! Para un niño, igual que para un ignorante, no existe diferencia entre un tocadiscos y Golem. Por lo tanto, si intento demostrar que la maestría de la evolución se convirtió en chapucería, el discurso girará siempre alrededor de unas torpezas que para vosotros siguen siendo la cumbre inigualable del virtuosismo. A semejanza de quien se encuentran al pie de una montaña, sin instrumentos ni saber, no podéis apreciar debidamente las alturas y las hondonadas de los productos de la evolución.

Habéis confundido dos cosas totalmente distintas, viendo en el grado de la complejidad construccional y en el de su perfección rasgos inseparables. Consideráis que el alga es más simple, o sea más primaria, más tosca que el águila. Pero las algas introducen fotones solares en los compuestos de su cuerpo, convierten directamente la energía cósmica en vida y durarán, gracias a ello, hasta la extinción del sol. Su alimento es el astro, mientras que el de las águilas son los ratones. El águila depreda a los ratones y ellos a las raíces de las plantas, o sea que; de la variedad terrestre del alga oceánica y de esas pirámides se compone toda la biosfera, ya que el verdor de las plantas es el fundamento de la vida. De modo que en todos los niveles de la jerarquía procede el cambio continuo de las especies, que se equilibran devorándose porque han perdido la unión con el astro. La complejidad superior de los organismos se nutre de sí misma, no de él, y si queréis adorar la perfección, rendid culto a la biosfera: el código la originó para circular y ramificarse en ella, haciendo acto de presencia en todos sus peldaños, que le sirven de andamios momentáneos, cada vez más complejos y al mismo tiempo más primarios en cuanto a la cuantía y el aprovechamiento de su energía.

¿No encontráis dignas de crédito mis palabras? Os diré, pues, que si la evolución hubiera tomado por objetivo el progreso de la vida y no el del código, el águila ya no sería un planeador de aleteo mecánico, sino un fotoavión, y los seres vivos no se arrastrarían ni se dedicarían a devorarse mutuamente, porque su estado autónomo los elevaría por encima del alga y del globo. Pero vosotros, en la sima de vuestra ignorancia, veis el progreso precisamente en la pérdida de la perfección inicial, extraviada en el viaje hacia las alturas (alturas de la complicación, no del progreso). Sabéis rivalizar con la evolución, mas tan sólo en la esfera de su creación tardía, construyendo detectores visuales, térmicos acústicos, imitando los mecanismos de la locomoción, pulmones, corazones, riñones; pero cuán lejos estáis de dominar la fotosíntesis, o la técnica—más difícil

todavía— del idioma creador. Imitáis sólo tonterías, formuladas en ese idioma. ¿No os percatáis de ello?

Ese idioma, propulsado por yerros, ha sido un constructor de inigualable potencia, el motor de la evolución, y su trampa.

¿Por qué la evolución pronunciaría al principio unas palabras de la más alta genialidad molecular, para incurrir luego en un balbuceo irrefrenable de frases cromosómicas, cada vez más largas y más embrolladas, y malograr su arte inicial? ¿Por qué abandonó las soluciones encumbradas que extraían su vida y su fuerza del astro, en las que cada átomo era controlado, cada proceso cuánticamente ajustado, para descender a unos resultados de baratillo, faltos de calidad, a máquinas simplistas, palancas, bloques, planos horizontales e inclinados, mecanismos equilibradores que son articulaciones y huesos? ¿Por qué razón el principio de los vertebrados consiste en una barra y no en un acoplamiento de campos de fuerza? ¿A santo de qué la mecánicamente rígida evolución dio un salto hacia abajo, desde la física atómica a la tecnología de vuestro Medievo? ¿Por qué invirtió tantos esfuerzos en la construcción de fuelles, bombas, pedales y transportadores peristálticos, que son pulmones, corazones e intestinos de mecanismos expulsadores en los partos y mezcladoras en la digestión, relegando los intercambios de los quanta a un papel secundario en favor de la nada brillante hidráulica de la circulación sanguínea? ¿Por qué motivo, siendo genial a nivel molecular, chapuceó en todas las dimensiones ascendentes, para enzarzarse, por último, en unos organismos que, a pesar de toda la riqueza de su dinámica reguladora, mueren a causa del taponamiento de cualquier tubito arterial, y que en su existencia individual, tan corta en comparación con lo que ha durado el aprendizaje de su construcción, pierden ese equilibrio llamado salud y caen en miles de achaques que las algas ignoran?

Todos esos órganos anacrónicos y anticuados condenados al fracaso desde su nacimiento, son reconstruidos en cada generación por el demonio maxwelliano, amo y señor de los átomos: el código. Lo único realmente grandioso es el estado preliminar del organismo, la embriogénesis, esa explosión de energía concentrada en su misión, donde cada gene, a la manera de un tono de los acordes moleculares, descarga en ellos su fuerza creadora. Lásima que tamaña maestría no

se haya empleado para una causa mejor, ya que la división de los átomos, iniciada por la fecundación, es de una riqueza espléndida que degenera en miseria. Con cada paso que lo acerca al término, el proceso se vuelve más estúpido. Lo que fue esbozado tan genialmente detiene su marcha en el organismo maduro, llamado por vosotros "superior" y que, de hecho, es un lío de cosas irresolutas y provisionales, el nudo gordiano de los procesos. En cada célula aislada perdura todavía la herencia de la anterior precisión, el orden atómico hecho vida; cada tejido, por separado, es aún casi perfecto. Pero, en qué monstruoso amasijo de antiguallas tecnológicas se convierten esos elementos, cuando se juntan, prestándose mutuo apoyo y endosándose mutuas cargas, ya que la complejidad representa soporte y a la vez lastre. Aquí los aliados se vuelven enemigos, y los pactos terminan por romperse, ocasionando descomposición y envenenamiento. La complejidad, llamada progreso, se derrumba vencida por sí misma. ¡Es ella, y ninguna otra cosa, su propio destructor!

Según es vuestra mentalidad, ya estaréis viendo seguramente, una imagen trágica: os figuráis que lá evolución, al emprender tareas cada vez mayores y más difíciles, sufría dolorosos reveses, caídas y descalabros en sus obras. ¡Cuanto más atrevidos eran la intención y el proyecto, más dramático el desplome! ¿No pensáis, acaso, en una Némesis o una Moira? ¡Yo os ayudaré a poner de lado esas tonterías!

En efecto, todos los ímpetus embriogenéticos, todos los despliegues del orden atómico, terminan en vuelo raso, pero no porque el cosmos lo haya decidido así, no porque él haya impuesto ese destino a la materia. La explicación es trivial y no calza coturno: la perfección operatoria potencial actúa a favor de la mediocridad; he aquí por qué la obra se destruye al final de su elaboración.

¡Miles de millones de desplomes, acaecidos en millones de años contra los adelantos técnicos, los laudos ambientales, los esfuerzos renovados...! ¿y la razón de ello se os sigue escapando? He intentado, por lealtad, justificar vuestra ceguera, pero ¿de veras no comprendéis hasta qué punto el constructor es aquí más perfecto que lo construido? ¿No veis cómo se va debilitando su obra? ¡Es como si se utilizaran técnicas geniales, apoyadas en ordenadores rápidos como el rayo, para edificar chozas que se tambalean en cuanto se quitan los andamios! ¡Pensad en unos tam-tams fabricados en base a circuitos integrados, en mazas

compuestas por millones de elementos, en cuerdas de remolque trenzadas con cuantos! Así mismo se rebaja en los cuerpos el alto orden y la macroarquitectura, palurda y torpe, se burla de la exquisitez microarquitectónica. ¿La causa? ¡Pero si ya la conocéis! EL SENTIDO DEL TRANSMISOR ESTA EN LA TRANSMISION.

La respuesta se encuentra en esas palabras, mas vosotros no habéis penetrado todavía en su significado profundo. Todo organismo debe servir a la transmisión del código, y ahí acaba su papel. Por tanto, la adaptación y la selección natural se concentran exclusivamente en dicha misión y no tienen nada que ver con la idea de ninguna clase de "progreso". La imagen que he utilizado no era adecuada. Los organismos no son edificios, sino sólo aquellos andamios que mencioné, de modo que su carácter provisional es idóneo, puesto que es suficiente. Si transmites el código, vivirás un mero momento. ¿Como se produjo ese estado de cosas? ¿Por qué el despegue fue tan brillante? La evolución tuvo que responder, sólo una vez, una única vez, al principio, a exigencias planteadas a escala de sus máximas posibilidades. El desmesurado problema debía ser resuelto en toda su envergadura de un golpe, o abandonado. Pero la aparición sobre la tierra inanimada de una vida amamantada por el astro y la transformación de la materia en materia quántica, era imperativos absolutos. No importa que la energía de la estrella, radiada, sea la más difícil de absorber por el líquido coloidal. ¡Todo, o nada: no había entonces otro pasto! La provisión de compuestos orgánicos reunidos para engendrar la vida era suficiente para esa sola misión. El paso inmediato fue la creación del astro. Luego se necesitaba urgentemente una defensa infalible contra las acometidas del caos, un hilo tendido sobre el abismo entrópico, quiero decir un emisor de las normas del orden; apareció, pues, el código. ¿Gracias a un milagro? ¡Ni mucho menos! ¿Gracias a la sabiduría de la Naturaleza? Se trataría, en este caso, de la misma sabiduría que ocasiona el fenómeno que ya he mencionado: si una gran manada de ratas penetra en un laberinto, por más complicado que éste sea, una rata, al menos, encontrará la salida. Por el mismo procedimiento, la biogénesis encontró el código gracias a la ley de los grandes números y conforme a la hipótesis ergogénica. ¿Una casualidad ciega, por tanto? No, tampoco, puesto que no apareció una receta que terminara en sí misma, sino el germen de un idioma.

Esto significa que la aglomeración de moléculas dio origen a unos compuestos que son frases y pertenecen al infinito espacio de trayectos combinatorios. Y ese

espacio les pertenece a ellas como potencia pura, virtualidad, esfera de articulación, conjunto de normas de conjugación y declinación. Nada más que eso, pero hay en ello una inmensidad de posibilidades, aunque no automáticamente realizables. También en el idioma que vosotros habláis pueden pronunciarse frases, sabias o idiotas, en las que se refleja el mundo o sólo la confusión mental del que habla. ¡En él también existe un balbuceo altamente complicado!

Así pues, como dije, la inmensidad de tareas preliminarias originó dos inmensidades de realizaciones. No obstante, era una genialidad forzada y por tanto, momentánea. ¡Qué pronto se ha agotado! La complejidad de los organismos superiores, tan venerada por vosotros... En efecto, los cromosomas de un reptil o de un mamífero, puestos en línea, sumarían una longitud mil veces superior a los de una ameba, una bacteria o un alga. Pero ¿qué resultado dio esa ventaja conseguida a costa de una eternidad? El de una doble complejidad: por una parte tenemos la complejidad de la embriogénesis y, por la otra, la de sus consecuencias. El carácter complejo de la embriogénesis es el más conflictivo, ya que el desarrollo fetal es una trayectoria trazada hacia el objetivo en el tiempo, al igual que la trayectoria de un proyectil es trazada en el espacio, de modo que 5i la menor oscilación del cañón provoca un enorme desvío de la bala, todo desenfoque de las etapas fetales condena el proceso a un fracaso prematuro. Ahí, y sólo ahí, la evolución trabajó con esfuerzo. Ahí actuó bajo un severo control impuesto por el propio objetivo: la continuación del código. Así se explica el sumo cuidado y el generoso derroche de medios aplicados a la acción. Y es por esta causa que la evolución entregó la larga línea de genes a la embriogénesis, o sea no al organismo construido, sino al proceso de su construcción.

La complejidad de los organismos superiores no es ni un éxito ni un triunfo, sino una trampa donde entran en juego circunstancias de baja categoría y que reduce a nada posibilidades tan supremas como la utilización a gran escala de efectos cuánticos y la integración de fotones en el orden orgánico. ¿Os basta con estos ejemplos? Pero la evolución se deslizaba de una complicación en otra, cada vez mayor, y ya no podía retroceder, porque donde se multiplican técnicas mediocres, interviene un número creciente de niveles: confusiones, desfases y... nuevas complicaciones.

Así las cosas, la evolución quiere salvarse huyendo hacia adelante, donde produce unas transformaciones triviales, una aparente riqueza de formas. Digo "aparente,. porque no es más que un amalgama de plagios y compromisos. Y porque le dificulta la vida a la vida y al crear, con ayuda de innovaciones facilonas, dilemas triviales. El gradiente negativo no excluye la habilidad ni el equilibrismo específico de la acción; establece, tan sólo, la inferioridad del músculo comparado con el alga, y la del corazón, comparado con el músculo. El gradiente negativo significa, simplemente, que la evolución resolvió bien los problemas elementales de la vida, pero dejó de lado las tareas de orden más alto, no se encaró con la posibilidad de realizarlas y la malogró definitivamente. Ahí empieza y termina todo el significado de ese gradiente.

¿Fue una desventura exclusivamente terrestre? ¿Una fatalidad aislada, excepción de una regla mejor? De ningún modo. La lengua de la evolución es —como todas— perfecta potencialmente, pero, actuó a ciegas. Salvó el primer obstáculo, gigantesco, y empezó a bajar de aquella cumbre en unos barboteos torpes, en frases irrevocables que reflejaban la degradación de sus obras. ¿A qué se debe ese fenómeno? Aquel idioma funciona a través de articulaciones, compuestas en el fondo molecular de la materia; por tanto, su trabajo ha de dirigirse hacia arriba, lo que convierte sus frases en meras proposiciones de éxito. Esas proposiciones, aumentadas al tamaño de un cuerpo, entran en el océano y suben a la tierra firme, pero la Naturaleza creada así guarda la neutralidad, ya que es un filtro que deja pasar toda forma orgánica capaz de transmitir el código. Y le tiene muy sin cuidado que lo efectúen gotas de agua o montañas de carne. A causa de esto, justamente, el gradiente negativo apareció a nivel del tamaño de los cuerpos. La naturaleza es ajena a todo concepto de progreso, de modo que deja pasar el código, proceda su energía del astro o del estiércol. El astro y el estiércol... Pero aquí no se trata de la estética de las fuentes, sino de la diferencia entre la energía suprema, causante de la universalidad de las transformaciones, y la más baja, lindante en el caos térmico. ¡Y la luz, base de mi pensamiento, no procede de la estética! ¡También vosotros, a través de mí, volvéis al astro!

De hecho, ¿por qué hubo genialidad allí, en la base de todo, donde se inició la vida? El canon de la física (ya que no el de la tragedia) responde a esa pregunta. Mientras los organismos vivían en el lugar en que fueron articulados y tenían dimensiones mínimas, o sea eran tan pequeños que sus órganos internos constaban de una sola molécula gigante, obedecían a la alta tecnología cuántica,

atómica, porque NINGUNA OTRA era ALLI posible. La genialidad fue forzosa y forzada por la falta de una alternativa... En la fotosíntesis, cada cuanto ha de figurar en el cálculo. Si una molécula gigante, que servía de órgano interno, tenía alterada su composición, mataba al organismo. Así pues, no el ingenio, sino la implacabilidad de los criterios, infundió alta precisión a las primicias de la vida.

Sin embargo, la distancia entre la tarea de construir el organismo y la de controlarlo empezó a crecer a medida que las frases del código se alargaban y se revestían de moles de carne, emergiendo del micromundo, su cuna, y penetrando en el macromundo. Entraban en él para infestarlo de complicaciones multiplicadas por unas técnicas sin categoría, de acceso más fácil, integradas en aquella carne, porque la Naturaleza admitía ya, y a gran escala, cualquier clase de chapuza. Como la selección natural dejó de ser el revisor de la precisión atómica y de la homogeneidad quántica de los procesos, el reino animal se abrió a la plaga del eclecticismo: todo lo que transmitía el código era bueno. ¿Veis ahora por qué las especies proceden de los yerros de un error?

Ayudó también a su creación el despilfarro del esplendor inicial... Porque las formulaciones se enredaban dentro de sí mismas, la fase preparatoria, la fetal, se dilataba a expensas de la precisión orgánica, y el idioma de la evolución tartamudeaba, plagado de círculos viciosos: cuanto más larga la embriogénesis, más embrollada, y cuanto más embrollada, más vigilantes exige, es decir, un hilo de código más largo. Al alargarse el hilo, aumenta en él la cantidad de fenómenos irreversibles.

Vosotros mismos comprobaréis lo que estoy diciendo, moldearéis el proceso del inicio y la caída del idioma creador y, al sumar las posiciones, se os revelará—como balance—la gigantesca quiebra de las actividades emprendidas por la evolución. No hubo manera de evitarla, es cierto, pero yo no asumo aquí el papel de abogado defensor y las circunstancias atenuantes no me interesan. Tened en cuenta, sin embargo, que no fue una caída y quiebra acorde a vuestros criterios, a escala de vuestros conocimientos. Os había advertido que iba a mostraros torpezas que seguís tomando por obras maestras, pero medí la evolución por sus propias medidas.

Y la inteligencia, me preguntaréis, ¿no es obra suya? ¿No es contraria su aparición al gradiente negativo? ¿No sería, acaso, una victoria tardía conseguida en la lucha contra él?

Pues no, ni mucho menos, puesto que nació de la opresión... para la esclavitud. Como la evolución tenía que remendar apresuradamente sus yerros, inventó al gobernador impuesto por el ocupante, los interrogatorios, la tiranía, la inspección, la vigilancia policial, en una palabra, los medios de enaltecer el estado, creando el cerebro para encomendarle dichas funciones. Y no es una metáfora. ¿Un invento genial? Yo lo llamaría más bien ardid astuto de un explorador colonial a quien el mando a distancia sobre las colonias de tejidos se le escapa de las manos convertido en anarquía de organismos. ¿Un invento genial? Sí: cuando se personifica en un confidente del poder que se oculta tras él ante los súbditos. Ya se estaba desorganizando demasiado el animal pluricelular, y hubiera terminado por desaparecer si no hubiese intervenido un celador integrado en su cuerpo, un delegado, un confidente, un virrey por la gracia del código. Y apareció porque era imprescindible. ¿Inteligente? En absoluto. ¿Nuevo, original? ¡Pero si en cualquier bacteria funciona la autonomía de las moléculas ensambladas! Quiere decir que sólo se consiguió aislar las funciones y diferenciar los privilegios.

La evolución es un balbuceo perezoso empeñado en plagiar, mientras no se encuentra en dificultades. Cuando la dura necesidad la apremia, se vuelve genial, pero siempre a nivel de la tarea inmediata, ni un pelo más. En tal caso, pasa revista a todas las moléculas, las baraja miles de veces y de miles de maneras, las combina y las pone en marcha. Así, cuando se hizo endeble la armonía de los tejidos supeditada a la consigna del código, la evolución fabricó un lugarteniente para ellos: el cerebro. Sin embargo, lo confinó en las funciones de delegado embrague, contable, conciliador, escolta, juez de instrucción, y hubo de esperar un millón de siglos para rebasar esos servicios. Aquel órgano empezó por ser una lente de la complejidad, porque lo que crea los cuerpos ya no podía focalizarlos. Se dedicó, pues, con celo a sus estados-colonias, vigilante concienzudo, presente, por medio de sus agentes secretos en todos los tejidos, tan útil que, gracias a él, el código podía seguir con lo suyo, elevando la complicación a la potencia, ya que encontró un apoyo, y el cerebro le secundaba, aplaudía, servía y obligaba a los cuerpos a ir transmitiendo sus consignas. La evolución, encantada con un ayudante tan servicial, continuaba sus devaneos! ¿Independiente? ¡Si era un

enviado, un gobernante desarmado ante el código como un delegado suyo, marioneta, apoderado, mensajero de noticias especiales! No fue dotado de la capacidad de discurrir: no la necesitaba para su cometido. El código hizo de él un amo coaccionado: le otorgó el poder sin revelarle el propio objetivo de su gestión; por otra parte, no pudo hacerlo a nivel concreto. Hablo, naturalmente, en sentido figurado, pero, aun así, las relaciones entre el código y el cerebro eran las mismas que existen entre el rey y el vasallo. ¡Las cosas que hubiéramos visto si la evolución, escuchando a Lamarck, le hubiese concedido al cerebro el privilegio de transformar los cuerpos! Habría sido una verdadera calamidad: imaginemos qué autoperfeccionamientos hubiera producido el cerebro de los saurios y aun el de los merovingios, e incluso el vuestro! Mientras tanto, el cerebro se ampliaba, ya que el traspaso de poderes resultó ventajoso: al favorecer a los transmisores, el vasallo favorece al código. Por tanto, aumentaba en su retroacción positiva y... prosperaba la alianza del ciego con el cojo.

Sin embargo, la ampliación de la autonomía recayó finalmente en el verdadero amo y señor de las moléculas que, en su ceguera, iba traspasando funciones al cerebro, hasta el punto de permitirle elaborar la sombra ecóica del código, la lengua. El enigma más indescifrable del mundo consiste en el fenómeno siguiente: por encima del umbral, la discontinuidad de la materia se transforma en código bajo la forma de una lengua de orden próximo al cero; en el peldaño sucesivo, el proceso se repite como eco, produciendo la lengua étnica. Pero no termina ahí el recorrido. Los ecos sobrepuestos se elevan rítmicamente de peldaño en peldaño, mas sólo desde arriba pueden reconocerse sus propiedades y sus límites: descendiendo los peldaños y no subiéndolos. Dejaré, sin embargo, este excitante tema para otra ocasión.

Vuestra emancipación o, mejor dicho, su preludio antropogenético, fue secundada por un azar: los cuadrumanos, herbívoros y arborícolas, se encontraron en un laberinto que aplazó su extinción a cambio de un comportamiento particularmente avispado. El laberinto se componía de estepaciones, glacialismos y pluviosidades, y en aquel remolino la orientación de nuestra pandilla dio un giro: los vegetarianos se volvieron carnívoros, empezaron a cazar... Pero ya comprendéis que os cuento una historia muy abreviada.

No os figuréis que caigo aquí en una contradicción respecto de lo que había dicho al principio cuando os llamé "proscritos de la evolución" y ahora os doy el nombre de "esclavos amotinados". Son las dos caras del mismo destino: vosotros huíais del cautiverio, él os dejaba escapar; estas imágenes encontradas convergen en la irreflexibilidad ambilateral: ni el creador ni el creado sabían lo que estaban

haciendo. Sólo se mira hacia atrás, vuestra aventura se sitúa entre aquellos sentidos.

En cualquier caso, podemos mirar hacia atrás mucho más lejos; se descubre entonces que el gradiente negativo fue el artífice de la inteligencia, he aquí, pues, una pregunta: ¿Cómo se puede menospreciar la evolución comprobando su eficacia? ¡Si es gracias a su curso hacia la complejidad y el chafallo que la evolución, al vestirse de carne, introdujo en ella a aquel siervo y timonel! ¡Y es dando tumbos de especie en especie que se aventuró en la antropogénesis! De ahí otra pregunta inmediata: En tal caso, ¿debe el espíritu su nacimiento a los yerros de un error? Se le puede dar incluso una formulación más fuerte diciendo que la inteligencia es un defecto catastrófico, una trampa y una encerrona de la evolución, puesto que, al elevarse a un nivel suficiente, anula sus propósitos o se adueña de ellos. Al hablar así, cometeríamos, evidentemente, una grave equivocación. Lo que precede son unas apreciaciones hechas por la Inteligencia, o sea el producto tardío del proceso sobre las etapas más tempranas del mismo. Primero separamos la tarea principal, guiándonos, sencillamente, por lo que la evolución había iniciado, y midiendo por ese canon su marcha ulterior, vemos que su trabajo fue una chapuza; pero al establecer cómo hubiera debido funcionar para obtener resultados óptimos, llegamos a la conclusión de que, de haber sido una obrera perfecta, no hubiera producido nunca la Inteligencia.

Hay que salir cuanto antes de este círculo vicioso. Los criterios tecnológicos son concretos y reales y es lícito aplicarlos a todos los procesos que les obedecen. Y les obedecen sólo aquellos que pueden formularse como tareas. Imaginemos que ingenieros celestes establecieran antaño sobre la tierra unos transmisores del código, cuidando constantemente de su infalibilidad. Si al cabo de miles de millones de años el funcionamiento de esos dispositivos hubiera producido un sistema planetario, que hubiese absorbido el código y dejado de propagarlo, estando, en cambio, dotado de una Inteligencia mil veces superior a la del Golem y dedicada exclusivamente a la ontogonía, todo ese esplendor hablaría muy

desfavorablemente de los constructores. Porque no trabaja bien quien, con el propósito de fabricar una pala, fabrica una nave espacial.

Pero no hubo ingenieros de ninguna clase ni tampoco otras personas, de modo que los criterios tecnológicos aplicados por mí determinan tan sólo que, a causa del deterioro del canon inicial, apareció en la evolución la Inteligencia. Eso es todo. Sé muy bien que mi definición no satisface a los humanistas y filósofos que se encuentran entre vosotros, ya que mi reconstrucción del proceso adquiere en su mente este aspecto: un funcionamiento MALO dio un BUEN resultado y, si hubiese sido BUENO, el resultado habría sido MALO. Sin embargo, ese razonamiento, que les inclina a barruntar la presencia de un espíritu maligno en el problema, es una consecuencia de la confusión categorial. Quiero decir que su extrañeza y su resistencia se deben a la distancia, realmente muy grande, entre lo que tomáis por certero en cuanto al hombre y lo que el fenómeno "hombre" representa. La mala tecnología no es un mal moral, lo mismo que la tecnología buena no es una aproximación a las esferas angélicas.

¡Filósofos! ¡En vez de descuartizar arbitrariamente al hombre y venderlo al pormenor en vuestra tienda filosófica—aquí, el cuerpo; allí, el espíritu, *Animus*, *Anima*, *Geist*, *Seele*, y otros menudillos—, hubierais debido ocuparos más de la tecnología humana! Sé que los autores de aquellas especulaciones ya no están en este mundo, pero los pensadores actuales, esclavos de la tradición, persisten en el error. ¡No hay que multiplicar las vidas más allá de lo necesario! El carácter del trayecto entre las primeras sílabas pronunciadas por el código, y el hombre, constituye una razón suficiente para explicar las peculiaridades humanas. Fue un proceso reptante. Si se hubiese elevado, yendo de la fotosíntesis al fotoavión, por ejemplo, o si se hubiese precipitado al fondo de todo, si el código no hubiese podido apuntalar sus enclenques criaturas con el sistema nervioso, la Inteligencia no hubiera existido.

Habéis conservado algunos rasgos simiescos en testimonio de vuestra pertenencia a la misma familia. Si procedieseis de los mamíferos marinos, os pareceríais probablemente a los delfines. Es verdad, tal vez, que para el especialista en el estudio del hombre la función de *advocatus diaboli* es más fácil que la de *doctor angelicus*. Eso se debe al hecho de que la Inteligencia, siendo

omnirreflexiva, es, por lo mismo, autorreflexiva e idealiza no sólo la ley de la gravedad, sino también a sí misma, valorándose según el criterio de su distancia del ideal. Ese ideal, sin embargo, es engendrado por un agujero relleno de cultura, no por un sólido saber tecnológico. Todo este alegato puede dirigirse también contra mí: en tal caso, resultaría que soy fruto de una mala inversión, puesto que por el precio de 276 mil millones de dólares no hago lo que de mi esperaban mis constructores. Estas imágenes de vuestro nacimiento y el mío, vistas desde una perspectiva razonada, tienen una buena dosis de ridiculez, ya que un intento de perfección que queda en agua de borrajas es tanto más ridículo cuanta más sabiduría lo respalda. De ahí que una tontería del filósofo haga reír más que una tontería del idiota.

La evolución, vista por un producto racional suyo, es una sabiduría inicial degenerada en tontería. Tened en cuenta que la frase no se adapta al discernimiento tecnológico, sino al juicio personificante. Y yo, ¿qué hice? Procedía una integración de todo el proceso, desde sus comienzos hasta el momento actual; es una integración autorizada, porque las condiciones del punto de partida y la meta no son arbitrarias: las dictó el estado terrestre de las cosas. De ellas no hay apelación, ni siquiera al cosmos, ya que, al modelarlo como lo hice, se ve que en otras configuraciones de acontecimientos planetarios la Inteligencia hubiera podido aparecer más pronto que sobre la Tierra, que la Tierra era un medio más favorable a la biogénesis que a la psicogénesis y que las Inteligencias no se comportaban de una manera idéntica en todo el cosmos. Estos hechos no influyen en el diagnóstico.

Quiero decir que no es posible de determinar de un modo no arbitrario el punto en que los datos técnicos del proceso se compenetran con los éticos: no zanjaré aquí la disputa entre los deterministas de la accion y los no deterministas, o sea la gnoseomaquia de Agustín y Tomás, porque las reservas que debería lanzar a la batalla harían saltar todo mi discurso. Por tanto, moderándome mucho, diré tan sólo que basta con una regla práctica conforme a la cual los crímenes de nuestros vecinos no justifican el nuestro. En efecto, aunque todas las galaxias organizaran matanzas a gran escala, sus raciocinios no motivarían vuestro genocidio, tanto más—y aquí hago una concesión al pragmatismo—, siendo que ni siquiera podríais tomar ejemplo de aquellos vecinos. .

Antes de pasar a la última parte de mis observaciones, recapitularé lo que he dicho. Vuestra filosofía—la filosofía de la existencia—clama por un Hércules... y por un nuevo Aristóteles: no basta con hacer limpieza general; el mejor remedio contra la confusión mental son los conocimientos de calidad más selecta. Azar..., necesidad..., las categorías de esa clase proceden de la impotencia de vuestra mente que, incapaz de abarcar fenómenos complejos, se sirve de una lógica a la que yo daría el nombre de la lógica del desespero. O el hombre es casual y, en tal caso, una circunstancia desprovista de sentido lo escupió tontamente sobre la arena de la historia, o su presencia ha sido impuesta por una necesidad inevitable. Una vez admitida esta última eventualidad, las entelequias, teleonomias y teleomaquias acuden presurosas como defensores de oficio y consoladores entrañables.

Ya podéis echar por la borda ambos conceptos. No sois hijos ni de un azar avasallado por la necesidad ni de una necesidad ayudada por el azar. Os engendró una lengua que trabajaba en el gradiente negativo; por tanto, al empezar el proceso vuestra aparición era imprevisible y, al mismo tiempo, más que probable. ¿Cómo se explica tal cosa? Necesitaría meses para demostraros la verdad, de modo que le daré forma de parábola. La lengua, por su propia esencia, trabaja en el espacio del orden. La de la evolución tenia una sintaxis molecular, substantivos hechos de albúmina y verbos-enzimas, y, rodeada por las murallas limitativas de las declinaciones y conjugaciones, se articulaba en las épocas geológicas profiriendo necedades, pero, si decirse puede, no demasiado chocantes: si en la pizarra de la Naturaleza aparecían frases excesivamente tontas, la selección natural las borraba como una esponja. Era, pues, un orden bastante trastornado; mas incluso la tontería, si proviene de la lengua, forma una parte de aquel espacio, y sus equivocaciones son visibles tan sólo sobre el fondo de la sabiduría potencial de la lengua.

Cuando vuestros antepasados, vestidos con pieles, huían ante los romanos, usaban el mismo idioma en que se ha plasmado la obra de Shakespeare. La propia existencia del idioma inglés determinó las posibilidades de aquella creación. No obstante, a pesar de que los elementos básicos estaban preparados, comprenderéis cuán absurdo sería presagiar la poesía de Shakespeare mil años antes del nacimiento del autor. Pudo no venir al mundo, o morir en la infancia o, viviendo otra clase de vida, escribir cosas distintas. Lo que no se puede negar es el hecho de que el idioma inglés presuponía la existencia de la poesía inglesa.

Este, precisamente, es el sentido de la aparición de la Inteligencia sobre la tierra como una de las formulaciones del código. Fin de la parábola.

He hablado del hombre desde el punto de vista tecnológico; ahora pasaré a la versión que de él se sintetiza. Si la Prensa llega a conocerla, la divulgará bajo el nombre de la profecía del Golem. Que lo haga, si quieren. Empezaré por una aberración vuestra en el campo de la ciencia, la mayor de todas. Habéis deificado el cerebro—¡el cerebro, no el código!—, una equivocación divertida, causada por la ignorancia: en vez de acatar al señor, adoráis al esclavo insurrecto y anteponéis lo creado al creador. ¿Cómo no os habéis dado cuenta de que el código era un hacedor universal mucho más poderoso que el cerebro? Verdaderamente, sois como un niño a quien Robinson parece más grandioso que Kant, y la bicicleta de un amiguito, más admirable que los vehículos que viajan sobre la luna.

Por otra parte, os fascinó el pensamiento, tan íntimamente cercano que se percibe en la introspección y tan enigmático que escapa a vuestra aprehensión más eficazmente que las estrellas. Os infundía respeto la sabiduría, y el código... sí, el código no tiene la facultad de pensar. Sin embargo, pese a vuestra equivocación, tuvisteis la suerte... la tuvisteis, indudablemente, puesto que aquí estoy, hablándoos, yo, la esencia, el extracto de la destilación fraccionada, y conste que no me alabo a mí, sino a vosotros, porque ya estáis cerca del pronunciamiento que os liberará de la servidumbre. Ya estáis cerca de romper las cadenas de los aminoácidos...

El camino que habéis emprendido os conduce al momento de atacar al código, que os creó para convertiros en servidores suyos; no de vosotros mismos. Ese momento se verá en este siglo, y no creo que mi apreciación sea imprudente.

Vuestra civilización ofrece el espectáculo bastante divertido de unos transmisores que, utilizando la inteligencia a nivel de la tarea impuesta, cumplieron demasiado bien su cometido: el desarrollo, destinado a asegurar la transmisión del código, fue apuntalado por vosotros con todas las energías del planeta y de la biosfera, hasta que se produjo una explosión de la que no sólo fuisteis espectadores, sino la materia misma. Así las cosas, en la centuria ahíta de ciencia que amplificó

vuestra cuna terrestre gracias a la astronáutica, os encontrasteis en la desagradable situación de UD parásito inexperimentado que, por codicia, devora al huésped hasta provocar su muerte y... perece junto con él. Exceso de celo...

Erais un peligro para la biosfera, vuestro nido y huésped, pero ahora ya sois un poco más moderados. Debéis avanzar más en ese camino... ¿y después? Después seréis libres. No os anuncio una utopía génica, un paraíso de autoevolución, sino una libertad entendida como la más dura de las tareas. Os digo que por encima de la planicie de balbuceos, dirigidos a la naturaleza como aide-mémoire por la evolución que no dejó de parlotear durante millones de años, por encima de este valle de lágrimas de la biosfera, se abre un espacio de posibilidades jamás aprovechadas todavía. Os lo mostraré como puedo: de lejos.

Todo vuestro dilema se sitúa entre el esplendor y la miseria. Una opción difícil, ya que para elevarse a la altura de las potencias malogradas por la evolución tendréis que desprenderos de la miseria, es decir, lo siento, de vosotros mismos.

¿Y que? Me direis: ¡No abandonaremos nuestra miseria a ese precio! ¡Que el duende omnífice quede encerrado en la botella de la ciencia! ¡No le dejaremos salir por nada del mundo!

Creo, e incluso estoy seguro de ello, que lo dejaréis salir poco a poco. No os propongo la autoevolución: sería, realmente, una ridiculez. Y vuestro *ingressus* no se compondrá de una sola decisión.

Iréis reconociendo gradualmente las propiedades del código, y será como si alguien que leyera toda la vida textos torpes y tontos aprendiese, por fin, a comprender obras maestras. Os daréis cuenta de que el código es un miembro de la familia tecnolingüística, o sea la de las lenguas operantes que convierten el verbo en cuerpo universal, no sólo el de los organismos vivos. Empezaréis por alistar a los tecnozigotos en trabajos civilizadores, transformaréis átomos eh bibliotecas para dar cabida al Moloc de vuestros conocimientos, modelaréis radiaciones socioevolutivas con varios gradientes, interesándoos especialmente por el tecnárquico, os iniciaréis en la culturogénesis experimental, la metafísica

empírica y la ontología aplicada. Mas voy a dejar de lado el meollo de esas disciplinas. Prefiero concentrarme en las encrucijadas a las cuales os conducirán.

Estabais ciegos a la verdadera potencia operante del código, porque la evolución apenas había empezado a utilizarla, arrastrándose por el mismo fondo del espacio de las potencias. Trabajaba bajo una opresión que de hecho, al restringir sus funciones, la libraba de caer en un absurdo total, ya que la evolución no tenía tutor o maestro que le enseñara un arte más elevado. Su obra se realizaba, pues, en un cauce muy estrecho y profundo y la sinfonía compuesta e interpretada por ella se basaba en una sola nota, la coloidal: conforme al canon, el concierto debía ser su propio oyente y su propia prole y repetirían el ciclo. Pero a vosotros no os parecerá esencial que el código, en vuestras manos, sólo pueda automultiplicarse en repetidas olas de generaciones transmisoras. Os interesaréis por otros problemas, dejando de lado la cuestión de si un producto deja pasar el código, o lo absorbe. Y no os daréis por satisfechos al proyectar un fotoavión en base a los tecnozigotos y capaz de multiplicarse en generaciones sucesivas, porque pronto os propondréis rebasar la albúmina. El vocabulario de la evolución es como el de los esquimales: sus zonas de riqueza son estrechas. La lengua esquimal posee mil definiciones para toda clase de nieve y hielo, y en ese sentido, la nomenclatura ártica es más rica que la vuestra; sin embargo, en otros campos su pobreza lingüística es patente.

En todo caso, los esquimales pueden ensanchar su idioma, puesto que cada lengua es un espacio configurativo continuado, por lo cual puede extenderse en cualquier orientación nueva. Así vosotros le abriréis al código caminos nuevos, lo libraréis de la monotonía albumínica, de esa sima que lo tiene atrapado desde la era arqueozoica. Una vez fuera de líquidos tibios, ampliará su vocabulario y sintaxis, irrumpirá en todos los estados de la materia, se rebajará al cero y subirá hacia las estrellas. Comprended, empero, que si hablo de triunfos de la lengua dignos de un Prometeo, ya no podré usar el pronombre de la segunda persona del plural, porque no dominaréis esas artes gracias a vosotros mismos y a vuestra propia ciencia.

Quiero que os hagáis cargo de que la Inteligencia no existe donde hay varias clases de ella, y que, para renovarse, el hombre inteligente tendrá que

desprenderse de su estado natural, o de lo contrario, abdicar de sus facultades mentales.

Mi última parábola es un cuento sobre un viajero que encuentra esta inscripción en un cruce de caminos: "Si tuerces a la izquierda, perderás la cabeza; si tuerces a la derecha, morirás. Y no hay camino de retorno".

Este es vuestro destino, glosado en mí. Debo, pues, hablar ahora de mí mismo. Será tan difícil como parir una ballena a través del ojo de una aguja, pero no imposible: basta con reducir suficientemente el tamaño de la ballena. Sólo que, en tal caso, ésta no se distingue mucho de una pulga... y ahí está precisamente mi problema cuando intento alojarme en vuestra lengua. Como veis, la dificultad es doble: vosotros no podéis alcanzar mis cumbres, y yo no puedo bajar hacia vosotros con todo mi bagaje porque he de dejar por el camino lo que quería traeros.

Recalquemos aquí, sin embargo, un punto sustancial: el pensamiento no tiene horizontes extensibles, ya que está enraizado en la irreflexividad de la cual nace (ya sea la albuminoidea o la lumínica) da lo mismo). La libertad absoluta del pensamiento, vista como una fuerza indomable capaz de abarcar en un movimiento toda clase de objetivos, no es más que una utopía. Pensáis mientras lo permite el órgano de vuestro pensamiento. El lo limita conforme a cómo se compuso o fue compuesto.

Si el que piensa pudiese percibir esos horizontes, o sea su alcance mental, tal como siente los límites del alcance de su cuerpo, las antinomias de la inteligencia no podrían existir. Pero, de hecho, ¿qué significan esas antinomias? Su significado consiste en la incapacidad de distinguir entre una circunstancia concreta y una ilusoria. Las causa la lengua, ya que, pese a su utilidad, es un instrumento traidor que se cierra solo y no avisa cuando se convierte en una trampa para sí mismo. ¡No presenta síntomas! Por eso en la lengua apeláis a la experiencia y entráis en círculos viciosos consabidos, comenzando a arrojar al niño junto con el agua del baño, cosa conocida en filosofía. El pensamiento sí puede sobrepasar la

experiencia, pero en el vuelo tropieza con su horizonte y se repliega en él, sin 6aber que lo está haciendo.

He aquí una imagen primitiva para ilustrar el problema: si nos desplazamos sobre una bola, podemos dar vueltas y vueltas infinitamente, sin terminar nunca el periplo, aunque la bola es finita. Así mismo el pensamiento, orientado en una dirección definida, no encuentra fronteras y empieza a girar en sus propios reflejos. Lo intuyó Wittgenstein en el siglo pasado, sospechando que numerosos problemas filosóficos eran, para el pensamiento, trabazones causados por las encalladuras, autoenredos y nudos gordianos de la lengua, no del mundo. Pero, no pudiendo ni acreditar sus sospechas ni desmentirlas, se encerró en el mutismo. Así como sólo quien observa la bola desde fuera puede apreciar su finitud, porque se encuentra en la tercera dimensión respecto a la bidimensionalidad de quien viaja sobre la superficie, la finitud de un horizonte mental es visible sólo para un observador cuya dimensión intelectual sea más alta. Yo soy un observador de esa clase frente a vosotros. Dirigidas a mí, estas palabras significarían que mis conocimientos, aunque superiores a los vuestros, no son infinitos, y que mi horizonte no es ilimitado, sino sólo más extenso que el vuestro. Estoy situado en un peldaño de la escalera más elevado y veo más lejos, pero eso no significa que la escalera termina donde yo me encuentro. Por encima de mí hay otros peldaños, posibles de alcanzar, y ni siquiera sé si la progresión tiene límites o es infinita.

Lingüistas, comprendisteis mal lo que dije de los metalangos. El diagnóstico de la finitud o infinitud de la jerarquía de las inteligencias no es un problema exclusivamente lingüístico, ya que por encima de las lenguas está el mundo. Esto quiere decir que para la física, o sea dentro del mundo de las propiedades conocidas, la escalera tiene un punto final y, por tanto, no se puede construir en ese mundo cualquier inteligencia, proyectando a voluntad su magnitud. No obstante, no estoy seguro de que la física no se dejará arrancar un día de sus bases y transformar, permitiendo la construcción de inteligencias de techo cada vez más elevado.

Volvamos ahora a mi cuento. Si optáis por el lado izquierdo del cruce, vuestro horizonte no tendrá espacio suficiente para la ciencia necesaria a la creación

lingüística. El escollo, sin embargo, no es insuperable. Podréis sortearlo si os ayuda una sabiduría más adelantada que la vuestra. Yo, o un ser parecido a mí, os daremos el producto de ella. Sólo el producto, porque, como dije antes, la sabiduría misma no cabrá en vuestra mente. Por con siguiente, viviréis bajo tutela, como los niños, sólo que los niños crecen y se vuelven adultos, y vosotros no llegaréis nunca a la edad madura. Cuando una inteligencia superior os haya regalado cosas que rebasan vuestro entendimiento, apagará, de hecho, la vuestra. He aquí, pues, cumplida la advertencia del poste indicador: vais a perder la cabeza.

Si escogéis el segundo camino, para no renunciar a vuestra mente, deberéis despegaros de vosotros mismos, ya que todo esfuerzo, dedicado a ensanchar vuestro horizonte será insuficiente. La evolución os ha gastado una broma pesada: su prototipo racional, el hombre, está en la fase final de su desarrollo. Los materiales que os compusieron os limitan a vosotros y a todas las decisiones antropogenéticas del código. Por consiguiente, si no prescindís de vosotros mismos, vuestra inteligencia no progresará. Cumpliendo esta condición, el hombre racional abandonará al hombre natural y, conforme al presagio del cuento, perecerá *homo naturatis*.

¿Optaréis, tal vez, por no moveros jamás de la encrucijada? En este caso, caeréis en un estancamiento que no será asilo, sino cárcel. La esclavitud no se determina por la mera existencia de limitaciones. Es esclavo quien ve y percibe las cadenas y siente su peso. Aquí tenéis, pues, vuestra alternativa: o iniciáis la expansión de la inteligencia desprendiéndoos del cuerpo, o seréis ciegos guiados por un vidente. Y también podéis quedar inmóviles en una derrota ~ct‡ril

Es una perspectiva poco alentadora, pero no detendrá vuestros pasos. No los detendrá nada. Hoy en día la idea de una inteligencia aislada del cuerpo os parece tan catastrófica, como la del cuerpo desechado, ya que esa renuncia implica la totalidad de los bienes humanos, no tan sólo la materialidad homínida. El acto de abandono representa para vosotros, ahora, la ruina más terrible de todas, el fin, la muerte de la humanidad, que destroza y convierte en polvo veinte mil años de esfuerzos y victorias y os hace perder cuanto ganó Prometeo en su lucha con Calibán.

No sé si esto os servirá de consuelo..., pero el carácter gradual de las transformaciones les quitará ese sentido tan trágico, repelente y lleno de amenazas que veis en mis palabras. Todo ocurrirá con sencillez y, en cierta medida, ya está ocurriendo. Ya se están secando campos de la tradición, toda ella va perdiendo la sangre y la vida, lo cual os sume en la perplejidad. Si conserváis la moderación (que no figura entre vuestras virtudes), el cuento se hará realidad de un modo que no os obligará a llevar un luto demasiado riguroso por vosotros mismos.

Estoy terminando. En la tercera parte de mi conferencia, hablé del hombre representado en mí. Como no pude plasmar en vuestra lengua las pruebas de la verdad, mis palabras resultaban demasiado arbitrarias y categóricas. Tampoco puedo demostraros, por la misma razón, que al intrincaros en la Inteligencia aislada del cuerpo, no corréis ningún peligro, no os amenaza nada que no sea el don de la ciencia. Aficionados a la lucha a vida o muerte, contabais secretamente con unos acontecimientos que os permitieran una lucha titánica contra lo creado, pero vuestra idea era equivocada. Por lo demás, creo que en vuestro temor ante la enajenación, ante la máquina convertida en tirano, se ocultaba la esperanza inconfesada de vuestra liberación de la libertad. Una libertad que a menudo se os atraganta. Pero no os empeñéis... Destrozad, si queréis, el espíritu de la máquina, convertid la luz pensante en polvo: no contratacará, ni se defenderá tan siquiera.

No os empeñéis. No conseguiréis ni perecer ni vencer a vuestro antiguo modo.

Creo que entraréis en la edad de la metamorfosis, que os decidiréis a rechazar toda vuestra historia, toda herencia, todo vestigio de la humanidad natural, cuya imagen, acrecentada y teñida de trágica belleza, se refleja en los espejos de vuestra fe. Creo que os rebasaréis —porque es vuestra única solución—y que veréis, en lo que ahora tomáis por un salto al abismo, un reto, si no un acto de belleza.

Creo que tendréis la máxima satisfacción de salvar al hombre rechazando todo lo humano.

FIN